Pedro Llosa Vélez

Los gatos mueren con los ojos abiertos

AE & I



Planeta

A E
& I

Los gatos mueren con los ojos abiertos

Pedro Llosa Vélez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal). La editorial no se hace responsable por la información brindada por la autora en este libro.Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Los gatos mueren con los ojos abiertos
© 2025, Pedro Llosa Vélez

Edición de textos: Anahí Barrionuevo
Corrección de estilo: Lucía Patsías Valle
Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú
Diseño de interiores: Kelly Villarreal

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Perú S. A.
Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 703, Magdalena del MarLima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: octubre 2025
Tiraje: 500 ejemplares
ISBN: 978-612-332-190-1
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2025-10760
Impreso en Enotria S. A.

Av. Nicolás Ayllón N.º 2890
Ate-Vitarte, Perú

Lima-Perú, octubre 2025

Primera edición en formato epub (Perú): diciembre de 2025
ISBN: 978-612-332-200-7
Libro convertido a Epub por: Ebooks Patagonia

Pedro Llosa Vélez

Los gatos mueren con los ojos abiertos

Planeta

A Anahí

«Se pierde lo amado. No el amor».
ANÓNIMO

Índice

[Flash-Flash]
[Sin fisuras]
[La belleza del océano]
[Ya no hay nadie en el espejo]
[Los gatos mueren con los ojos abiertos]
[Nada que perder]

Flash-Flash

«Un caballo veloz vale más que un regimiento».
PROVERBIO CABALLERESCO

1

Mi tío Lucho era un apasionado de las carreras de caballos.

Todos los domingos iba al hipódromo, y solo en contadas ocasiones invitaba a mi papá para que lo acompañara.

Una vez en toda mi niñez —y estoy seguro de que fue gracias a mi insistencia— me llevaron. Debía tener, calculo, siete u ocho años, porque fue antes de que mi tío quedara hemipléjico, lo que sucedió cuando yo ya había cumplido nueve.

Mi madre me dio diez soles para que apostara y remarcó que esperaba que los perdiera para que, de grande, no me convirtiera en jugador. Como había diez carreras, decidí apostar un sol en cada una. Mi tío Lucho, que con sus lentes de montura gruesa y negra aparentaba ser un revolucionario o un galán de telenovela en blanco y negro, llevaba consigo una revistilla especializada en los datos del universo hípico limeño, donde se contaban las historias y victorias de los caballos, así como de los *studs* a los que pertenecían. Antes de cada carrera, nos leía los nombres de los favoritos y tanto mi papá como yo seguíamos sus recomendaciones al hacer nuestras apuestas.

Mi padre era médico internista y, para esos años, ya estaba medio jubilado. Trabajaba unas horas por las mañanas y luego tenía las tardes libres. Cuando terminaba mis tareas escolares, lo acompañaba a visitar a sus hermanos, quienes, junto con su madre, se habían convertido en su principal ocupación profesional. Mi abuela, con cien años cumplidos, gozaba de mejor salud que todos; Dora, la hermana mayor, era hipocondriaca y siempre decía padecer múltiples males que mi papá, se suponía, debía curar; y Lucho, aunque aún estaba bien, insistía en que le controlaran la presión a diario, temeroso de que una trombosis pudiera dejarlo paralítico en cualquier momento. Talvez todos exageraban un poco sus dolencias

para mantener a mi padre cerca, porque, a pesar de ser el menor de los hermanos, tenía un temple y una sabiduría en sus palabras que a ellos les brindaban paz y seguridad.

Aunque aquella tarde en el hipódromo de Monterrico mi padre y yo no éramos más que ecos de las decisiones del tío, todo resultaba excitante. Ir a la ventanilla, colocar la apuesta, regresar a las graderías con la constancia en la mano, ver la carrera mientras alentábamos al caballo con nuestro número, pedirle los binoculares al tío cuando no le eran indispensables, ver de cerquita a esos animales con sus *jockeys* moviéndose tan rápido y, por último, escuchar los resultados por el altoparlante para descubrir si había algo que cobrar.

Recuerdo que en todas las carreras apostábamos a ganador y a *placé*, una estrategia que nos aseguraba al menos la mitad del premio si el caballo llegaba en segundo lugar. No cambié esa fórmula en ninguna carrera. Ahora, en mi adultez, al mirar atrás, pienso que ese tipo de apuestas dice mucho de una persona. Te dibuja como alguien cauteloso, precavido, «segurola», que prefiere no lanzarse de cabeza a la piscina. En muchos momentos de mi vida he actuado así: apostando a ganador y a *placé*. En otros, incluso, solo a *placé*.

Tras la sexta carrera de la tarde, ya fuera por una genuina ocurrencia o talvez porque quería quedarse un rato a solas con mi papá, el tío Lucho me sugirió, con entusiasmo, que bajara por las graderías hasta el borde de la pista para observar el *paddock*, donde reunían a los caballos de la siguiente carrera. En ese potrero, los animales se rozaban, se olfateaban y eran exhibidos durante unos quince minutos antes del inicio para que los espectadores pudieran evaluarlos.

—Escoge el que te guste y a ese le apostamos —me dijo el tío con una sonrisa cómplice.

Bajé, maravillado por la encomienda. Me parecía una tarea importantísima. Esta vez decidirían mis propios ojos y no el librito de estadísticas del tío. Desde el principio hubo uno que destacaba entre los demás. Era negro, en medio de una mayoría de marrones, con un lomo tan musculoso que más parecía un toro que un caballo. Se movía inquieto, como diciendo «Aquí estoy». Llevaba el número 8. Al

lado, una pantalla mostraba los nombres correspondientes a los números. Subí corriendo y, con la voz agitada, les anuncié:

—¡Quiero apostarle al 8! Se llama Flash-Flash.

2

El colegio donde estudié la primaria quedaba en Monterrico, junto al hipódromo, lejos de nuestra casa. Mis padres habían contratado una movilidad que me recogía a diario, y yo la odiaba: a menudo había que pelear para defender tu asiento frente a los estudiantes mayores o por cualquier otra minucia, pues esa era la ley en un colegio de hombres en el Perú de los años ochenta.

Por eso, los martes y jueves, cuando mi papá venía a recogerme porque me quedaba a jugar *hockey* hasta las cinco de la tarde, me sentía feliz. Llegaba con su Volkswagen escarabajo y, a veces, bajaba a ver los últimos minutos de los partidos con que cerrábamos los entrenamientos.

La *coach* era una inglesa robusta que vivía en Miraflores, como nosotros, y no era raro que la jaláramos a su casa. Entre los maletines y los palos de *hockey*, apenas cabíamos los tres en el carro. Desde el asiento trasero, disfrutaba al escuchar a mi papá hablar en su inglés oxidado con la entrenadora cuya cabeza rozaba el interior del techo.

Me gustaban tanto esos regresos que quizá por eso recuerdo tan bien la temporada en que mi papá dejó de recogerme. En su lugar empezó a venir por mí el chofer del tío Lucho, que, en realidad, era el chofer de su yerno. Mi madre me lo contó con una expresión seria, susurrando, como si el tema requiriera un tono secreto: «El tío Lucho está mal». Había tenido —o estaba en riesgo de sufrir— una trombosis, y mi padre, junto con mi prima, pasaba las tardes llevándolo de médico en médico para afinar el diagnóstico y decidir qué hacer.

El tío Lucho tuvo dos hijas. Tres, en realidad, aunque la primera existía solo en lo profundo de su corazón y de su memoria. Había nacido cuando él era adolescente. En la conservadora Arequipa de

esos años, los padres de la joven que dejó embarazada —amigos de mis abuelos— lo obligaron a ocultar la verdad. Decidieron orquestar una mentira mayúscula y hacer pasar a la recién nacida como hija de ellos y, por ende, como hermana de su verdadera madre. Eso había ocurrido más de cincuenta años antes y, durante todo ese tiempo, la farsa nunca salió a la luz.

Sus otras dos hijas eran fruto de su posterior matrimonio, pocos años después. La mayor había muerto en un accidente aéreo antes de cumplir veinte —hecho que marcaría su vida para siempre— y la menor, Carmen, la única presente, fue quien siempre se encargó de su cuidado.

Como mi padre, que era cuatro años menor que su hermano, me había tenido entrados sus cincuenta, la mayoría de mis primos me llevaban varias décadas. Podría pensarse que eran como tíos, pero no sería cierto. La diferencia de edad nunca alteró el lugar que ocupaban en el orden de mis afectos: mis únicos tíos verdaderos, y así lo sentí siempre, eran los hermanos de mi padre: Dora y Lucho. El que mi mamá no tuviera hermanos intensificaba ese vínculo. Ambos eran cariñosos conmigo y me trataban como a un nieto más. Mis primos, aunque me llevaran treinta o hasta cuarenta años, seguían guardando ese parentesco para mí, algo que me gustaba remarcar al llamarlos por sus nombres de pila.

Carmen tenía una buena situación económica; su esposo era un abogado muy solicitado. Eran ellos quienes tomaban las decisiones importantes sobre el tío Lucho, y como eran cercanos a mi padre, en esa época solían reunirse a diario con él para discutir qué era lo mejor para la salud del tío.

Años después, cuando ya era un adolescente que terminaba la secundaria y mi padre había vuelto a recogerme de los partidos de *hockey*, me contó que, en aquel tiempo, al tío Lucho le habían descubierto un grave problema en las carótidas, hecho que anunciaba una trombosis inminente que podía dejarlo hemipléjico. Era necesario operarlo con urgencia para evitar lo peor. Eso fue lo que él les comunicó a mi prima y a su esposo, quienes ya consideraban llevarlo a los Estados Unidos para que la cirugía se

realizara allá. Esto último lo confirmé, muchos años después, al escucharlo en boca de la mejor amiga de mi prima Carmen.

Mi padre trabajó toda su vida como médico en clínicas y sobre todo en hospitales, donde atendió a centenares de pacientes. Como mayorista de la medicina, había desarrollado una gran destreza para los diagnósticos, una cualidad invaluable en un tiempo previo a la exploración mediante imágenes y exámenes computarizados. Sin embargo, esa habilidad solo era conocida por unos pocos y, peor aún, había quedado opacada por el modesto éxito laboral que, al menos en términos económicos, había alcanzado hacia el final de su vida profesional.

No siempre fue así. De joven había llegado lejos. Cuando clausuraron temporalmente la Facultad de Medicina de San Fernando, se fue a Chile y terminó su carrera allá. Pronto viajó a especializarse en los Estados Unidos y, de regreso al Perú, su carrera fue meteórica. Con poco más de treinta años dirigió distintos hospitales y llegó a encabezar el de una conocida empresa cuprífera que, se decía entonces, era el mejor provisto del país. Después le vinieron los años oscuros. Su primera esposa enfermó y él hizo hasta lo imposible por salvarla. Vendió terrenos, liquidó sus ahorros y se endeudó por largos años. La perdió a ella y lo perdió todo. El episodio debió desgarrarlo al punto de convertirlo en una nueva persona.

Se recuperó en buena parte, y hasta volvió a dirigir un hospital en Lima. Pero ya no era el mismo. Había perdido cierta viada, cierta ambición; aunque no fuera evidente, cargaba con esas heridas subterráneas que nadie ve. Se consolidó como un asalariado que dedicaba todos sus ingresos a mantener a sus cinco hijos —mis cuatro hermanas mayores y yo—, y nunca tuvo un consultorio propio donde hacerse un nombre. ¿Quién, fuera de su familia, podría atestiguar que era un curtido francotirador del diagnóstico? Ni siquiera sus pacientes, en su mayoría personas de ingresos medios, pues, para ellos, su diagnóstico era un veredicto único que no solían cotejar.

Mi prima y su esposo le dijeron a mi padre que querían la opinión de un neurólogo asociado a una clínica de mucho prestigio

en ese momento. Había que esperar tres días a que regresara desde Nueva York, donde había asistido a un congreso. Cuando volvió, revisó todos los exámenes y, tras auscultar al tío, les dijo que quería realizar unas pruebas adicionales antes de tomar una decisión. Mi padre, presente en la consulta en calidad de hermano y médico de cabecera, expresó que era necesario operarlo cuanto antes. El neurólogo, sin embargo, insistió en que no era prudente apresurarse, que en unos días tendrían más resultados y podrían tomar acciones. Mi padre, que no era neurólogo sino internista, pudo advertir la subordinación profesional a la que lo habían relegado bajo la autoridad que otorgan los nebulosos linderos de las especialidades médicas, por no decir la fama, las clínicas con prestigio y los congresos en Nueva York.

Al día siguiente de aquella consulta, una semana después de que mi padre advirtiera por primera vez que era urgente operarlo, un coágulo de origen incierto se formó en alguna parte del cuerpo de mi tío Lucho. Viajó por el torrente sanguíneo y se alojó en la arteria cerebral media izquierda, hecho que interrumpió el flujo que nutre las zonas responsables del lenguaje y del control motor del lado derecho del cuerpo. La hemiplejia que sufrió le paralizó el brazo y la mano derecha, y amenazaba con dejarlo sin habla por el resto de sus días.

3

El tío abrió la revistilla y buscó a Flash-Flash, aunque al principio le costó encontrarlo. Avanzaba hacia las últimas páginas y luego retrocedía, hasta que se detuvo y empezó a marcar con el lápiz. Mostró unas cifras a mi padre sin incluirme en el hallazgo; se miraron con complicidad y levantaron las cejas en simultáneo.

—Ese Flash-Flash parece muy malo —me dijo con la ternura de quien no quiere que su sobrino pierda su dinero en una mala decisión.

Me explicó que nunca había ganado, ni siquiera figuraba entre los primeros cinco en los últimos diez *derbies*. Estaba en las carreras

porque no era de los peores, lo que le daba derecho a participar, pero jamás había llegado ni siquiera *placé*. Por eso no aparecía en las tablas ni en los *rankings* oficiales. Ahora estaba viejo y apenas calificaba como parte del grupo, más por complemento que por mérito, como esas florecillas blancas que sirven para dar volumen a los ramos de flores. Me dijo que, si quería, podía apostarle y darme el gusto, pero que sería una pérdida segura. Para que me hiciera una idea, me explicó que un buen caballo pagaba dos a uno o tres a uno, mientras que Flash-Flash pagaba sesenta a uno. Eso ya era suficiente para entender que solo estaba ahí por cortesía.

Acepté el consejo con cierto disgusto y los acompañé a apostar por el caballo que, según la revistilla, tenía las mejores probabilidades. El tío Lucho era conocido en la familia por su habilidad con los números. Un tiempo antes me había enseñado la tabla del siete en el repostero de su casa, y cuando era más pequeño me divertía usando una calculadora: planteaba multiplicaciones de dos dígitos que él resolvía en segundos, antes que mi papá y, a menudo, antes de que yo pudiera terminar de ingresarlas en la máquina. Por eso, porque se decía que de niño fue el primero de su clase y porque era el experto en caballos, sus recomendaciones en temas de números y referencias hípicas debían ser incuestionables.

La mayoría de las carreras de esa tarde fueron de mil cuatrocientos metros. El caballo al que finalmente apostamos los tres se llamaba Kircubin. El tío Lucho sabía que llevaba el número 9, vecino de Flash-Flash, pero no comentó nada cuando los vio alineados en la partida. Tras el disparo inicial, los caballos se concentraron en el centro de la pista, como suele ocurrir, y los *jockeys* se confundieron pese a los diversos colores de sus chaquetillas. Flash-Flash se colocó junto a Kircubin y a un tercero, Kzar, que, según escuché después, pertenecía al haras de uno de los hombres más ricos del país.

El tío me alcanzó los binoculares por unos segundos. Eran pesados, muy distintos de los que tenía entre mis juguetes. Al principio no veía nada y me costó calibrarlos; sin embargo, cuando la imagen se enfocaba, aparecía con una nitidez impresionante. Vi a los

caballos tomando la curva y distinguí a Flash-Flash. Su lomo negro y su corpulencia lo hacían inconfundible; no podía creer lo que veía. Me emocioné como si le hubiera apostado, o quizás olvidé por un instante que no lo había hecho. Cuando el tío recuperó los binoculares, me hizo saber que Kircubin se había quedado atrás y otro caballo había entrado en la disputa final. El *derby* lo ganó Kzar, según confirmaron los gritos de los vecinos y el anuncio por el altoparlante, pero el segundo lugar quedó en duda. En varias carreras de esa tarde, los resultados habían tardado debido a finales cerrados que requerían el uso de la conocida *photo finish* para desempatar.

Esperamos en silencio. Por fin, el altoparlante anunció que Flash-Flash había llegado segundo. De inmediato me pregunté cuánto habría ganado si le hubiera apostado como en todas las carreras: a ganador y *placé*. Mi sol, habitual en cada apuesta, se habría convertido en veinticuatro soles.

El tío se quedó mirando al vacío. Luego, como si no tuviera importancia, preguntó a mi padre:

—¿Le llegaron a apostar a ese Flash-Flash?

—No —respondió él—. Qué pena, seguimos tu consejo y fuimos por Kircubin.

El tío no dijo nada, pero en las siguientes carreras ya no nos sugirió apuestas ni nosotros le pedimos consejo. Mi padre volvió a apostar, pero yo preferí no acompañarlo a las ventanillas. Le di los pocos soles que me quedaban y le pedí que él decidiera. Me propuso caminar juntos al *paddock*, pero me negué. Le dije que prefería quedarme en las graderías, aunque, en cuanto se fue, me adelanté unas filas para estar lejos del tío y asegurarme de que no me hablara.

Cuando salimos, camino al carro, mi tío me tomó del hombro con una mano.

—Lo siento —dijo—. Ese Flash-Flash hizo un verdadero milagro.

Aunque ese gesto suyo ayudó a que se me pasara la bronca, desde ese día nunca más quise volver a las carreras.

4

Mi prima Carmen y su esposo decidieron llevar al tío Lucho a un hospital en Miami. Aunque el derrame cerebral por trombosis ya había causado daño, su médico reputado les aseguró que una cirugía para limpiar las arterias carótidas podría prevenir nuevos accidentes cerebrovasculares. Aún no se sabía cuál sería el verdadero efecto en el habla. Ambos le pidieron a mi padre que los acompañara en el viaje, ya que el tío Lucho estaría varios días en el hospital después de la operación y su presencia sería valiosa. Él aceptó porque no quería separarse de su hermano, aunque años después supe, por mi mamá, que en los días previos al viaje anduvo decaído. Incluso le preguntó si valía la pena ir.

Mi madre, firme, le insistió en que era indispensable, pero mi padre seguía mostrando ciertas resistencias, algunas que podían parecer insignificantes, como un problema con una muela. Necesitaba un tratamiento dental demasiado costoso, y como no tenía ese dinero, lo había postergado para los meses siguientes, talvez para el próximo año. Temía que, por los cambios de presión propios de un avión, el problema recrudeciera en pleno vuelo y se viera en aprietos. Mi madre lo escuchó y, luego de una larga conversación, le propuso que le pidiera el dinero a mi prima y a su esposo para poder hacerse el tratamiento y viajar sin problemas. Recuerdo que estábamos sentados a la mesa cuando se habló del tema. Mi hermana y yo permanecimos en silencio. Al principio, mi padre se negaba, pero después accedió.

A mis nueve años me resultaba extraño que le pagaran un pasaje a los Estados Unidos a mi papá. Hasta entonces, nunca había visto que nadie en casa viajara al extranjero. Mi madre había recorrido varios países de Centroamérica cuando era joven, y mi padre también había viajado antes de casarse, incluso había vivido fuera, sin embargo, en los años que podía cubrir mi memoria en ese entonces, ninguno había salido del Perú. Por eso, aunque ahora se trataba de la salud del tío, el hecho de que mi prima y su esposo le pagaran el pasaje y se encargaran de todos los gastos del viaje de

mi papá me dejaba pensativo. Tan pensativo como puede estarlo un niño que apenas comienza a entender el mundo. Al final, terminé asumiendo que así tenía que ser. Lo que no lograba asimilar era que mi papá les pidiera dinero prestado para el tratamiento dental. Me daba vergüenza; hubiera preferido que buscara ese dinero en otro lado, que viajara soportando el dolor o, en última instancia, que no viajara.

Cuando eres niño, piensas muchas cosas que el tiempo luego modera, complejiza o atenúa, y solo entonces empiezan a cobrar sentido. Los años te ensañan que a veces hay que tragarse sapos. El tema es saber qué sapos y en qué contextos. Quizás el amor sea una de las pocas razones que justifiquen abrir esa puerta. Mi padre era sabio en eso. Él debió sentir lo mismo que yo, pero el deseo de estar al lado de su hermano, y quizás esta vez poder hacer algo por él, fue más fuerte.

Así que lo hizo, y mi prima y su esposo —que, además de guardarle cariño, en ese momento, más que nunca, debían estar convencidos de la pertinencia de su compañía— le pagaron el tratamiento dental. Partieron los cuatro y se hospedaron en el departamento de una amiga de mi prima, en Miami Beach, mientras que a mi tío lo operaron dos veces con diferencia de una semana. Aunque lograron mitigar los efectos más devastadores del trombo, no pudieron revertir el daño en el habla. Producía sonidos guturales y lograba escupir algunas sílabas cuando necesitaba expresarse —al pedir algo, al enojarse—, aunque no conseguía pronunciar ni una sola palabra con claridad. Los médicos dijeron que, con ejercicios constantes y mucha paciencia, podría llegar a hablar un poco, pero nada era seguro.

Después de tres semanas fuera de casa, mi papá regresó trayéndome una casaca azul con bolsillos externos, grandes y rectangulares, y unas zapatillas Nike, también azules, con el logo blanco, inimaginables en una Lima donde no había importaciones. Era 1984, y las usé en una actuación del colegio donde, imitando la puesta en escena de «*We Are the World*», había que vestirse como un gringo roquero. Estaba feliz con mis regalos, y aún más con los chocolates Milky Way, que también trajo, pero no podía evitar pensar

que no debía estar tan contento: el tío Lucho se había quedado sin habla; para caminar necesitaba un bastón y, aun así, arrastraba con dificultad la mitad de su cuerpo.

5

Algún tiempo después, antes de cumplirse un año desde la operación, al esposo de mi prima le ofrecieron un trabajo en Inglaterra. Se mudaron a Londres con sus dos hijas. Mi papá volvió a recogerme del colegio y a llevarme por las tardes a visitar a mi abuela, a mi tía Dora y, sobre todo, al tío Lucho.

Pasaron los años y el tío nunca mostró mejoría. Mi papá hacía todo lo posible para que escribiera, con la esperanza de activar el brazo paralizado, o para que deletreara palabras intentando comunicarse. Sin embargo, lo único que lograba pronunciar con claridad —y que además emergía siempre en momentos de frustración o enojo— era un «¡Ca-ra-jo!» bien marcado en tres tiempos.

Al año siguiente contrataron a Max, otro chofer, que pasó a ser su compañía diaria. Lo paseaba por la ciudad, le hablaba todo el tiempo e intentaba animarlo. Crecí viendo al tío Lucho como pasajero en su auto verde, manejado por un hombre que se convirtió en su apoyo permanente hasta el final de sus días. A menudo, la enfermera que lo vestía llamaba a Max para que la ayudase a ponerle los zapatos o el pantalón. Después, entre ambos lo subían al carro y empezaban a hacer recados o a visitar a la familia, y entre sus destinos habituales estaba siempre nuestra casa.

Cuando escuchaba que Max y el tío estaban de paso, a menudo con algún postre enviado por mi tía, o para recoger medicinas que mi papá le había prescrito, salía corriendo para saludarlos. Allí, en el asiento del copiloto, estaba el tío Lucho, incapaz de bajar por las limitaciones de su parálisis. Me gustaba meter medio cuerpo por la ventana para abrazarlo y besarlo, como si no lo hubiera visto en años, aunque lo veía casi todas las semanas.

No había pasado mucho tiempo cuando a Elvira, la hija secreta del tío Lucho —aquella que tuvo a los diecinueve años y a la que hicieron pasar por hija de sus abuelos—, le enviaron un anónimo revelándole la verdad: que sus padres eran, en realidad, sus abuelos; que su hermana era, en realidad, su madre, y así hasta desplazarle todos sus vínculos a la generación siguiente. Elvira, quien entonces ya tenía nietos, descubrió así que «el tío Lucho», ese amigo cercano de su familia que había habitado su órbita desde niña como un tío de cariño, era, en realidad, su padre. Decidió verlo y hablar con él, y le pidió a mi papá que la acompañara. Él aceptó y llevó consigo todos los instrumentos médicos necesarios, preocupado de que la noticia afectara la presión del tío o le causara un derrame que le inmovilizara la otra mitad del cuerpo.

El encuentro se concertó en casa del tío Lucho. Mi papá, con Elvira al lado, le recordó los hechos desde principios de los años treinta, y terminó contándole que ella se había enterado de que él era su padre y que había venido a abrazarlo. El tío Lucho soltó unas lágrimas que no pudo acompañar con palabras. Quizá no las tenía; y si las tenía, no podía manifestarlas. La actitud de ella, por fortuna, fue comprensiva. Recordó cómo, desde niña, el tío Lucho la había tratado con un cariño especial, siempre invitándola a jugar con sus otras hijas y sobrinas, siempre teniendo pequeños detalles con ella. Ahora, todas esas piezas encajaban. Entre lágrimas, trató de imaginar lo que él habría querido decirle y, en lugar de quedarse callada, le aseguró que lo entendía. Estaba segura de que enfrentarse a una familia conservadora en la Arequipa de ese tiempo debía haber sido terrible para él, además de que sus propios padres tampoco lo hubieran apoyado ni cuestionado todo ese teatro. No venía a reprocharle nada, solo quería que le permitiera visitarlo y tenerlo cerca.

El tío Lucho había perdido a una hija en un accidente aéreo muchos años antes de que yo naciera, y ahora, en cambio, en las postrimerías de su vida, pasaba por la experiencia de recuperar a una hija que nunca pudo tener a su lado. Aunque pocos lo habrían imaginado, Elvira se convirtió en una de las personas que más lo acompañó en sus últimos días. Perder el habla tiene que ser una

experiencia trágica para cualquiera. Pero debe serlo mucho más cuando por fin se presenta la oportunidad de hablarle a la hija perdida frente a la que siempre debiste callar, y ya no puedes.

Murió mi abuela pasada la centuria. Murió la tía Dora, y estuve presente cuando Max le comunicó la noticia al tío Lucho. Lo tomó de las manos, mirándolo de frente en su silla de ruedas, y le dijo:

—Tú ya sabes lo que ha pasado, Luchito, ¿verdad? Tú ya sabes.

El tío Lucho asintió con la cabeza, estoico, como en tantos momentos de su vida.

Años después, tras haber cumplido más de dos décadas sin hablar, el tío Lucho también murió. Acompañé a mi padre al entierro, al que asistieron sus hijas y sus nietas.

6

Gracias a internet y a la digitalización de algunos archivos hípicos, descubrí hace poco la historia de Flash-Flash. Después de no destacar en sus años de juventud —cuando solo era un caballo fuerte y melenudo—, comenzó una trayectoria ascendente que se inició el día en que quedó *placé* y yo no le aposté. Había nacido en el haras Benavento y lo habían criado como a un caballo de linaje, con el prestigio de ser nieto del gran Santorín. Sin embargo, durante varios años no estuvo a la altura del abuelo y fue apenas un participante más en los *derbies*. Sus dueños lo vendieron por poco dinero al haras El Embrujo, que apenas se iniciaba en los años ochenta. Fue una apuesta más entre muchas, sin imaginar que esta decisión cambiaría la suerte del caballo y la de ellos mismos.

A pesar de ser relativamente viejo, invirtieron en fortalecerlo y entrenarlo. Solo un mes después de su inesperado segundo lugar, repitió el logro. Esto captó la atención del público y comenzó a recibir el trato reservado para los caballos más selectos. Le asignaron *jockeys* cada vez más destacados, hasta que por fin ganó su primera carrera. Los vaticinios se ajustaron y su nombre empezó a escucharse en todas las casas de apuestas. Pronto fue llevado a competir en los Estados Unidos, donde participó en el Primal

Handicap y el Mataji Stakes, ambos en el Hipódromo de Calder, en Miami. En la segunda carrera quedó tercero, en una definición fotográfica. Mientras más lograba, más expectativas generaba, y hasta se habló de llevarlo a competir en Italia. Flash-Flash se convirtió en una de las glorias nacionales, con cinco victorias en dos años.

Todo parecía ir en ascenso hasta el día en que tropezó durante un *derby* y se fracturó dos falanges de la pata derecha. Lo operaron, pero no quedó bien. Hubo que practicarle una segunda cirugía, y eso lo mantuvo fuera de las pistas por una temporada. Cuatro meses después volvió por la puerta grande, cuando las pruebas y los entrenamientos lo dejaron listo para su regreso. Obtuvo un *placé* y una victoria en sus primeras cinco carreras. Su futuro seguía siendo tema de conversación, con pronósticos sobredimensionados acerca de su potencial.

Un nuevo traspié comprometió su metatarsiano. Diagnosticaron una lesión degenerativa en el hueso, lo que llevó a estabilizarlo con tornillos internos. A pesar de esto, Flash-Flash volvió a competir y se mantuvo entre los cinco primeros durante casi medio año. Aunque no alcanzaba victorias, su desempeño desafiaba las limitaciones de su condición. Incluso se recomendó proteger su tibia con vendajes especiales, lo que le daba un aspecto de caballo biónico, corriendo con una pierna reforzada por dentro y vendada por fuera. Entonces volvió a ganar: una, dos, tres carreras consecutivas. Cada vez le pedían más, y cada vez Flash-Flash daba más.

El entusiasmo por verlo cabalgar creció hasta el fatídico domingo en que participó en un clásico de Monterrico y sufrió un accidente. Iba puntero junto a dos caballos que lo flanqueaban, cuando se rompieron sus sesamoideos. Aunque el *jockey* intentó detenerlo, Flash-Flash continuó corriendo hasta terminar de pulverizar sus huesos y dejar la zona en carne viva, además de desgarrarse varios ligamentos. Incluso las riendas con que pretendieron detenerlo le causaron laceraciones en la boca. Tras una larga cirugía de emergencia, cuando despertó de la anestesia, empezó de nuevo a mover las patas como si estuviera en una carrera, y lo hizo con tal fuerza que deshizo las reparaciones y se infligió un daño irreversible.

Ante la imposibilidad de operarlo una vez más, decidieron ponerle fin a su vida para evitarle más dolor.

Flash-Flash murió en el invierno de 1988 y fue incluido en el pasillo de la fama del Hipódromo de Monterrico. Para entonces, mi tío Lucho ya estaba hemipléjico y había dejado de asistir a las carreras.

7

Hace un tiempo, mi padre empezó a mostrar olvidos y problemas de memoria. Tras mucha insistencia, aceptó visitar a un neurólogo. Cuando le leí los nombres de los especialistas que podían atenderlo, aún conservaba lucidez y fue descartándolos o aceptándolos. Al mencionar a uno que me habían recomendado unos amigos, me miró y sonrió:

—Ese es el que vio a tu tío Lucho —dijo—, el que sugirió esperar antes de operarlo.

Nos quedamos en silencio por unos segundos. Luego añadió que, en una de las visitas con mi prima y su esposo al consultorio de aquel médico, encontraron en la sala de espera una revista médica con su foto en la portada. Ambos sonreímos, seguros de que esa opción estaba descartada.

La salud de mi padre siguió deteriorándose, como dictan los años, hasta que un alzhéimer le arrebató incluso los recuerdos más queridos. Dejó de llamarme por mi nombre y empezó a decirme «Lucho». En lugar de entristecerme, aquello me conmovía, porque Lucho había sido, y seguía siendo, uno de sus afectos más cercanos, antiguos y constantes.

De joven, mi tío Lucho llevaba unos lentes de montura gruesa y negra que le daban un aire de revolucionario o de galán de telenovela en blanco y negro. Mis anteojos, en esos años, tenían características similares, y no dejé de usarlos. Quería asegurarme de seguir siendo su hermano «Lucho» hasta el final.

Sin fisuras

«Where is the life we have lost in living?».
T. S. ELIOT, *THE ROCK*

1

Aquello nos sucedió cuando las cosas iban bien entre nosotros.

Tenía casi todo lo necesario para partir a estudiar en Holanda a finales de ese año, excepto lo más importante: el plan para que tú vinieras conmigo. Ambos deseábamos estar juntos y eso debía ser suficiente. Que viajáramos en simultáneo o que tú me dieras el encuentro un tiempo después eran solo detalles en la inmensidad de nuestras vidas. De las vidas que esperábamos compartir, y no de las que, en efecto, tuvimos.

Lo único que querías antes de ir a vivir conmigo en un país lejano era trabajar en provincia durante el año previo a nuestra partida. Hasta entonces, tus prácticas se habían circunscrito a proyectos sociales en diferentes distritos de Lima. Por mi parte, todo lo que implicara alejarnos de esta ciudad me era apetecible.

Estuviste buscando opciones y encontraste una insuperable: un proyecto educativo en Urubamba, en pleno corazón del Valle Sagrado de los Incas. Que una conocida oenegé que operaba allá planeara inaugurar un colegio donde confluiría toda la diversidad social de la zona y requiriera de alguien capaz de catalizar esa convergencia, era un gran acierto y una situación idónea para ti. En aquel tiempo, el Valle Sagrado empezaba a poblarse de extranjeros emprendedores y de limeños acomodados que llegaban a fundar negocios y propagar sus dietas orgánicas junto con sus posiciones progresistas. Todos ellos convivían con los lugareños, gente de campo con ingresos de subsistencia que se encontraba cada vez más perpleja por verse asediada y arrinconada en su propia tierra.

Te contrataron en el acto porque fuiste siempre muy capaz, y a inicios de marzo de ese año partiste rumbo a Urubamba. Conseguiste que tu empleador te diera una pequeña cabaña donde vivir.

Un mes más tarde se celebraría la Semana Santa, así que compré un pasaje de avión para visitarte en esos días y conocer tu nuevo mundo. Sin embargo, la vida a veces se ensaña en desbaratar los planes mejor calculados. No habías cumplido diez días en el valle cuando sucedió lo del embarazo.

Era la noche de un viernes y nos escribíamos por teléfono, tú en Urubamba y yo en Lima. Entonces se usaban mensajes de texto. «Estoy adolorida, muy adolorida». «¿Puedes resistir hasta mañana para tomarte un colectivo al Cusco?». En ese tiempo, en el valle no había clínicas ni hospitales, y ante una emergencia no te quedaba otra que trasladarte al Cusco. Los colectivos que recorrían el serpentín que bordea los cerros partían cada quince minutos y tardaban cerca de hora y media para llegar. Pero conforme avanzaba la noche, tanto la frecuencia de las salidas como el tiempo de recorrido se ralentizaban. «No lo sé. Me han hablado de un médico que vive aquí y atiende emergencias. Iré a su consultorio», me anunciaste, y luego añadiste, como quien da un dato secundario, «Creo que me ha venido la regla». Aunque no te hice ningún comentario sobre lo último, recuerdo que pensé *Al menos embarazada no está*. Habíamos considerado que sería buena idea que dejaras de tomar pastillas anticonceptivas durante los meses que estuviéramos separados, y así lo habías hecho. Solo que la última caja se había terminado una semana antes de tu partida y pasamos por alto esa ventanita que ahora nos abría la duda.

«Embarazada no está», me repetí en voz alta, «eso queda claro». Pero, al mismo tiempo, había algo raro. Yo registraba a la perfección tus ciclos menstruales y calculé que tu anuncio tenía un descalce temporal significativo. No llegué a intuir que podía tratarse de una hemorragia, aunque tu «creo» me sembraba la duda. Había algo raro. Igual no te dije nada y te secundé en que contactaras a ese médico del lugar.

Lo primero que te indicó por teléfono fue que te realizaras una prueba simple de embarazo antes de ir a verlo. Caminaste a la farmacia, adolorida, y te la hiciste conmigo al teléfono: positivo. Era pasada la medianoche y la noticia nos dejó mudos. Que a veces

fallan, te diría después el médico, que fueras de inmediato a verlo, que ahí te haría una prueba de sangre.

El hombre vivía en una casita suspendida sobre pilotes, a pocas cuadras de la plaza principal. Te recibió con cordialidad y se abocó a confirmar o negar el diagnóstico. Te introdujo una aguja en el brazo sosteniendo con la misma mano un pequeño tubo donde caía la sangre. Después procedió a realizar la prueba y el resultado se mantuvo: positivo. El sangrado, entonces, debía obedecer a una hemorragia, hecho que te obligaba a ir cuanto antes al Cusco. Traté de tranquilizarte y te aseguré que te daría el encuentro en la clínica que te recomendara el médico.

En Lima, en ese entonces, yo compartía piso con Luis. «Me voy al Cusco», le dije mientras él tomaba una copa de vino y resolvía los trabajos de su posgrado sobre la mesa del comedor. Luego le detallé lo sucedido. El susto me había desconcertado y su cabeza fría me dio la calma que necesitaba para moverme con acierto. Llegué al aeropuerto cerca de las cuatro de la mañana. Por fortuna, la ruta Lima-Cusco es la más concurrida, así que en el *counter* compré un boleto para el siguiente vuelo, que saldría en una hora. Pasé los controles tan rápido como pude. Tú, mientras tanto, le habías pedido a una amiga que te acompañara a la ciudad del Cusco. Irían de frente a la clínica y debían llegar poco antes que yo.

Cuando me senté en el avión, me di cuenta de que no tenía otra cosa que hacer que no fuera pensar; pensar y sentir. Me había tocado un asiento hacia la mitad del avión. Sin señal en el teléfono, sin un libro ni la capacidad de concentrarme en él de haberlo tenido, sin forma alguna de acelerar o detener el avance del reloj, durante esa hora completa solo pensé y sentí. Al frente de mí se extendía una cortina y la nueva vida que nos esperaba al aterrizar en el Cusco.

2

Pensé que la hemorragia podría detenerse y los daños subsanarse, y que el resultado final, el permanente, sería inmenso: un nuevo ser

en el mundo, en nuestras vidas. Yo tenía veintiséis años y me sentía como un jovencito; tú, con cuatro menos, aún más. Eras una chiquilla recién graduada de la universidad. Vivías con tus hermanas en un hogar que sobrevivió a la partida de tu madre cuando eras niña. Luego tu padre volvió a casarse y, aunque estaba atento a esa casa familiar que sostenía y visitaba todos los días, se mudó con su nueva esposa. Un tiempo antes, en un arrebato, te había propuesto que viviéramos juntos. Tú todavía te sentías demasiado joven; te pareció prematuro y me pediste ir más despacio. Quizá te lo propuse sabiendo de antemano cuál sería tu respuesta, pero la idea me rondaba con fuerza.

Lo primero que pensé en el avión, mientras trataba de ordenar mis ideas, fue que me convertiría en padre hacia finales de ese año. Mi labor como profesor me mantenía cerca de niños y me era fácil imaginarme en esa faceta, hablando, riendo como en una película antigua en blanco y negro, todo filmado con planos sucesivos, contrapicados y picados. Pensé que tendríamos una hija, y desde entonces así la concebí. Nos imaginé juntos y la idea no me disgustó; por el contrario, me ilusionó. Una ilusión que no había buscado, pero que me caía del cielo.

Lo segundo que pensé fue que era un tipo afortunado. Me estaba pasando eso con alguien de quien estaba enamorado, con quien tenía la seguridad de que me quedaría y con quien había imaginado que algún día tendría hijos. De eso no había dudas, por lo tanto, su llegada prematura sería apenas una pequeña variación en nuestros proyectos; un ligero adelanto de planes que nos obligaría a repensar el viaje, la maestría en el extranjero, el vivir por fin juntos. Solo un cambio de orden, un reajuste, una postergación. Seguro ya no viajaría a estudiar a Holanda, pero tampoco era grave: la vida podía prescindir de ese detalle y abrirnos otros caminos, y eso era lo que parecía estar sucediendo. Entonces no pensaba en la importancia de tener hijos cuando se es joven, cuando todo resulta más fácil y nada cuesta tanto.

Durante esa hora en la que estuve atrapado en mis pensamientos me convertí, por primera y única vez, en padre, y sentí una energía que se impuso sobre todo lo demás.

Al llegar al Cusco actué con rapidez. Solo llevaba equipaje de mano, así que pronto estuve camino a la clínica. Desde el taxi, te llamé por teléfono. Tú te habías demorado en salir y el tránsito iba lento por el serpentín, a causa de la neblina. Cuando llegaste, yo ya te estaba esperando. Nos dimos un abrazo mudo. El médico de Urubamba había alertado a un ginecólogo, que nos recibió. No había un cuerpo eviscerado que reclamara un ejército de enfermeros, pero sí una joven sangrante y asustada que, luego lo sabríamos, corría el riesgo de perder la vida.

Esperamos unos minutos antes de entrar al consultorio. Te harían una ecografía. Te echaste en la camilla y sostuve tu mano. El médico y yo mirábamos la pantalla suspendida en lo alto, sujeta a la pared con un brazo metálico. Aunque me era imposible decodificar lo que aparecía en ese monitor, ahí estaba la explicación a todo, de ahí saldría nuestro futuro y lo sabríamos en segundos. El médico comenzó por el útero. Primero un lado, luego el otro, después el centro; en pocos movimientos cubrió el órgano completo: «Embarazo no hay», aclaró; «el útero está limpio». «Limpio», dijo; no «vacío», sino «limpio», como si el embarazo lo ensuciara. Como si fuera un hecho afortunado que el útero estuviera «limpio» de un cigoto que lo enturbiara.

Nos miramos sin gestos, sin entender si nos estaba dando una buena o una mala noticia, pues un detalle importante faltaba. «Pero veamos más allá», continuó el doctor; «veamos el resto». Aunque yo no sabía a qué se refería exactamente con «el resto» —¿a la vagina?, ¿a las trompas de Falopio?, ¿a los ovarios?—, entendía que debía examinar toda la zona, y así lo hizo. «Aquí está», exclamó, orgulloso de su hallazgo: «El embarazo está en la trompa».

3

Ninguno de los dos había escuchado antes qué era un embarazo ectópico. Lo aprendimos al vivirlo y sufrirlo, y debimos descifrar el oxímoron en los segundos previos a que el médico nos lo explicara. Un embarazo en la trompa no podía ser un embarazo: no podría

prosperar, ni corregirse, ni encarrilarse. Tenía que ser una pérdida. Pero no solo eso. No era una situación que ya había pasado, sino que estaba pasando. Debías someterte a una cirugía de inmediato.

«Yo la puedo operar aquí», dijo el médico. *Aquí*, pensé, *en el Cusco; operarte aquí...* Quizá podía faltar al trabajo el lunes y el martes, pero tarde o temprano tendría que regresar a Lima y te quedarías sola.

«¿Qué piensas?», te pregunté. Tú preferías volver a Lima. Se lo consultamos al médico y su respuesta fue ambigua. No nos confirmó que volar fuera seguro, pero tampoco minimizó el riesgo del desplazamiento, de las cuatro o cinco horas que, en el mejor de los casos, nos separaban de un quirófano allá. Tampoco nos advirtió del gigantesco peligro al que nos exponíamos, ni mencionó lo que días después dirían otros especialistas: que un embarazo ectópico es un asunto grave, más cuando ya ha empezado la hemorragia, y que, sin una operación inmediata, puede resultar fatal. El médico, para bien o para mal, no consideró descabellada la idea de que viajáramos a Lima; sin embargo, sí insistió en que actuáramos de inmediato.

A partir de ese momento comenzó una cuenta regresiva. Llamé a tu papá para darle la noticia. No debió de caerle bien; sin embargo, no me lo hizo notar. Como médico retirado que había trabajado muchos años en la clínica a la que seguramente iríamos, necesitábamos su ayuda y, por supuesto, nos la dio. Nos dijo que estaría esperándonos. De inmediato llamé a Luis para que nos recibiera en el Jorge Chávez y nos trasladara a la clínica. Estaba seguro de que él llegaría más rápido que cualquier ambulancia.

Nos recuerdo en el aeropuerto del Cusco comprando los pasajes y despidiéndonos de la amiga que te acompañó. Después en la sala de embarque, asustados, abrazados. Ninguno de los dos imaginaba, entonces, el peligro al que te estabas exponiendo. Del vuelo casi no conservo recuerdos. Está la imagen de tu cabeza apoyada en mi pecho, y quizás así transcurrió el resto del trayecto. Ya no había nada que decir. Sentía que debía darte ánimos, sostener la esperanza de que todo saldría bien y que estábamos juntos en eso.

Luis nos recibió y cumplimos lo planeado. Tu papá nos esperaba en la clínica, junto con tu hermana y mi madre. Cuando te echaron

sobre la camilla y te pusieron una bata blanca, sentí alivio: aquí podrían enfrentar cualquier complicación. Desde que nos asignaron un cuarto hasta que vinieron para llevarte al quirófano, pasaron horas. Más de las que uno hubiera imaginado. Horas de ansiedad, con nuestras familias allí, en los sillones de la sala de espera, pendientes del desenlace de ese capítulo de nuestras vidas; y nosotros dos mirándonos, yo al pie de tu cama, tomándote las manos cada cierto rato, diciéndote palabras tranquilizadoras. Cuando por fin vinieron por ti, te abracé y te dije al oído algo que condensaba lo que sentía por ti en ese instante: un amor infinito, exacerbado por la intensidad del miedo y las circunstancias.

Las horas de la cirugía fueron interminables. Formaban otro capítulo, como el del avión, en el que solo quedaba esperar y enfrentar pensamientos distintos, casi opuestos, a los de esa mañana. Todo en un mismo día. Ahora la idea de ser padre se había desvanecido y, en cambio, apareció el riesgo de una operación y todo lo que eso conlleva. Fue la primera vez que percibí el peso de un quirófano, la conciencia de que detrás de una operación late siempre la posibilidad de la muerte. Quizá sea un miedo aprendido, o talvez un asunto de carácter, de predisposiciones y aversiones desiguales frente a los embates de lo posible antes que de lo probable. Esta no era una cirugía con alto riesgo, pero la mera posibilidad estadística de quedarme sin ti me tenía mordiéndome los nudillos, tomándome la cabeza.

Aunque tu familia fue siempre cariñosa y atenta conmigo, ese día había un hielo que nos separaba y nos dejaba sin palabras. Quizá tu papá habría querido tomarme del cuello, sacudirme y decirme «¿Por qué le has hecho esto a mi hija?». Al mismo tiempo, al ser un hombre con criterio, sabía que nadie le había hecho nada a nadie, que simplemente nos había sucedido. Que su hija de veintidós años era libre y adulta para responder por sus actos.

Durante las tres horas que duró la operación estuve con mi madre en la sala de espera. Unos metros más allá, tu papá, su esposa y alguna de sus hijas conversaban en voz baja. Cuando el médico salió para anunciarnos que la cirugía había terminado y que estabas bien, hubo un instante de alivio. Una calma fugaz que fue

interrumpida cuando nos explicó que el lugar de la trompa donde se había alojado el cigoto había quedado dañado. Al tratarse de uno de los conductos necesarios para la generación de la vida, cualquier futuro embarazo sería más difícil.

Minutos después, en un lugar alejado de la clínica, lloré por primera vez en ese día.

4

Estuviste tres semanas en Lima por licencia médica antes de regresar a Urubamba. Una de tus tías, hermana de tu madre, se arrogó el papel de moralizadora exprés. Debía creer que tu orfandad temprana le otorgaba una autoridad automática. Yo me encontraba en tu habitación cuando sentí la voz de esa señora que había ido a visitarte. No salí a la sala, me quedé escuchándola desde la habitación. Nunca te preguntó cómo te sentías ni qué podía hacer por ti; solo te sermoneó por no haber tomado las precauciones necesarias para evitar el embarazo. Como si tú te hubieras colocado el cigoto en la trompa a propósito, como si alguna vez las consecuencias de los actos de su sobrina le hubieran importado un poco. Pobre tía.

Días después, el esposo de aquella señora se me acercó durante una insufrible reunión familiar. Me llevó a un lado, tomándome del hombro, fantaseando cierta complicidad, y me dijo que no debías regresar al Cusco, que cómo te tenía allí, olvidada en el fin del mundo. Increíble: ¿te tenía?, ¿yo te tenía, yo te había obligado a irte al Cusco, apuntándote con una pistola en la sien? ¿Eras un objeto inanimado, un mueble? Lo tomé del hombro también y le expliqué que yo no te tenía en ninguna parte, que esas quizás eran las prácticas de su generación y de su mundo, pero que, en el mío, las mujeres son seres autónomos. Entonces pensé una vez más que el machismo y el conservadurismo son viles no solo por la estupidez que destilan al juzgar vidas ajenas, sino también por todo cuanto dejan de hacer mientras se desviven buscando que el mundo sea

como ellos esperan. Tú solo necesitabas amor, y ellos eran incapaces de dártelo. Felizmente tenías a tu padre, a tus hermanas, a mí.

Aquellos días, por el contrario, trajeron una atmósfera bellísima entre los dos. Como tenías una cama de dos plazas en tu habitación, me quedaba a dormir contigo todas las noches. El posoperatorio restringía nuestro contacto sexual, pero éramos felices con solo dormir abrazados y sentir que poco a poco la vorágine de la experiencia iba quedando atrás. El ginecólogo que te operó nos explicó que había endometriosis en los bordes del útero y que eso pudo contribuir a que el embarazo sufriera esa distorsión; para contrarrestarlo, te prescribió retomar las pastillas anticonceptivas por un tiempo. Así, en las semanas que siguieron, terminada la veda, nos sentimos libres otra vez, encontrándonos como en los primeros tiempos: desesperados, ansiosos, enamorados, pero ahora también heridos, desfogando la angustia y el desconcierto, como si en cada explosión conjunta le respondiéramos a la vida por la canallada que nos acababa de hacer; como si, aun sabiendo que por las pastillas tu cuerpo estaría, por una temporada, artificialmente codificado para la infertilidad, buscáramos repetir el episodio para enmendarlo.

Como faltaba menos de un año para mi partida a Holanda, decidí cambiar de trabajo y pasé de ser profesor regular a suplente, lo que me dejaba bastante tiempo libre. Volviste al Cusco y, poco después, pude visitarte y pasar contigo temporadas cortas, aunque de forma periódica e irregular. La cabañita donde vivías quedaba cerca de tu trabajo, del colegio donde se llevaba a cabo el proyecto. En un espacio de dos ambientes con paredes de piedra y vigas de madera que sostenían un techo a dos aguas, debimos haber vivido nuestros mejores momentos juntos. Era una rutina idílica, llevada a cabo bajo el incesante sol del Valle Sagrado. Apenas despiertos nos enroscábamos hasta extasiarnos y nos quedábamos entrelazados durante largos minutos conforme se enfriaban nuestros cuerpos para proceder con el desayuno. Yo exprimía unas naranjas jugosas que traíamos del mercado y tú calentabas un pan de granos en un horno de barro que adornaba la terraza. De inmediato partías al colegio y yo me quedaba leyendo el resto de la mañana. A veces salía a comprar comida y te esperaba con la mesa lista para almorzar.

Cuando volvías de trabajar, cerca de las dos de la tarde, debías pasar primero por delante de la ventana del cuarto, que daba a una calle más baja. Entonces lanzabas una piedrita diminuta que, al chocar contra el vidrio, interrumpía mi lectura y me anunciaba tu llegada. Al instante saltaba de la cama y te miraba a través del vidrio, desde arriba, y nos lanzábamos besos volados. Si ese día yo acababa de llegar de Lima, la ansiedad me devoraba y, a medida que se acercaba tu hora de regreso, dejaba la lectura una y otra vez para asomarme a la ventana a ver si aparecías. Incluso en alguna ocasión caminé hasta el colegio y te esperé en la placita frente al portón. Recibirte era una fiesta y nuestros abrazos eran interminables.

Siempre adoré esos abrazos, concebidos para calzar con la fisonomía del otro: largos, frontales, completos y sin fisuras. Sí, sin fisuras. Una vez te solté mi teoría de esos abrazos, de sus formas y sus alcances. Siempre he pensado que el anverso del cuerpo es una zona privada, y por eso muchos lo resguardan con recelo. Al dar un abrazo, incluso a sus seres más queridos, hacen contorsiones e inclinaciones, a menudo involuntarias, para evitar el pleno contacto. Lo que yo llamaba «abrazo sin fisuras» era aquel en el cual participaba cada centímetro del cuerpo, donde los dos se juntaban como piezas de un rompecabezas, sin grietas, sin esfuerzo, sin necesidad de que una fuerza adicional las encaje. Es un acto de confianza ciega, en que cada uno comete un minúsculo suicidio en virtud del otro. A menudo, en nuestra manera de saludar se revela lo que somos, pero también lo que no podemos ser. Se descubre el mundo del que venimos y no al que nos dirigimos. Ahí se graba el saldo de nuestras derrotas, porque en esa fugaz coreografía de los cuerpos se registran con precisión las batallas que uno perdió, las que transigió y las que concedió.

Después almorzábamos y tú me contabas del colegio y yo te hablaba de mis lecturas. Antes de que anocheciera íbamos al centro o al mercado. A veces nos tomábamos un café en uno de los restaurantes orgánicos que empezaban a proliferar; otras, en especial los fines de semana, almorzábamos en la pizzería que quedaba pasando el pueblo. Los domingos nos encaminábamos al

Cusco y nos quedábamos allí todo el día. Si era el final de uno de mis viajes, nos despedíamos allí nomás y yo tomaba el vuelo de la noche, tristísimo.

Una tarde en que todas las ventanas de la cabaña se empañaron, te escribí con el dedo, sobre el vaho del vidrio, que me moría por ti. Estaba claro que, aunque no lo habláramos, a fines de ese año yo me iría a Europa y tú me alcanzarías después. Solo un poco después, o quizás un poco más tarde, pero que vendrías era seguro, tarde o temprano, y en los suburbios de Ámsterdam tendríamos una casita parecida —o aún más pequeña, sin jardín ni horno de barro—, donde viviríamos algunos años e iniciaríamos una nueva etapa de nuestra vida juntos.

5

Partí a Holanda a finales de ese año.

Tu trabajo en Urubamba terminó un tiempo antes. Planeábamos estar juntos unos meses en Lima, cuando de pronto ocurrió el terremoto de Pisco, y eso lo cambió todo.

Te pidieron liderar uno de los equipos de reconstrucción y pienso que hiciste bien en aceptar, aunque eso significara ir a meterse en la boca del lobo.

El hotelito donde te hospedabas con el resto del equipo era el único edificio que se había mantenido en pie en toda una manzana. Pisco parecía una ciudad bombardeada. Fui a visitarte un fin de semana, pero habría dado lo mismo ir cualquier día porque nunca descansaban. Eso me permitió acompañarte con tu equipo a los espacios donde las familias que habían perdido sus casas se alojaban en carpas.

El proyecto de reconstrucción lo llevaba a cabo una oenegé internacional, y una de sus tareas consistía en construir ludotecas para los niños. El juego es una forma de aminorar el trauma que deja el derrumbe que sigue al temblor de tierra. Ya fuera en el estadio de fútbol y las explanadas que parecían campos de refugiados, en los arenales de la periferia o en los asentamientos de

la carretera, dondequiera que hubiera víctimas, ellos levantaban una ludoteca y enseguida empezaban a monitorear a los niños. No sabes cuánto admiré tu trabajo después de haberlo observado de cerca.

No volvimos a estar juntos hasta el fin de semana previo a mi partida a Europa, cuando viniste desde Pisco para despedirnos. Volé a Ámsterdam y, desde entonces, por todo un año, no nos vimos. Cotejamos decenas de variantes para que vinieras, pero ninguna se materializó.

Es probable que, para empezar una vida juntos, cada uno tuviera su propia lista de condiciones que no se atrevía a compartir con el otro y a las que no estaba dispuesto a renunciar. Quizá la más sencilla de todas era que tú aceptabas venir siempre y cuando regresáramos al Perú al terminar mis estudios, y yo, si bien no estaba decidido a quedarme, al menos quería intentarlo. Era un desacuerdo resoluble, pero esperar a que fuera el otro quien hablara primero solo entrampaba las cosas.

Fue así como, al año de estar separados, fuiste a Holanda a visitarme por un mes. En ese breve tiempo debíamos resolver juntos nuestro futuro. Fueron días bellos, y al mismo tiempo, tristísimos. Por un lado, reencontrarnos fue una fiesta; por otro, la crónica de una muerte anunciada. Ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer, y lo más sensato parecía separarnos y no volver a vivir otro año completo a la distancia. Que cada uno siguiera su camino. Era absurdo que dos jóvenes de nuestra edad vivieran a miles de kilómetros tratando de rescatar algo que se les iba de las manos. Y, al mismo tiempo, pasábamos horas uno encima del otro, intentando recuperar un largo año de separación y abstinencia.

En Ámsterdam, te presenté a mis amigos de la maestría. Una noche fuimos a un bar donde yo me cachueleaba dos noches de la semana como mesero; te llevé al mercado navideño y al interminable Rijksmuseum, el monumental museo de arte del país. Cuando visitamos la casa de Ana Frank, no pude evitar que un poco de la angustia que se vive allí se conectara con el momento que atravesábamos nosotros. Un halo de excepcionalidad, de desahucio, de despedida, había en esos días juntos.

Como era fin de año y tiempo de vacaciones, nos fuimos a Barcelona para escapar al frío y visitar a una de tus hermanas, que vivía allá. Compramos un boleto en un vuelo de bajo costo que nos proporcionó un viaje tan interminable como si hubiéramos regresado a Lima. Salimos de madrugada y tomamos un tren que, tras dos horas, nos dejó en el aeropuerto marginal desde donde despegaba el avión. Como estábamos solos en nuestro vagón, pudimos acoplarnos en cucharita y ver cómo asomaban los primeros rayos del sol. Estuvimos una semana en casa de tu hermana. Pasamos la Navidad con ella y su familia, y luego nos dedicamos a visitar museos y a recorrer la ciudad. De noche, tú dormías en el sofá de la sala y yo, en el suelo. Cuando todo quedaba en silencio, me subía al sofá. Solo cabíamos allí abrazados y de perfil, y nos dormíamos así hasta que la incomodidad del enlace me regresaba al suelo a la mitad de la noche.

Para el Año Nuevo viajamos a Cadaqués, un balneario de construcciones blancas incrustado al pie de dos montañas convergentes. Pasábamos el día caminando al borde del mar. Llegamos a pie hasta la casa de Dalí en Port Lligat y luego a las tiendas que rememoran, con abalorios turísticos, los años en que el pintor vivió en ese lugar. Por la tarde tomamos un hotelito rústico que encontramos disponible por estar fuera de temporada. Ahí debimos despedirnos sin saber que lo estábamos haciendo. Sin decirnos una sola palabra, le pusimos fin a una historia que quizá no debió tenerlo.

Después volvimos a Barcelona, y de ahí, a Ámsterdam. *El viaje dentro del viaje*, pensaba en el trayecto, como una caja china donde la última coraza era siempre Lima, adonde, al menos por el momento, yo no volvería. Nos quedaron algunos días más que pasamos discutiendo, porque tampoco para eso coincidíamos en lo que queríamos hacer. Debía ser la tensión de lo inminente.

Durante la mayor parte del día éramos la pareja que siempre habíamos sido y que por primera vez se encontraba en Europa y quería disfrutar cada calle y cada bar. Pero, de pronto, aparecía el monstruo del futuro, acechante y vil, para recordarnos quiénes éramos en este mundo y qué película representábamos. ¿Habría sido

posible cambiar la historia de nuestras vidas? Pues eso era lo que pensaba a cada rato: que nada se había dado aún, que todavía podíamos torcer el curso del destino y, al mismo tiempo, nunca hice nada por que eso pasara; nunca te dije que estaba dispuesto a volver a Lima al terminar mis estudios si así lo querías. Quizá, de haber hecho eso, tú habrías cambiado de parecer y venido a Holanda dispuesta a pasar penurias y quedarte conmigo todo el tiempo que fuera posible. Pero entonces yo era demasiado joven y demasiado estúpido para darme cuenta de lo que realmente importa en la vida.

El día de tu partida, quería que perdieras el vuelo y tuvieras que quedarte conmigo un tiempo más. Salimos más tarde de lo debido, y el abordaje del tren que nos llevaría al aeropuerto coincidió con la hora punta. Solo encontramos un asiento desplegable en la bodega de acople, donde suelen ir los bultos y donde yo me senté; y allí, juntos, tus muslos sobre mis piernas en un abrazo lateral y contrahecho, lloramos en silencio hasta llegar al aeropuerto y empezar el caos.

Ahora que lo pienso, me falta una pieza para entender la historia, incluso para explicarla. Ambos queríamos estar juntos y, al mismo tiempo, no lo queríamos. Era como si aceptáramos el final de una historia predestinada a concluir: como una película o una obra de teatro, como un viaje o un día de trabajo. Era el final de nuestro tiempo juntos, y ni tú ni yo sabíamos bien por qué.

¿Habría sido distinto si hubiéramos sido padres? ¿Hubiéramos tenido algo que decidir si aquel óvulo fecundado encontraba cobijo milímetros más allá y se arraigaba en un útero receptivo y fecundo que abriera una nueva ramificación de posibilidades para nuestras vidas? Si esa posibilidad, si ese contrafactual hubiera existido en el mundo de la ingratitud y no solo en el de la imaginación, ¿habríamos vivido esa escena en el aeropuerto de Ámsterdam, cuando yo me despido de ti antes de los controles, y tú avanzas torciéndote y mirándome con el rostro desencajado y lloroso, y yo me subo a una barandilla de la que luego vendría a bajarme un oficial de seguridad, tan solo para poder verte unos segundos más existiendo en mi vida? ¿Habría pasado? ¿Crees tú? ¿Crees?

6

Dejamos de vernos durante veinte años. Supe que te casaste tiempo después de nuestra separación y que tuviste un hijo. Me dio alegría saber esto último y que aquel accidente no te impidió ser madre. Era curioso que nunca nos hubiéramos cruzado por la calle viviendo en el mismo distrito, y a menudo pensaba que un día sucedería. No imaginé, eso sí, que aquel encuentro casual ocurriría en el malecón de un balneario del sur y en pleno invierno, sin embargo, fue la mejor locación para caminar juntos y conversar sin apuros.

Me dio gusto abrazarte, que me abrazaras, que nos abrazáramos. Son tres actos diferentes que solo a veces se encuentran en una misma acción. Fue como si la despedida en el aeropuerto de Ámsterdam estuviera conectada con ese encuentro. Como si veinte años hubieran sido apenas fracciones de un segundo.

Empezamos contándonos insignificancias sobre nuestras vidas actuales, cosas que ignorábamos del otro y que, al menos en ese momento, pasaron a interesarnos. Me hablaste de tu hijo, de los deportes que practicaba, de su personalidad. Me enseñaste una fotografía que llevabas en tu cartera y empezaste a contarme sobre tu embarazo y tus primeros años como madre.

Siempre pensé que me habría gustado hablar contigo sobre lo que vivimos en Urubamba y sobre lo que vino después. Es difícil pasar de los temas actuales a ese pasado cargado de significados. Por fortuna, tú diste el salto por un puente que me regresó a nuestros mejores momentos. En tu matrimonio habías llegado a un estadio calmo y dichoso, y una de tus mejores amigas te lo había hecho notar. Te remarcó que, si te hubieras quedado conmigo, no habrías tenido la felicidad que ahora vivías. «Por supuesto que sí», la corregiste, «esos son mitos», y enseguida le aseguraste que conmigo también habrías sido dichosa, solo que la vida te llevó por un camino diferente. Me emocionó escucharlo. Quise creerlo. También pienso que, de habernos quedado juntos, hubiéramos resuelto aquellas diferencias de la juventud y la habríamos pasado bien.

Esa tarde te conté que, en los años que viví en Holanda, seguí un curso en Utrecht durante un semestre. Ahí conocí a una amiga con quien pasábamos largas horas hablando en un parque, y con los meses llegamos a compartir temas íntimos. Ella guardaba muchas sospechas sobre la forma como había sido concebida. Su madre nunca le había hablado sobre su padre: no había fotos, ni parientes, ni pistas, ni referencias. Ningún hilo del que tirar para descifrar quién fue. Tampoco podía tocarle el tema a su mamá, la única que debía saberlo. Tan difícil era todo que pensaba que debía tratarse de un capítulo oscuro en su vida. Me dijo que había aprendido a convivir con ese vacío durante años, pero que, en Utrecht, el tema la perseguía. Algunos días quería saber más; otros, prefería lo contrario. Yo poco podía comentar, así que me limitaba a escucharla con atención. Pero a menudo deseaba decirle que la vida es solo un presente que en segundos deja de serlo. Y que ella estaba aquí, es decir, allí, en ese parque, conversando conmigo, delante del sol; que eso debía ser todo lo que importara.

En ciertos atardeceres de invierno, el mar al sur de Lima muestra una franja que separa el agua del cielo. Es un híbrido opaco, de textura vaporosa, que permanece ahí un buen rato, como la estela prolongada de un sol camuflado. Un sol que en ciertas estaciones se hace invisible, pero que siempre, tarde o temprano, vuelve para dar la cara y marcar el ritmo de nuestras vidas.

Te confesé que a menudo pienso en lo cerca que estuvimos de tener una vida abismalmente distinta. Cuando sufrimos la pérdida no fue más que un susto, un evento desafortunado pero subsanable. Sin embargo, el tiempo se encarga de ir esculpiendo lo no vivido hasta darle vida propia. Luego empieza a crecer dentro de uno y camina a tu lado recordándote, día tras día, la edad de lo que no ocurrió.

Siempre me he preguntado adónde van a dar las vidas que dejamos de vivir. Algunas culturas creen que detrás de cada crepúsculo —ahí donde no alcanza nuestra vista— existe otro mundo que es el espejo del nuestro, su negativo fotográfico, pero con sus minúsculos errores corregidos. Un universo paralelo con pequeñas variantes oportunas que llevan a desenlaces distintos. Ahí se

ensayan muchas vidas en simultáneo, como una fábrica de imposibles, donde la dicha es la cuenca de todos los ríos. Ojalá algún día nos encontremos allí y podamos volver a darnos abrazos como los de antes, largos, frontales, completos... y sin fisuras.

La belleza del océano

«Llegará la hora en que tendré que
desembocar en los océanos».
JAVIER HERAUD, *EL RÍO*

1

El puerto de Róterdam es el más grande de Europa. Los puertos suelen corresponderse con ciudades licenciosas y trajinadas, con bares, burdeles, contrabandistas y gentes de marcha apresurada. En Róterdam, todos caminan o pedalean con un objetivo en mente; su premura es consuetudinaria, comercial. Pero aun los holandeses, que lo contabilizan y lo regulan todo, dejan una ventanita para la transgresión, para lotizar y concentrar su inofensivo caos.

En un inicio vivió al sur del río Mosa, donde abundan las cantinas de estibadores y rufianes, pero pronto se mudó al distrito de Schiedam. Era un barrio inundado de almacenes, antiguas destiladoras de ginebra, atracaderos medianos y comercios de todo tipo.

Llevaba año y medio instalado allí cuando conoció a Nina. Fue cuando había empezado a preguntarse qué lo condujo a esa ciudad. Estudiar una maestría extrañísima era apenas la capa visible del cúmulo de fuerzas que lo empujaron hasta allá.

Durante años había deseado vivir en Europa, estudiar y trabajar en ese continente, y ambas cosas las había encontrado en Holanda. En su mente debía haber alguna jerarquía confusa e irresuelta, en la que cualquier destino daba más puntos que quedarse en el lugar de origen, pero Europa pagaba más que todos. E incluso allí, el norte superaba al sur, el oeste al este, el continente a la isla, y así, su concatenada madeja de prejuicios y presuntas certezas, que confirmaba o desbarataba a diario, lo había arrojado a esa extraña ciudad portuaria.

Cuando la universidad escogida lo aceptó, postergó su partida hasta en dos ocasiones. Su padre sufría de un enfisema pulmonar y sus recaídas le hicieron creer que no debía abandonarlo. Incluso consideró suprimir el viaje, pero Eva, su hermana, le recordó que la

vida no podía detenerse y le aseguró que ella se encargaría de cuidarlo. La madre de ambos había muerto cuando ella tenía catorce y él, diez. Desde entonces, ese hombre generoso, de hablar pausado y didáctico, se había desvivido por mitigar aquella pérdida prematura.

Partió ilusionado pero asustado porque pensaba que en cualquier momento tendría que volver de emergencia. Tras pocos meses dedicados exclusivamente al estudio, consiguió un trabajo como profesor a medio tiempo en el colegio británico de las afueras de La Haya. Iba allí cuatro veces por semana. Pedaleaba hasta la estación con el cielo todavía oscuro y dejaba su bicicleta para tomar el *Stoptrein*, que se detenía en todos los pueblitos. Al llegar, caminaba diez minutos en paralelo a los rieles del tren para ingresar al colegio por las canchas de fútbol. Luego de dictar dos o tres horas, según el día, regresaba a Róterdam para almorzar y enrumbar por la tarde a la universidad, en el extremo opuesto de la ciudad.

Año y medio después de haber iniciado esa vida regresó de vacaciones al Perú. Su padre se mantenía estable y aquel mes que pasó en Lima, en el corazón del invierno, fue reconfortante y al mismo tiempo abrumador. En cada reunión a la que asistía, por más entusiasmo que le despertara, había siempre un momento en el que añoraba su vida solitaria en Holanda, sus cuarenta y cinco minutos de tren por la mañana y al mediodía, alternando la visión entre los campos de cultivo y el libro de turno.

Años antes, cuando terminó la universidad y empezó a trabajar, se mudó a vivir solo. Ese temprano distanciamiento resultó acertado, porque le dio el oxígeno que luego necesitó para volver a convivir con su padre cuando este último enfermó, el año previo a su partida a Holanda. Después su hermana, que ya para entonces se había casado y tenía dos hijos, se lo llevó con ella.

Fue en esas vacaciones en Lima que Eva le habló de Nina. Era la hermana menor de su amiga Vera y acababa de ganar una beca para estudiar en La Haya. Partiría en un mes y casi coincidiría con su regreso. Quería tomarse un café con él para que le contara sobre la vida allá. Él recordaba a Vera, había sido amiga de su hermana desde los primeros años del colegio. Quizás alguna vez había ido a

recogerla con su padre y visto a la hermanita menor, pero en ese momento no la recordaba. Aunque lo ilusionaba poco la encomienda, accedió por gentileza con Eva.

Nina era unos cuatro años menor que él: el pelo ensortijado, los ojos hundidos, la mirada triste camuflada con una sonrisa dosificada. Cubría y descubría unos dientes perfectos que se veían mejor cuando los invocaba para reírse de sí misma. Debía ser talentosa en lo suyo, a juzgar por la beca que había ganado. Era delgada y rígida. Su juventud le daba una firmeza corporal que su desgano se empeñaba en corroer. Le gustó, aunque sería más exacto decir que algo *en* ella o algo *de* ella le gustó, porque no fue una atracción integral ni definitiva.

Pensó que quizá podrían tener algo cuando ella viviera en Holanda. Quizás algo fugaz, quizás algo duradero. Estaba decidido a intentarlo, aun cuando sonara absurdo mudarse a más de diez mil kilómetros para terminar enredándose con otra inmigrante llegada desde el mismo barrio. Es verdad que algunos animales son así, buscan siempre sus raíces, su endogamia geográfica, y levantan una muralla imaginaria ante lo diferente.

Pero ese no era su caso. Él creía estar abierto al mundo; sin embargo, en todo ese tiempo no había logrado entablar vínculo con ninguna holandesa; es más, tampoco con ningún holandés. Ni un solo amigo, vamos. Su interacción con los lugareños era siempre superficial, descartable. Una comunicación práctica que, cumplido o no su cometido, se desvanecía como por arte de magia. Por suerte no era un fenómeno aislado, porque a sus compañeros de la maestría, todos extranjeros, les sucedía lo mismo: ninguno había hecho amigos locales, mucho menos se había emparejado. Eso, seguro, los unía, y habían creado un microcosmos familiar, un insólito gueto dentro del que sucedían sus vidas. ¿Por qué no querían mezclarse con ellos? Tenían la teoría de que no era nada demasiado elaborado, sino más bien lo contrario: un vacío hereditario y constitutivo. Los pocos que habían logrado conocerlos e ingresar tangencialmente a sus círculos aseguraban que ni siquiera entre ellos cultivaban algún tipo de intimidad. Eran amables en su trato y, por lo general, sonrientes, pero vivían sometidos por normas

y costumbres rígidas. Un estudiante mexicano, el que llevaba más tiempo viviendo allá, les anunció un día que los holandeses «no tenían alma», y ese fue el consuelo y la advertencia que acompañó a todos en sus futuras interacciones.

2

Delft

Ayer ha sido un día bellísimo. Talvez el mejor que me ha deparado este continente.

Nina me invitó a almorzar con sus padres, que estaban de visita en Holanda; así que, terminada mi clase de la mañana, crucé hacia La Haya y estuve allí antes de la hora. La cocina comunitaria de su residencia estudiantil permitió un almuerzo alegre y distendido. Después ella partió a sus clases y yo me quedé con sus padres. Tenía la tarde libre y me ofrecí a pasearlos por Delft.

Tardamos casi una hora en salir, lo que en cualquier otro caso me habría impacientado, pero el tiempo de espera me permitió observar a dos septuagenarios preparándose para un paseo memorable. Escogían el maletín, la posición del canguro, el abrigo adecuado para uno y para el otro.

Había energías y ánimos suficientes para cortar el corazón de La Haya caminando hasta la estación; Óscar tomaba diez fotos por segundo e intercalaba la cámara filmadora con la fotográfica: cada calle, cada monumento, el Parlamento holandés, el Mauritshuis. Vilma estaba impresionada con la altura de los holandeses, «mira nomás sus piernas»; Óscar quería comprar una gorra, «ahora no, cariño»; Vilma dejaba caer su chompa repetidas veces y yo la rescataba del tropel de turistas. Les invité un puñado de Leonidas en la tiendita de la estación para que probaran los mejores chocolates del mundo, y ellos me contaron que era su primera vez en Europa. Habían llegado la noche anterior, así que era oficialmente su primer día aquí. Sabía que eran una familia de clase media como la mía, lo

que me hacía intuir que la crianza de tres hijas y las prioridades domésticas habían hecho que ese viaje siempre se postergara. Ambos debían pensar, sin manifestarlo, que difícilmente regresarían, y por ello, seguro, querían registrarlo todo.

Al sentarnos en el tren, Óscar creyó haber perdido su cámara. Luego se dio cuenta de que la había guardado en un compartimiento recóndito del maletín. Encontrarla fue una fiesta, un hallazgo que le trajo una alegría más intensa, estoy seguro, que tenerla por primera vez.

Delft es un pueblo con callecitas adoquinadas, comercios artesanales, recovecos y puentecillos que lo asemejan a una maqueta de ciudad antes que a una ciudad de verdad. Aun así, los ciclistas son una amenaza permanente y exigían mi atención para que ninguno resultara arrollado por esos roedores mecánicos. Ambos estaban fascinados con cada vereda, con cada vista, con cada iglesia de agujas góticas. Al verlos, empecé a sospechar que estaba siendo testigo de algo profundamente bello.

Cortamos las calles con dirección al centro para llegar a la plaza a tomar un café y nos dimos con el atelier de Vermeer, un museo de sitio simplón y desprovisto. Puesto que no tiene ningún cuadro original, no valía la pena pagar la entrada, y menos por los quince minutos que quedaban hasta la hora de cierre, pero igual intenté que nos dejaran pasar gratis al sótano, donde sabía que encontraríamos las reproducciones de los treinta y un cuadros de autoría indiscutida. Para mi sorpresa, accedieron y entramos. Además de las copias, había un video y un cuadro cronológico de la vida del pintor y sus obras. Óscar volvía a prender la cámara; Vilma se quejaba, «por filmar te pierdes de todo»; él se disculpaba, la guardaba y los tres seguíamos la ruta de Vermeer. Al salir, excitado, me sujetó el húmero y me soltó un excesivo «Gracias» que me enterneció.

Metros más adelante, Óscar se detuvo frente a un negocio cuya vitrina estaba inundada de teléfonos móviles:

—Mira nada más la cantidad de teléfonos.

De seguro cualquier tienda de celulares en Lima estaba mejor provista que aquella vitrina, pero poco importaba la precisión relativa

del enunciado. Aquel hombre de setenta y dos años era un niño capaz de maravillarse con lo conocido y lo desconocido, y de ser momentáneamente feliz con cada minúsculo hallazgo.

Delft es tierra de alfareros, en especial de cerámica azul, que se elabora allí desde hace cuatro siglos. Su plaza principal está saturada de comercios para turistas y los padres de Nina debieron ser sus principales víctimas aquel día. Conocieron a quien posiblemente era la única holandesa que hablaba español en ese pueblo, y luego de comprarle muchas piezas, Óscar le dejó sus teléfonos y correos para que los contactara si alguna vez iba al Perú. Proseguimos y tomaron otras dos mil fotos en la plaza. Estaba seguro de que serían un éxito solo por la ley de los grandes números.

Ya a la hora en que Delft se vuelve silencioso, nos instalamos en la terraza de un bar. Empezaba a hacer frío, pero el sol aún no se iba. Pedimos una ronda de cervezas belgas y retomamos la conversación. De pronto me vi contándoles sobre el colegio donde enseñaba, de lo bueno y malo que vivía allí. Quizá se los conté porque mostraron un interés genuino por saber de mí, y fue gratificante escuchar los consejos y las historias de una pareja que ha vencido infinitas adversidades y que tiene el convencimiento de que tus cosas saldrán y terminarán bien, tan solo porque eres tú quien las vive y ellos quienes lo creen, o así lo quieren, y hay algo tierno y familiar que los une a ti.

Óscar no solo posee el tono cariñoso de mi padre, sino que también ha llevado una vida laboral muy similar a la suya. Trabajó durante años en una empresa pública de comunicaciones, hasta el día en que fue privatizada y lo despidieron con una indemnización que no revirtió el aluvión moral de aquel cese prematuro. Después consiguió otros trabajos, pero ninguno tan protagónico como el que había marcado sus mejores años. Ahora tiene un empleo en una aseguradora de fondos de pensiones, donde orienta a los aportantes de la tercera edad. Podía imaginar la escena diaria: una persona pronta a jubilarse acercándose a las oficinas y Óscar explicándole las etapas y modalidades del trámite para su retiro, y al mismo tiempo, preguntándole por su familia, por sus deseos y por cuanto se le ocurriera, como buen conversador que es. Entonces el futuro

aportante se va satisfecho, creyendo, gracias a la nobleza de Óscar, que su administradora de pensiones es menos trapichera y mezquina de lo que en realidad es.

Mi padre, por su parte, trabajó por casi tres décadas como contador en la empresa petrolera estatal, hasta que un buen día lo cesaron sin mayor explicación. Ambos se levantaron durante años muy temprano para cumplir con sus obligaciones, sin más ambición que la de ver florecer a su familia. No eran estrategas de su futuro, como lo son muchos ahora. Ellos simplemente cumplieron con un deber cotidiano, confiados, quizás ingenuamente, en que cualquier mejora o ascenso sería el resultante natural de su esfuerzo diario y que no habría ceses prematuros o inesperados.

Dejamos la terraza con el cielo oscuro. No me permitieron pagar mis cervezas. Cerca de la plaza, Nina, que había estado en clases, nos dio el encuentro. Caminamos un poco más y fuimos a cenar a un restaurante de ladrillos quemados y lámparas con forma de arañas invertidas. Óscar quería seguir disfrutando de las cervezas belgas, pero cuando intentó pedir la segunda botella, Vilma lo contuvo. De contrabando le pasé un poco de la mía en su vaso vacío.

Se habló de los planes para los próximos días y pronto el paseo estuvo terminado. Ante los comentarios de sus padres, Nina bromeó sobre mis dotes como guía turístico y yo solo le respondí que, a partir de ese momento, las cosas serían diferentes entre nosotros. Estoy seguro de que no entendió lo que quise decirle, porque quizá yo tampoco lo sabía, pero pensé que algún día podré explicárselo. Quizás en veinte años, cuando ella ya no sea una apurada criatura de veintiséis abriles ni yo un desvalido joven de treinta, nos encontraremos y podré hablarle de este Delft que llevo conmigo. Y quizás allí entienda, y yo también, qué es eso que ahora nos ha unido: un día, ese día, en la vida de sus padres.

De camino a la estación, Óscar me contó que, al regresar del baño, en el restaurante, había tropezado con una grada, pero que el golpe no fue fuerte. «Que no se entere Vilma», me dijo. Yo me había adelantado unos metros y me arrepentí de no haberme quedado a su lado, de no haberle cuidado los pasos. Al llegar, Vilma sintió frío y

abrigó a su esposo. En el andén, a solas con Óscar, este me preguntó cómo estaba. Lo hacía, sin duda, por las pocas semanas que habían transcurrido desde la muerte de mi padre. Le dije que creía que bien, que mi vida seguía siendo sustancialmente la misma desde que volví. Luego los invité a que me visitaran un día en Róterdam. Minutos después de su partida, tomé mi tren en dirección contraria.

Llegué a casa y llamé a Eva para contarle que había pasado un día maravilloso con los padres de su amiga Vera. Ella me preguntó, como nunca, si estaba triste, y le dije que no, que cómo, que por qué, que todo había sido felicidad. Pero al meterme entre las sábanas esa noche, por primera vez desde que vine a vivir a Holanda, quise llorar, pero no pude.

3

Nina partió a Holanda una semana antes de que él volviera tras ese primer retorno a Lima. Como olvidó un par de piezas de ropa, le pidió que se las llevara. Él le ofreció recogerlas de casa de sus padres y fue así como conoció a Óscar y Vilma. Los reconoció, en realidad, porque ellos lo habían visto muchas veces de niño por la amistad de Eva con Vera. Eran una pareja rebosante de ternura. Óscar tenía un rostro amable y cautivador, un bigote blanco bien recortado, un rectángulo horizontal que rebasaba los habituales límites laterales. Le abrió la puerta con un entusiasmo que él no esperaba y que debía venir macerando desde que supo que vendría «el hermanito de Eva». Vilma emanaba un cariño más sobrio, pero igual de genuino. Juntos componían una coreografía de comunicación asintomática que solo el tiempo podía crear. Habían conocido a su madre y habían observado de cerca la desestabilización familiar que sobrevino a su partida, y aunque era a Eva y no a él a quien habían seguido por todas las etapas de una adolescencia dura, él era algo así como el rostro invisible de una historia que conocían bien. Estar con ellos le dejó un sentimiento grato, talvez por las gentilezas que recibió, talvez porque conocían

de cerca su historia familiar. Talvez porque Vilma también conocía la pérdida temprana. Era sabido que su hermano poeta murió muy joven en un incidente confuso en la selva.

El encargo le dio una excusa para ver a Nina en Holanda. Le sugirió que viniera a Róterdam a recogerlo, y así lo hizo. Pasaron pocas horas juntos probando cervezas en un bar cercano a la Estación Central. Si ella perdía el último tren a La Haya, tendría que quedarse a dormir en su sofá, y quizás ahí sí se conocerían más, pero eso nunca sucedió. Ella siempre logró tomar el último tren las pocas veces que volvió a Róterdam. Era él, más bien, quien la visitaba con frecuencia en La Haya. La relación que entablaron en esos meses fue ambigua. Cuando estaban juntos, las cosas parecían fluir, pero cuando le proponía un nuevo plan —un paseo por un pueblito de los alrededores, un museo, una cena—, ella alegaba estar abrumada con exámenes y monografías. Quizás era cierto, pero la señal de «quiero pero no puedo» no era contundente, o él no era capaz de descifrarla para planear su camino hacia ella o darse por vencido.

Un día, tras la semana de exámenes universitarios, por cansancio o cortesía, ella accedió a ir a comer panqueques en los restaurantes que están en la playa de Scheveningen. Eso era lo único bueno de estar al lado del mar durante los meses fríos: caminar por el malecón, ver el atardecer y luego entrar en uno de esos restaurantes con sillas de mimbre iluminados apenas con velas. Quizás ese fue el único día en que hablaron de asuntos más profundos: sus experiencias como inmigrantes, el futuro inmediato y el futuro ideal, sus breves parejas pasadas, el temor de no poder volver a casa si había una emergencia. Allí ella le contó que sus hermanas mayores se habían casado muy jóvenes y que, por eso, creía que sus padres, aunque no se lo dijeran, miraban el reloj esperando su turno. Ese día no llovió ni los arrastraron los vientos huracanados; tampoco los detuvo el supervisor del *tram* cuando viajaron como polizontes de regreso a la residencia estudiantil. Todo salió bien.

En las siguientes ocasiones en que se vieron, en cambio, nunca se repitió la atmósfera de Scheveningen. Algo, de buenas a primeras, lo arruinaba todo, como si estuvieran en una comedia. Una

vez, en Delft, tomaban cervezas en un restaurante y, cuando decidieron pedir la comida, el mozo les dijo que eran las diez con un minuto de la noche y que la cocina acababa de cerrar. Alegaron que estaban allí desde las nueve y cuarto, que debió avisarles al menos... pero no hubo forma. Esa era Holanda en una sola imagen. Tuvieron que improvisar, y el único lugar abierto cerca de allí era un *fast food* mexicano donde cenaron nachos en una banqueta dura, bajo la luz de un fluorescente. Esa secuencia era también una imagen de ellos y de su dinámica: de la gloria al desastre en pocos metros. Por eso, a él, Scheveningen siempre le quedó como una esperanza de lo que podían volver a ser.

Al llegar las vacaciones de fin de año dejaron de verse. La salud de su padre empeoró. Cuando Eva le contó que ya no comía, supo que era momento de viajar a Lima. Así lo hizo y lo encontró en la cama, con los ojos abiertos. Le sonrió al verlo, aunque todo esfuerzo lo agitaba y asfixiaba. El remezón interno fue mutuo. Días después, las cosas se agravaron. Entre los familiares y amigos que llegaron a casa de Eva la noche en que su padre agonizaba estaban su amiga Vera y sus padres, Vilma y Óscar. A él le alegró verlos a pesar del momento. No había vuelto a saber de ellos desde el día del encargo para Nina, un año atrás. Óscar se le acercó y le dijo que en unos meses irían a visitar a Nina en Holanda. Él le contestó que le encantaría verlos allá.

Más tarde, Óscar se sentó al lado de la cama de su padre. Se habían conocido a través de los años, cuando ambos recogían a sus hijas de la casa del otro y se tomaban algo juntos. Le sujetó la mano entre las suyas: «Teníamos que volver a vernos, mi amigo».

Horas después, ninguno de los que estaban allí, despidiendo a su padre, volvería a verlo con vida.

4

Róterdam

Ayer Óscar y Vilma vinieron a Róterdam.

Están al final de su viaje y les quedan pocos días en Holanda. Mi invitación fue sufriendo mordiscos por fina cortesía de Nina.

Al principio les propuse que se quedaran una noche para cenar juntos; luego, a pasar el día. Al final, lo hicieron solo por unas horas después del almuerzo.

Los recibí en la Estación Central. Cruzamos a pie hacia el City Hall. Los edificios estaban imponentes. Luego de las fotos de rigor, tomamos el 23 para atravesar el Erasmus. Mi puente estaba inmenso, elegante, bellísimo. Me dejó muy bien. En el sur cambiamos al 20, que cruzó el puente de regreso y cortó por el Museum Park, donde está el canal más colorido de esta ciudad. Luego avanzamos por Kralingen, con sus residencias enormes, y terminamos en la universidad. Sus jardines, en estos meses, están cubiertos de flores.

Ahí empezó una garúa gentil que nos fue mojando de a pocos. Ambos alababan el paisaje, no podían creer que estuvieran ahí. Les propuse hacer una pausa en mi pisito antes de embarcarlos en su tren de regreso. En el camino quedaron maravillados con las casas cúbicas, la mayor excentricidad de una ciudad famosa por su arquitectura. El plan no era ese, pero bajamos para fotografiarlas de cerca. En el cuadrado de Blaak, hecho con los escombros del bombardeo de 1942, se tomaron más fotos. Vilma estaba preocupada de que gastara tanto en *trams*, pero le expliqué que les había comprado un boleto por todo el día y que incluso había conseguido un descuento al «hacerlos pasar» por adultos mayores. A Óscar se le acabó la memoria de su filmadora. Fue como si le apagaran la fiesta: lo embargó una frustración que intentaba disimular. Porque en Ámsterdam, y en las otras ciudades que habían visitado, así como con la gorra, Vilma y Nina le habían prometido que en cualquier momento comprarían un USB. Pero no lo habían hecho.

En el *tram*, Óscar me habló de Lima y de esos años en los que yo no lo recordaba, pero él sí a mí. «Porque te he conocido desde niño y te quiero como a un hijo», afirmó. Por unos segundos sentí que era verdad, y luego me quedé pensando si es posible querer a

alguien como a un hijo cuando se lo ha visto pocas veces en la vida. Seguramente no. Sin embargo, la frase muestra un deseo más que una verdad, y es cierto que puede existir un sentimiento paternal hacia quienes se ha visto crecer.

En la tienda de la esquina de mi casa, le sugerí a Óscar que comprara un USB. No podía creer que el problema se resolviera con tanta facilidad. Luego entramos a mi pisito. Pusieron a secar sus zapatos sobre el radiador. Como no había tiempo para comer debidamente, les ofrecí unos piqueos y unas bebidas. Nada los entusiasmaba tanto como las cervezas belgas. Óscar se acomodó en la silla de mi escritorio, contigua a la ventana, con una pierna cruzada y el cuerpo tirado hacia atrás. Se puso a observar el movimiento de la calle mientras que Vilma y yo servíamos los vasos. Cuando terminamos, inició una reflexión bellísima sobre el acto de mirar por la ventana. No era sobre lo que veía a través de ella, sino sobre lo que significa el ejercicio de mirar por una ventana como esa, gracias a que es posible hacerlo. Quizá por eso me sentía tan cercano a él, por eso nos llevábamos tan bien y todo era tan fácil.

Era hora de partir. Vilma fue a la cocina y Óscar empezó a ponerse los zapatos. Entonces le dije que le había comprado un regalo. Su mirada me recriminó por haberlo hecho.

—¿Por qué nos hemos conectado tanto, Óscar? —le pregunté—. ¿Por qué sentimos que nos queremos tanto?

No me respondió, pero, en cambio, me sujetó el brazo al tiempo que asentía con la cabeza.

—Me haces acordar mucho a mi padre —seguí y, como a mí, esas palabras lo removieron.

—Abre esto —le dijo a Vilma, entusiasmado, cuando volvió de la cocina.

—¿Qué es? ¿Es para mí? —preguntó ella.

—No, no; es para mí —le advirtió él—. Pero quiero que lo abras tú.

Vilma lo abrió y la boina gris, de lona invernal, le agradó a Óscar más de lo que pude imaginar. Era juvenil y a la vez clásica. Se la calzó, se miró en el espejo, se la quitó y se la volvió a calzar mientras sonreía. Entonces me abrazó y yo lo abracé de vuelta. Y él

empezó a llorar, y yo empecé a llorar con él. Y ni los reclamos de Vilma, que nos preguntaba asustada qué nos pasaba, ni el reloj verdugo, que acortaba nuestro tiempo juntos, ni ningún otro dique represor de la naturaleza pudo impedir que nos quedáramos abrazados para celebrar con lágrimas libres ese nuevo sentimiento que acababa de nacer entre nosotros. No recuerdo, en toda mi vida, ni antes ni después de aquella tarde, haber llorado así. Mis treinta años de llantos contenidos, de fracasos disfrazados, de vacíos, de afectos imposibles, salieron en ese instante mientras me rehusaba a soltar a mi amigo Óscar.

Camino a la estación de Schiedam pudimos ver parte del puerto. Entre grúas y muelles había un barco llamado *The Ocean Beauty*. Óscar me dijo que le parecía un buen título para una historia, y empezamos a imaginar cómo sería esa historia. Le pregunté si no le parecía un poco osado para un barco tan insignificante autodenominarse *La Belleza del Océano*, pero él me dijo que quizá no era un nombre que hiciera referencia a sí mismo, sino que buscaba recordarnos la belleza del océano, genérica e infinita.

Allí, frente a ese mar, al lado de Vilma y Óscar, sentí que Róterdam podía ser menos ingrata de lo que siempre me pareció. El tren salió a las 18:55. Se fueron contentos y agradecidos de lo que les había dado su lazarillo turístico, pero sin sospechar, estoy seguro, lo que ellos me habían dado a mí.

5

Aunque Nina no los hubiera acompañado a pasar el día en Delft o Róterdam, él sintió que, tras la visita de Óscar y Vilma, una nueva puerta se había abierto entre ellos. Procuró llamarla guardando una necesaria distancia de combate. Se dispuso a no proponerle nada; que la próxima vez que se vieran la iniciativa partiera de ella. Tardó un mes, pero lo hizo: que fuera a La Haya después del colegio para tomarse unas cervezas juntos.

El verano estaba cerca, la luz del día se prolongaba y uno perdía la noción del tiempo. Fue eso, seguro, lo que permitió que en el bar

se les pasara el tiempo hablando. Lo que siempre había deseado: que ella le preguntara a qué hora partía el último tren y él se hiciera el sorprendido, el asustado. «¿Y ahora?», se preocupó ella. «Pues, nada», le respondió él, «o pago un taxi de cientos de euros de regreso a Róterdam o me quedo en tu sofá y me voy mañana temprano». «Está bien», accedió ella, y luego añadió: «No tengo alcohol, pero quizá tenga otras cosas».

Caminaron hasta la residencia estudiantil. La habitación de Nina quedaba en un cuarto piso y desde ahí se veía la torre de la Corte de Justicia, un cielo azul que nunca se oscurecía por completo y las lucecitas salpicadas de la ciudad. Cuando él fue a cerrar la puerta, la manilla se le escapó de las manos y el golpe fue mucho más sonoro que lo debido, como al final de una escena cinematográfica en que se ennegrece la pantalla y ese vacío parte la trama en un antes y un después.

***

La vida tenía siempre dos canales: el visible y el oculto. En el primero bullía lo público, la calle, los oficios, las distracciones artificiales que se llevan demasiada atención. En este, las batallas eran abordables, finitas, tangibles. Aunque algo no saliera bien, ahí estaba uno a la mañana siguiente, renovado y dispuesto; ahí estaban los amigos, los aliados y los curiosos que daban volumen y amortiguación a lo bueno y a lo malo. Y, para bien o para mal, estaba también ese otro carril, el de las profundidades, el de las horas más íntimas, el de las noches, las madrugadas y los fines de semana silenciosos, el del porvenir y los proyectos solitarios, el del amor y las añoranzas vitales. Él era ahora un hombre joven al que se le abrían las posibilidades del canal visible, pero era, a la vez, un solitario sin padres ni hijos ni amores, que se enroscaba cada día más en las sinuosidades de una soledad que lo succionaba hacia las orillas de la misantropía y la asolación.

La visita de Óscar y Vilma había sido un verdor repentino en medio de esa aridez. Una réplica simbólica de los padres biológicos

que nunca lo visitarían, pero que, a través de Nina, podrían llegar a ser parte de su vida. La ilusión de una familia como tabla de salvación en la mitad del océano.

A la mañana siguiente partió temprano, mientras ella aún dormía. En casa se pasó el día mirando por la ventana. Los cursos de la maestría concluirían a finales de ese semestre, perdería su permiso de estudiante y no podría continuar enseñando. Ya no habría razón para permanecer allí. Buscaría iniciar su doctorado en algún otro lugar. Vendería sus cuatro baratijas, devolvería el piso y se iría temporalmente a Cascais, donde un amigo que regentaba un bar le había ofrecido alquilarle una habitación cerca de la playa.

En los días previos a su partida, la llamó. Le dijo que quería despedirse y darle algo. Ella le respondió que pasara por La Haya a las ocho. Le daría el encuentro en algún bar. En aquellos últimos días de Holanda, buscó dos escritos que había hecho tras la visita de Óscar y Vilma: uno titulado «Delft» y el otro, «Róterdam». Los juntó bajo el título de «La belleza del océano». Añadió una dedicatoria: «Para Nina». Llegó a La Haya. Buscó un centro de impresión, pero no fue fácil dar con uno, menos aún que tuviera espirales para encuadernar. Finalmente encontró el adecuado tras dos conexiones de *tram*. Redujo el tamaño de la caja e imprimió los textos de forma que quedara como una libreta o un libro de poemas, más que como un vulgar anillado. Se lo daría antes de despedirse. Cuando lo tuvo en sus manos, comenzó a llover y Nina lo llamó: tenía un contratiempo, ¿y si volvía al día siguiente? «Por supuesto», le dijo él, «hablemos», y colgó la llamada, convencido de que esa sería su última conversación. De regreso se detuvo en Spuiplen y bajó a tomar un café. Leyó «La belleza del océano» por última vez, y al levantar la mirada notó que la mayoría de comensales eran jóvenes enfrascados en sus móviles. Óscar tenía razón: «Mira nada más la cantidad de teléfonos».

Al salir, la lluvia arreciaba. En la tierra de los molinos, el viento golpeaba de frente y de costado. Avanzó unos metros y lanzó la copia en un tacho de basura.

Vivió tres meses en Cascais, luego consiguió una beca de doctorado en Groninga, el pueblo más frío y alejado de toda

Holanda. Volvió a Lima al cabo de siete años hablando maravillas de los holandeses. Nina había regresado al Perú al poco tiempo y nunca se volvieron a encontrar. Recordó muchas veces a Óscar y a Vilma, pero siempre pensó que, si se acercaba a ellos, Nina creería que era una excusa para rondarla a ella. Y lo fue dejando. Y pasaron más años. Y un día, Eva le anunció que Vilma había fallecido. No era posible; el tiempo no podía haber pasado tan rápido. Fue al velorio para saludar a Óscar y allí lo encontró, acongojado pero entero, con el bigote despoblado, la mirada amable y la emoción mutua de verse, a pesar del momento. Se abrazaron por largo rato, dejándose claro que ahora estaban en la situación inversa, pero esta vez ninguno lloró. Más bien él le prometió que lo llamaría. Habían pasado diez años desde aquellas visitas a Delft y Róterdam. Al salir del velatorio se topó con Nina. Se saludaron con cortesía, como si la realidad fuera un disparo de cámara y no una película. La vio más grande, más gruesa, más segura. Ella lo encontró sustancialmente más viejo, quizá por el cabello encanecido, y le dijo que deberían tomarse un café un día de esos. Él asintió, pero sabía que ninguno lo gestionaría.

Ocho meses más tarde recibió la noticia de que Óscar había muerto de un infarto. Le costaron mucho esos meses sin Vilma. Se lamentó de no haberlo llamado. En el velorio escuchó a uno de los familiares contar que los padres de Nina habían perdido un hijo unos años antes de que ella naciera. Buscó las historias ambientadas en Delft y Róterdam que había escrito una década atrás, pero al no encontrarlas recordó que se había desecho de ellas. Con el paso de los días fue entendiendo, por primera vez, por qué y para quién las había escrito. Deseó tener consigo al menos una foto de las tantas que tomó Óscar en Holanda, ya que no lo podía tener a él.

La belleza del océano nunca podrá ser una pieza que sobre él navegue, sino su propia inmensidad y el esplendor de su oleaje; su silencio interrumpido, su distancia. La belleza del océano es una historia chueca y nuestra incapacidad de enderezarla; es llegar tarde a tu vida o mirarla desde la platea; es el agua volcánica de un afluente destinado a diluirse en un gigante bondadoso, sereno, inmutable.

Ya no hay nadie en el espejo

A María Luisa Rosazza

1

Has ido a tu chequeo anual y me has llamado desesperada.

Tu última mamografía anuncia un cáncer de mama y deben operarte lo antes posible. «Mañana, si se puede», te han dicho.

Lloras, desconsolada, en tu carro y te aseguro que en unos minutos estaré contigo. Que vaya en taxi, me dices, porque tendré que manejar de vuelta.

Te encuentro aparcada en el borde de la pista, frente a la clínica oncológica. Estás en el asiento del copiloto y nada de lo que te digo calma tu llanto. Entiendo que acabas de recibir una noticia terrible y que quizá solo debería quedarme en silencio, escuchándote, para luego pensar en cómo enfrentar la situación. Trato de tranquilizarte: las cosas son todavía prematuras para adelantar conclusiones; el cáncer de mama es uno de los males más comunes de nuestro tiempo; en la mayoría de casos, una buena cirugía acaba con el problema, aunque esa sea una estadística que extraigo de mis percepciones empíricas, y no tienes que pensar que tu caso será igual a otros.

En ese momento, la distancia que nos separa no es solo la de una madre que se acaba de enterar de su cáncer y la de su hijo que no lo tiene o cree no tenerlo. Nuestra diferencia fundamental está en los treinta y tres años de vida que tú has vivido y yo no. «El cáncer termina en la muerte», me dices; «no tiene otro final». Pienso que todo termina en la muerte, que todos terminamos allí, pero me parece poco oportuno decírtelo. Me enfoco en recordarte que el cáncer avanza más lento cuando uno es mayor, que la reproducción celular va a un ritmo distinto a la de una persona joven y que, bien enfrentado, no tiene, en todos los casos, que acortarte la vida. Pero tú no te dejas persuadir por mis argumentos porque llevas una genealogía oncológica adversa. Tu madre tuvo el mismo diagnóstico

que tienes tú ahora, aunque a ella le sucedió hacia el final de sus treintas, media vida antes que a ti. La enfermedad le duró catorce años. Siempre me has recordado ese número como el signo de un larguísimo sufrimiento.

Trato de revertir el golpe que acabas de recibir usando el mismo ejemplo y sugiriendo que, si a ella le duró catorce años siendo joven, tú podrás «torearlo» mejor ahora. Además, son otros tiempos. La medicina ha avanzado... Pero para ti no se trata solo de sobrevivir, sino de lo que viste y viviste durante ese larguísimo tiempo. Si a eso le sumo el hecho de que no creciste al lado de tu madre, sino que solo al final de tu adolescencia empezaste a frecuentarla, concluyo que toda tu relación con ella —desde el reencuentro hasta la despedida— estuvo marcada por la enfermedad. Por eso le tienes tanto miedo al asunto; por eso has buscado las hierbas protectoras, la comida orgánica, y hasta te sometiste a una histerectomía total para eliminar cualquier posibilidad de que la enfermedad aterrizara en tu cuerpo por esa parte. Incluso has llegado a decir, más de una vez, que desearías que te extirpen ambos senos con fines preventivos.

Al fin, solo puedo abrazarte y decirte que me tienes a tu lado, que voy a ayudarte y acompañarte en todo, que lo único que tenemos por cierto es el minuto que estamos viviendo. El hoy, por supuesto, y todos los otros minutos que nos han traído hasta aquí.

2

Tuviste dos cirugías: mastectomía del seno derecho, incluidos los ganglios, y luego una ampliación de márgenes.

El doctor Ponte, el cirujano que te operó, te había hecho el examen de descarte el año anterior y aseguró que todo estaba bien. Pero nada estaba bien: había hecho un mal examen y el tumor ya estaba allí desde el año anterior. Se le había «pasado». Cuando se le preguntó si eso era posible, si todo podía ser tan simple como decir «Se me pasó» para liberarse de cualquier responsabilidad, el muy cínico se excusó alegando «Sí, pues, el carcinoma lobulillar» —que

era el tipo de cáncer que tuviste— «a veces nos engaña». Y ya, ahora tú te morías y él seguía examinando y operando lo que encontraba, pues de lo que no encontraba no se hacía responsable.

Al dolor de saberte con la enfermedad, se le sumaba esta indignación. ¿Debías entender que estas cosas pasan? ¿Que de errores humanos está hecho el mundo y hay que aceptar que no tengan consecuencias, aunque te costaran la vida? Al parecer, si uno quisiera anticipar la posibilidad de un error, debería hacerse pruebas adicionales con otros médicos y comparar. Esa es la única forma de evitar que el descuido de un tipo te conduzca a morir más rápido, pero nadie te lo advierte. Y si fuera así, sin sanción de por medio, nada asegura que el siguiente médico no cometa el mismo error. Conforme ibas descubriendo la forma como la enfermedad aparece y avanza, ibas cayendo en cuenta de que un diagnóstico temprano y acertado habría cambiado el curso de las cosas y, por ende, de tu suerte.

Pienso que una explicación más empática, más amable, habría cambiado tu sentir. Pero el tipo aceptó su error con desdén y lo minimizó cuando se habló sobre el tema después de las operaciones. Más tarde descubriríamos que Ponte jamás había dado la cara por todos sus diagnósticos fallidos, que acabaron con la vida de otras personas que también (mal)trató. Por el contrario, sigue caminando por las calles de Lima con su bisturí en el bolsillo de la guayabera y su cabellera canosa y tan frondosa como la impunidad profesional que nadie denuncia. Es más, cada seno que corta alimenta su mito y su publicidad, sumándole un prestigio que atrae a nuevas incautas.

El paso siguiente fue visitar a otro especialista que evaluara el aspecto clínico y designara qué tratamiento seguiría tras la cirugía. Nos recomendaron a un tal Lerón, quien mandó hacer diversas pruebas para ver si la enfermedad se había expandido. El día de la segunda consulta, mientras tú te sentabas ante su escritorio, me retuvo en el umbral para susurrarme que el examen de los huesos había dado positivo. El cáncer se expandía.

En algún momento de los días previos me pediste que nunca te ocultara nada. Que te dijera las cosas de frente y sin anestesia. Lo que fuera, lo que tuviera que ser. Estaba decidido a cumplirlo, pero

al mismo tiempo necesitaba procesar lo que iba llegando antes de que tú recibieras el golpe. Debía estar preparado para contenerte; conocer la situación a fondo para reducirte las angustias de la incertidumbre, para minimizar los malentendidos y amortiguar las bombas. Debía ir un paso adelante. Por suerte, el médico no te lo dijo en ese momento; te mandó nuevos exámenes y con eso postergó la noticia hasta la siguiente cita.

Me reuní con él a solas días después. Me dijo lo inminente: que el cáncer en un segundo órgano —lo que ellos llaman «secundarismo»— significaba una metástasis en toda regla, es decir, el camino irreversible hacia la muerte. ¿De cuánto tiempo estamos hablando? Esa es la pregunta que uno siempre quiere y a la vez no quiere hacer. Lerón casi no hablaba, solo movía la cabeza con aparente consternación, como esos gatitos de las consolas de los taxistas. Los doctores no quieren hacer pronósticos porque saben que les han fallado en el pasado, y quizás algunos iluminados, pocos, lo evitan porque han descubierto que la muerte no les pertenece. Insistí con el argumento de la estadística, al menos en su experiencia, al menos un rango que nos guiara, que diferenciara un «ahorita» de «un año» o de «varios años». Al final respondió, algo fastidiado: «Dos años, podría ser».

Aunque luego corroboré los plazos con otro médico, que fue más generoso con su pronóstico, no quise nunca que te enteraras de esto último. La noticia principal, el nuevo diagnóstico, sí debía decírtelo. Había prometido no mentirte y ahora debía buscar la forma y el momento para soltar esa bomba. Esperé a que llegara la siguiente semana y buscamos por nuestra cuenta un oncólogo que juntos llamaríamos «el de refuerzo», un tipo empático y comprensivo que desmenuzaba con paciencia la situación. En un consultorio dispuesto en el interior de su casa, se tomó un tiempo largo para explicarte —conmigo a tu lado— el «remoto» y «ligero» indicio de un compromiso óseo. Tuvo el cuidado de distinguir entre un órgano blando y uno duro, como los huesos. Si bien el cáncer, en estos últimos, da un pronóstico un poco más auspicioso, tú sabías perfectamente lo que estaba pasando. Respondiste con cordura y salimos en silencio de la consulta.

Me dijiste que no querías subir al carro en ese momento. Cruzamos la pista hacia un parque y nos sentamos en una banca. Éramos las únicas personas allí, a la luz de un farol. Después del primer día, no habías vuelto a soltar lágrimas, o no en mi presencia, y tampoco lo habrías de hacer esa noche, pero una pequeña gota, fina, minúscula, quedó suspendida entre tus párpados, al tiempo que tu mirada apuntaba al suelo, encarnando tu derrota. Pensé, en ese instante, que esa imagen se mantendría siempre en mi memoria. Ahora teníamos un plazo y un cronómetro corriendo en cuenta regresiva.

Aquel año fue uno de los más difíciles. Para entonces pensaba en la muerte como un cuarto oscuro que cada cultura se había esforzado por llenar, por inventar, para hacerla parte del mundo real. Tú y yo habíamos vivido, como cualquiera que llega a cierta edad, la muerte de los otros, sobre todo de los más queridos. Acaso la de mi padre era la que más nos unía y la que más presente llevabas tú en tu vida. «Extraño a tu papá», me decías de vez en cuando.

¿Qué vamos a hacer ahora? Pues vivir con la cuenta regresiva, tratando de disfrutar lo que nos quede, a la vez que batallamos contra la enfermedad para prolongar la vida tanto como sea posible.

Querías viajar. Querías que pasáramos tiempo juntos y poco más. Por supuesto. Haría todo lo posible por darte gusto. Quizá, me digo, lo que uno pide como lo último que quiere llevarse consigo, en verdad es lo que quiere dejarles a los otros.

Si ese era tu deseo, pues viajaríamos. ¿En verdad querías que fuéramos al Carnaval de Río? ¿En verdad querías que nos metiéramos en ese trajín? Lo único que me despertaba curiosidad respecto de esa aventura era el hecho de que hubieras estado casada con un brasileño antes de estarlo con mi padre. De esa época de tu vida nunca hablaste, al menos no delante de mí, y fueron ocho largos años en los que residiste en varios países, en especial en Brasil: en Porto Alegre, en Río y en São Paulo. Si eso querías, pues hacia allá iríamos.

El plan inicial era ir a Río y a São Paulo con Mari, la más joven de mis cuatro hermanas mayores, a quien, de una forma u otra, habías adoptado desde que tenía seis años y comenzaste a frecuentar a nuestro padre. Querías mostrarnos ambas ciudades porque cada una guardaba un pedazo importante de tus recuerdos. Porto Alegre también estuvo en el bolo, pero habías aceptado prescindir de esa ciudad. Luego vimos que visitar dos ciudades también se nos haría inmanejable: aviones, hoteles, intercambios. Perderíamos mucho tiempo desplazándonos y, con tus limitaciones de movilidad, aún más. Tuvimos que escoger y al final quedó solo Río. Debió ser extraña esa elección para ti. Cuando se renuncia a una opción, se suele hallar consuelo pensando que algún día se tomará la que se dejó de lado. Pero en este caso, São Paulo desaparecería para siempre. Si volvíamos a viajar, no sería al mismo país. Por las fechas, no alcanzaríamos el carnaval. Me dio pena y a la vez alivio.

El viaje no fue lo que esperábamos. Había demasiada tensión en el aire. Tu desahucio era un intruso reciente en nuestras vidas y ninguno sabía cómo encararlo, cómo vivir con él. Talvez en la dificultad para ponernos de acuerdo en temas minúsculos se evidenciaba nuestra incapacidad para aceptar el gran tema de ese momento. El único tema que importaba. Sin Mari presente, nos habríamos ahorcado mutuamente. Mi hermana es, sin duda, de los mayores regalos que me ha dado la vida. Ella perdió a su madre sin haber siquiera cumplido cuatro años. A pesar de estar en una situación así de compleja, fue la bisagra entre esos dos matrimonios de mi padre, y pertenecer a ambos mundos le forjó un carácter noble, templado, conciliador e imparcial. Su calma lograba siempre que los temperamentos de alto volumen nos moderáramos para no chocar. O para chocar con menor intensidad.

Ese verano era importante cumplir con tu pedido y hacer el viaje a Brasil, aunque la nueva dinámica que se había entablado entre nosotros no era auspiciosa. Te ibas a morir pronto, y eso imponía una partitura estricta: no discutir, no pelear, no sacar a la luz nada incómodo, nada que pudiera dejar un mal rastro. Eso es posible por unos días, por unas semanas, quizá por unos meses, pero no como

sistema estable, porque esa no es la vida. El conflicto es parte del movimiento de las partículas.

Quien se va se encuentra en una situación complejísima, no lo dudo. Debías tener el nudo en la garganta de quien se comienza a despedir, de quien se ve obligada a partir de una fiesta de la que no quiere irse, a rendirse frente al autoritarismo del destino. «La muerte», decía Savater, «es no tener tiempo para comprar una revista cuando el tren ya va a salir».

Nuestra dinámica giraba en torno a todo lo que querías y nosotros intentábamos cumplir, y eso no funcionaba. Debíamos ser felices según los estándares convencionales: sonreír con una mueca comercial, una de publicidad de pasta de dientes, beber piña colada en una perezosa en Búzios, y brindar a la fuerza recordándonos cuánto nos queríamos, para luego desmontar la escenografía y empujarte en una silla de ruedas por un camino empedrado, a menudo en subida, que nos llevara al hotel o al auto que alquilamos para movernos entre playas. No, esa no podía ser nuestra despedida, discutiendo por minucias, abocados a cumplir una secuencia de visitas que poco nos sumaban. Deseabas lo imposible y Mari y yo nos desvivíamos por conseguirlo, pero siempre nos quedábamos cortos. Talvez lo único imposible era tu deseo de seguir viviendo, y todo lo demás era alcanzado por esa imposibilidad. De no haber sido por mi hermana, por su compañía y por nuestras conversaciones en la azotea del hotel una vez que te dormías, quizá no habríamos llegado enteros al final de ese viaje.

Al final de ese periplo, pensé en lo mucho que estamos acostumbrados a transitar la vida por cómo nos la venden y no por cómo vamos descubriéndola y escogiendo nosotros mismos. Pocos meses atrás, en la habitación de una clínica, habíamos intentado una primera despedida antes de tu ingreso a la sala de operaciones. Porque, quién sabe, el quirófano es el quirófano, y las clínicas son las clínicas, aun antes del quirófano. Eso tú lo conocías bien, porque en tus años de juventud perdiste a una amiga que entró por un uñero y alguna de esas «estrellas» del oficio le metió anestesia como para dormir a un caballo. Nos dijimos lo mucho que éramos el uno para el otro y te di un beso pensando que quizás era el último.

Después vinieron la espera, la angustia y, pronto, el retorno, el despertar, la nueva vida que nos regalaba la suerte, y las horas siguientes en que te ayudé a reconectar con el mundo, borracha como nunca y afinada con tus ocurrencias. En la clínica, acompañándote en tu rehabilitación, lo pasé mejor que en aquellos forzosos días de fiesta carioca y coloridos atardeceres.

Aún parecía que tendríamos más tiempo para compensar al calor de Río de Janeiro. Ese mismo año, por tu cumpleaños número 75, te regalé un pasaje a Londres, un destino que desde niña quisiste conocer. A mediados del otoño, iríamos a visitar un amplio número de íconos que habían poblado tu infancia y juventud. Quizás allí podríamos ver las cosas de otro modo.

4

Nuestro viaje a Londres fue diferente. Con lo aprendido en Brasil, la experiencia resultó mejor. Estábamos solos, y pelearse de a dos es mala idea. Además, Londres es demasiado caro para perder el tiempo discutiendo. Quizá también porque ya había pasado un año desde el golpe de la noticia y el trajín de la operación, y ya no pensábamos cada día en ese final inminente.

Se trataba de un viaje más citadino, sin el agobio del calor y con un mejor uso del tiempo en actividades más concretas. Nos instalamos en un hotel de Kensington, a pocas cuadras de Hyde Park. Seríamos unos turistas convencionales que visitarían los típicos atractivos del centro, y luego teníamos una variada lista de funciones de teatro para ver, desde musicales hasta ópera.

Para entonces ya disponíamos de una silla de ruedas que nos evitaba el tener que pedir una en cada lugar al que llegáramos, y yo la empujaba con renovado entusiasmo. Aunque terminé con un tendón resentido en el antebrazo derecho, aquella silla de ruedas nos abrió puertas que no esperábamos. Nos permitió, por ejemplo, ver *El fantasma de la ópera* desde un palco del primer piso, cuando nuestras entradas eran para el tercer nivel de la galería. Al llegar nos enteramos de que la mayoría de los teatros londinenses había sido

construida, cuanto menos, en el siglo XIX —los más antiguos corresponden a la época isabelina, aunque han sido reconstruidos después—, lo que implica que no tienen ascensores, algo que debí considerar cuando compré los boletos. Para nuestra suerte, en muchos de ellos hicieron el esfuerzo de cambiarnos las entradas y situarnos en la platea, pero no siempre fue posible, ya que, después de todo, alguien de mala fe podría usar esa modalidad para obtener asientos mejor ubicados —y por ende más caros— que los adquiridos.

El penúltimo día, en el Novello Theatre, donde veríamos la longeva *Mamma mía!*, nos dijeron que podían cambiarnos a platea, aunque, en ese caso, debían cobrarnos tales entradas al mismo precio que las de galería, que eran las nuestras. Si quería recuperar el dinero de las otras, podía venderlas en la puerta. «Venderlas, no revenderlas», me aclararon: la ley permitía vender al mismo precio o menos, nunca por encima del valor de lista.

Recordarme allí, parado frente a la puerta del teatro, dudando y al fin decidiéndome a venderlas a voz en cuello, me remite a una serie de imágenes que han quedado en mi memoria como *flashes* sin orden ni secuencia. Los dos en un cochecito eléctrico, similar a un carrito de golf, cruzando la Estación Central, abriéndonos paso entre una multitud; en cada rostro y en cada vestimenta hay una historia que no conocemos. Juntos en un restaurante de carnes de Picadilly, tomándonos nuestro tercer *gin tonic*. «¿Sabes que tengo un admirador? Un señor viudo, un médico, como tu papá», me dices. O en un *pub* en un semisótano cerca de la Abadía de Westminster. «¿De verdad? ¿Cómo así? ¿Te llama, te busca?». «Bueno, es un señor que estuvo casado con una "chica" de mi colegio, un año mayor que yo. Coincidimos un día en un evento social y supo que yo también era viuda. Y ahí conversamos». O hundidos en un *vaporetto* que cruza el Támesis hacia algún museo marino que te ha decepcionado y has calificado como «bastante cojudón», a lo que yo te he respondido «La travesía es lo que vale, no el punto de llegada». «¿Y a ti te gusta el señor en cuestión, el admirador, digo?». Ambos en Hyde Park, al pie de un lago en un día de sol, fotografiándonos con una bandada de aves coloridas posadas en

tierra. «Un poco sí, pero prefiero no aceptar sus invitaciones, porque es una forma de darle pie a que continúe. ¿Y te imaginas? ¿A mi edad?». «¿A tu edad qué?». Yo, de pie, en plena Oxford Street, tratando de parar un taxi porque mi móvil se ha quedado sin batería y tú, desde tu trono de ruedas y cargando todas nuestras compras, riéndote de mi labor imposible porque en ese país todo es más estructurado y los taxis no se detienen en cualquier calle. «A mi edad ya no tengo dientes, ni tetas, ni pelo... ¿Te das cuenta del fiasco que se daría si algún día se enterara de que nada de lo que llevo encima es original? Además, después de tu papá, todos los hombres me parecen tan... no sé...». Yo empujándote en tu silla por la National Gallery, acercándonos al momento cumbre del viaje frente a *El matrimonio Arnolfini*, de Jan Van Eyck. «Creo que te equivocas, que si te gusta, deberías aceptar sus invitaciones y disfrutar de una buena compañía, de una buena conversación. No tienes que terminar encamándote si tanto te pesa desprenderte de todas las prótesis. A estas alturas se puede hacer el amor con los ojos también». Me sonríes y asientes, incrédula. Los dos, unidos por una silla con ruedas metálicas, cruzando todas las estaciones de trenes que se conectan simultáneamente por debajo de la tierra como si estuviéramos en una carrera de sillas choconas para llegar a Cambridge y descubrir que todas las pistas y veredas son adoquinadas y, por ende, imposibles para las rueditas de nuestra nave. A quién le importa, ¿verdad? Nos meteremos al *pub* más cercano y miraremos de lejos las trajineras del río Cam mientras comemos la chatarra que abunda en esta isla. «Te prometo que, en una próxima vida, cuando volvamos a la ciudad, ya no verás el Palacio de Buckingham desde afuera, tras las rejas, como un turista, sino que te agendaré una cita con la reina, a ver si nos recibe y nos da el secreto de su longevidad. Eso es lo menos que quisiera para ti».

«Y una cosa más: me retracto con eso de hacer el amor con los ojos. Ojalá puedas hacerlo con todo tu cuerpo y tus prótesis, puestas o depuestas, colgando o descolgándose. Sería de lo más liberador».

5

Los médicos saben mucho menos de lo que creemos. Se guían por imágenes o síntomas, y ambos suelen ser engañosos. Los síntomas, por ejemplo, pueden ser un desbarrancadero, pues te homogenizan con centenares de casos con los que quizá compartas poco.

Pasado el verano, te pregunté qué querías hacer en las vacaciones del próximo otoño y propusiste alquilar un *bungalow* en un club campestre e invitar a algunos amigos. Para entonces, la idea de tu desahucio seguía siendo un elefante blanco, pero había perdido protagonismo. Ya no lo tenía tan presente como antes, aunque seguro tú sí. Pensaba en lo que estaba por venir, en el inicio del derrumbe. Uno de los grandes pesares de esta enfermedad es el no saber qué vendrá después, por dónde llegará el golpe, cuándo comenzará y cuándo terminará el próximo capítulo, si será uno más o el último. Es posible preguntar, investigar, pero siempre se obtienen respuestas distintas. Como en todo lo demás, cada ser humano es único.

Y ahí, en ese *bungalow* con escaleras de piedra, se disparó la primera alarma. Un dolor desmedido en la rodilla, en el hueso, en la articulación: insoportable, incontrolable. Te atiborramos de analgésicos y te vendamos para regresar a Lima. Podías caminar, pero el dolor era inusitado. La sospecha más inmediata recaía en la enfermedad. El cáncer a los huesos empezaba a manifestarse con la fractura de una pieza clave. ¿Comenzarías a romperte en pedacitos como cuando un vidrio se triza? El oncólogo clínico no atiende esos asuntos; los deriva al paliativista. Estos últimos son algo así como los artilleros del dolor. A veces apuntan con finura; a veces, con bazuca. Quizás en algunos otros hospitales del Perú o del mundo existan grandes médicos, atraídos por la mística y la humanidad que hay detrás del dolor en sí y del dolor específico como antesala de la muerte. Pero no aquí, al menos no en el seguro oncológico integral, donde la doctora Bermejo prescribe una sola sustancia sin mirar ni auscultar, y sin desprender los ojos de la pantalla: morfina. Cuando la enfermedad golpea, hay que enfrentarse a ella. Morfina y un lote

de opioides complementarios, capaces de hacer volar a un elefante. Sugerí que perdieras un poco de peso para que las rodillas no tuvieran tanta carga, pero el oncólogo lo desestimó: la grasa sería útil en las próximas etapas de la enfermedad.

Después de tres meses de psicotrópicos, fuimos a un traumatólogo que diagnosticó un problema puntual en los meniscos. Nada tenía que ver con el cáncer. Había que operarte la rodilla y listo. Dos noches de recuperación en una nueva clínica. «Ahora su rodilla está para jugar fulbito», me dijo el cirujano al salir del quirófano. Otra anestesia, otro susto y otros días de alivio juntos en una habitación. Meses de opioides que pudieron ser evitados si alguno de los médicos del seguro oncológico integral nos hubiera dicho que buscáramos primero un traumatólogo que descartara otros diagnósticos.

Esa vez te dije que debíamos considerar los ingresos a las clínicas como otros viajes. Hacíamos maletas, dormíamos en la misma pieza, conversábamos en voz baja hasta tarde. Lo único distinto eran los paisajes externos, pero ya lo sabemos desde los presocráticos: los viajes más importantes son los interiores. No respondiste. Creías que bromeaba.

Estuviste bien hasta finales de ese año. No volviste a tomar morfina ni equivalentes. Sin embargo, iniciado el verano aparecieron unos dolores abdominales cuyo origen los exámenes no lograban precisar. Lerón no sabía cuál era la causa y aceptó tu pedido de internamiento para que te «chequeen toda». Los primeros resultados fueron favorables, aunque, unos días después, aparecieron unas manchitas en el hígado.

Fui solo a hablar con Lerón. Me dijo que no había nada nuevo, que siguiéramos con el tratamiento biológico. Pero cuando le pregunté por tu deterioro físico, por ese ligero tono amarillento de tu rostro, volvió a revisar las pruebas y se corrigió como quien enmienda las cucharadas de azúcar en su café: «Ah, bueno, eso es porque el cáncer ya llegó al hígado».

Si no le hubiera preguntado a Lerón por tu color de piel, nunca nos habría dicho lo del hígado. ¿Así de ligero era todo, así de casual?

En la siguiente cita, contigo presente, habló de todo menos del hígado. Al salir, sin que lo notaras, le hice un gesto de interrogación: «¿Qué onda, tío?, ¿por qué no dices nada del hígado?». Él respondió con otro gesto, una negativa, a lo que le siguió un susurro cuando te adelantabas: «Aún no».

Pero tú, que estabas atenta a todo, me pediste, mientras comíamos unos mixtos en la cafetería, que te llevara a la recepción de la clínica, donde sabías que podías pedir una copia de tus últimos exámenes. La conseguiste y los leíste. No hubiera podido hacer nada al respecto. Ni persuadirte ni disuadirte. Tampoco me sentía con derecho para hacerlo. Eras tú queriendo saber qué pasaba contigo. «¿Qué hay en el hígado?», me preguntaste, tras leer el informe. «No lo sé; habrá que preguntarle a Lerón».

Fue así como volvimos y estacionamos la silla de ruedas en la puerta de su consultorio. Lo encaraste: «¿Por qué no me dice nada sobre este resultado? Yo siempre le he dicho que me hable con la verdad».

Lerón se dijo y se desdijo, y mientras más hablaba, más se enredaba. Era evidente que teníamos que cambiar de oncólogo, y eso significaba un nuevo viaje a lo desconocido. «Una pregunta, doctor», me atreví: «¿Sus confusiones no serán por la cantidad de pacientes que ve en simultáneo?». Ante mi sorpresa, lo aceptó, asintiendo en silencio, y añadió, ya como defensa final, que no solo los pacientes sufrían, sino que los médicos también estaban sometidos a presiones, a situaciones que los tensionaban y deprimían, y que por ello debían recibir tratamiento psicológico. Era un punto importante, sin duda, un asunto para tener en cuenta y reflexionar al respecto, pero poco ayudaba saberlo en ese momento. Ahora debíamos cambiar de médico y todo se hacía más difícil con este nuevo diagnóstico.

6

Según las averiguaciones que hice en esos días, el doctor Gálvez parecía ser el más experimentado en cáncer de mama, un hecho

crucial en una época en la que el cuerpo humano, al menos dentro de la oncología, estaba lotizado en especializaciones, fileteado como en la mejor carnicería. Pedimos cita con él y esperamos cerca de diez días. El avance de la enfermedad suele ser lento, pero, aun así, diez días sin tratamiento ni horizonte nos dejaron expectantes y descorazonados.

El día de la consulta llegamos puntuales, pero nos dijeron que el doctor, a causa de una emergencia, cancelaba todas sus citas. Había que reprogramar para la siguiente semana. Era un viernes por la tarde de inicios del verano y yo imaginé que había cancelado para irse a la playa. Es una acción inocua de un profesional cualquiera que le pide a su secretaria que cancele sus compromisos de la tarde para evitar el tráfico de la salida al sur. Nadie se va a morir si reprograma, es cierto. Después de todo es un médico clínico y no un emergencista. Pero si no atiende emergencias, ¿por qué cancela las citas alegando una emergencia? ¿O en este caso el que sufría la emergencia era él?

Tras el *counter* de atención se alzaba un enorme reloj digital. Sus números están diseñados con siete barras que se encienden y se apagan según la cifra que conforman. Solo cuando aparece el ocho, el cuerpo entero se ilumina. Pero el cambio es constante y el segundero nunca se detiene. El ocho perfecto se mutilaba y se recomponía a cada instante. Es el avance inexorable del tiempo, aunque nosotros lo sintamos como una cuenta regresiva. La vida se te acortaba con cada parpadeo de luces, como a todos, sí, solo que la enfermedad no tratada lo evidenciaba, lo aceleraba, lo delataba a gritos.

Regresamos a casa en silencio. Ninguno quería poner de manifiesto que más días de espera lo empeoraban todo. Esa noche me despedí apurado. Debí acompañarte un poco más, servirte la cena y llevártela a tu habitación, pero al irme raudo tuviste que hacerlo tú. En ese trance, a medio camino entre la cocina y tu habitación, tu pie derecho se atascó con una alfombra pequeña que enmarcaba la mesa del repostero y caíste de bruces con el azafate en las manos. Llegué tan rápido como pude, pero desde el impacto hasta que alcanzaste el auricular inalámbrico, pasó un buen rato. Te

encontré aún en el piso: un pequeño corte en la rodilla con su respectivo moretón, pero sobre todo un fuerte dolor en las muñecas y las manos, la zona de mayor impacto.

Acciones a tomar de corto plazo: vamos a la clínica, de repente te has roto un hueso; de largo plazo: necesitas vivir con alguien que pueda asistirte en situaciones de este tipo. «No, está bien así; ya me va a pasar el dolor del golpe». Querías evadir las incomodidades de ir a una clínica. «Si es fractura, el dolor seguirá aumentando y tendremos que ir igual». «No creo haberme roto nada. Tampoco necesito que nadie viva conmigo; solo hay que retirar esa alfombra que ha causado mi tropiezo». Te hice caso. Te acompañé unas horas y luego me fui. Burlaste al dolor acudiendo a tu banco de opioides remanentes, pero a la semana me dijiste que sentías algo raro en las manos, que querías ir a la clínica. Muy bien. Fuimos. Diagnóstico: rotura de hueso en ambas muñecas. Peor: el pequeño deslizamiento sufrido en la derecha, que pudo enderezarse si acudíamos al momento de la caída, ya había encallecido y, por lo tanto, soldado. Además, al haber pasado una semana del «siniestro», la clínica ya no lo consideraba una emergencia y, por tanto, el seguro no lo reconocía y había que pagar el íntegro de la atención. No te dije nada, pero mi cara hablaba por mí. Tú, sin embargo, siempre tenías que decir la última palabra: «Ya está, me quedarán chuecas las manos, pues. Igual, no me impide hacer nada, y para el tiempo que me queda...».

Todo eso era la tensión provocada por la incertidumbre, por la ausencia de tratamiento y de médico. Por fin nos recibió Gálvez y aceptó el reto de tratarte a partir de ese día. Mantuvo los medicamentos biológicos, pero cambió los bloqueadores hormonales: «Eso no sirve para nada, a estas alturas», dijo; «vamos a reemplazarlos por fulvestrant inyectable». No se habló nada de la llegada de la enfermedad al hígado, y empezaste ese nuevo tratamiento.

Semanas más tarde me cayó del cielo la propuesta de un editor paulista para traducir al portugués un libro que había escrito sobre la migración. Era la oportunidad para volver a Brasil y resarcirnos con São Paulo. El proceso tomaría meses hasta tener el libro listo para

ser presentado. Presioné a mi editor local para acelerar el papeleo de los derechos. Solo quería que «alcanzáramos» a ir. El libro estuvo listo en agosto de ese año y la presentación se programó para octubre.

El siguiente control de imágenes no mostró nada en el hígado. El indicador tumoral había bajado. El tratamiento de Gálvez estaba dando resultado y nos podríamos ir a São Paulo una semana sin problemas. Parecía que una luz asomaba al final del túnel.

7

Llegó octubre y partimos hacia Brasil.

Mari viajó con nosotros.

Edson, el editor del libro, nos recogió del aeropuerto en una camioneta capaz de cargar nuestras maletas y la silla de ruedas plegable. En vez de portar un cartel con nuestros nombres, ya que nunca nos habíamos visto las caras, llevó dos ejemplares del libro recién impreso que sostenía en alto. En ese momento sentí que ese viaje sería el último, sería nuestra despedida, la oportunidad para reparar los días de Río de Janeiro.

Desde entonces habían pasado más de dos años y las cosas eran diferentes. Tu enfermedad había avanzado, pero en la superficie de lo cotidiano parecía lo contrario. En Río acababas de ser operada y la percepción de la muerte estaba más presente que nunca: había que despedirse, que tener un viaje perfecto, que aferrarse a la vida llenando el álbum con fotos inolvidables. Y bastaba que la felicidad fuera impuesta para que, de inmediato, desapareciera. Ahora, en cambio, aunque por dentro estuvieras más deteriorada, la noticia ya se había asentado y los indicadores tumorales anunciaban un esperanzador estancamiento.

En esta nueva oportunidad, el objetivo del viaje no era despedirnos porque morirías pronto, sino asistir a la presentación de un libro, y eso desviaba la atención que antes se llevaba la enfermedad. Un libro que había publicado unos años atrás y que, por primera vez, alguien decidía traducir a otro idioma. Al idioma de

tu primer marido, al idioma en el que tuviste que desenvolverte durante los años que conviviste con él en este país. ¿Por qué no hablabas de ese capítulo de tu vida que duró largos ocho años? Tus veintes —esa década en la que todo está por hacerse y descubrirse — los pasaste viajando por una decena de países, casada con un talentoso ingeniero electrónico que instalaba redes de comunicación. ¿Y tú? ¿Qué hacías con tantas horas libres? Cultivar amigas, ir a cines en funciones continuadas, y esperar a tu esposo por las noches para ir juntos a algún bar o encontrarse con una pareja de amigos y tomar unas copas, mientras tú tocabas el acordeón y alguno de ellos, la guitarra. De aquellos años no hablaste hasta esos días. Era entendible que no lo hicieras mientras mi padre estaba vivo; sin embargo, unos años después de su muerte, comenzaste a decir que querías viajar con nosotros a Brasil, mostrarnos ese país, que viéramos su carnaval, sus fiestas, sus playas. Pero nunca una palabra de ese amor de juventud, de ese hombre al que le habías perdido la pista, que parecía disuelto en la bruma del tiempo.

A veces he pensado que tu vida —como la de todos, seguro— fue producto de una concatenación de eventos en que cada uno llevó al siguiente, y al siguiente y al siguiente, y así. No haber tenido una mamá presente en tu niñez te llevó a buscar figuras maternas, y quizá también a comprometerte más temprano de lo que hubieras querido. La niña mimada por su padre se casó con un extranjero, abandonó su mundo de princesa con madrastra y comenzó a saltar de país en país con el objetivo de convertirse en madre. ¿Por qué querías tanto ser mamá? Lo más evidente era el deseo de resarcir tu historia, de ser la mamá que no tuviste: grande, protectora, cercana, reparadora, omnipotente. Restituir tu vida a través de un nuevo ciclo. Pero los años pasaron y trajeron problemas, y entonces vino la separación y el regreso a Lima, y una vida que nunca imaginó la niña mimada que se fue en el caballo blanco del príncipe. Vivir sola, cumplir treinta y no tener un esposo. Peor: no poder ser madre.

«Ven a la casa», te dijo mi abuelo, «esta es tu casa». Y sí, lo era, pero volver a vivir bajo el mando de tu madrastra después de haber estado lejos ocho años era impensable. Mejor la independencia. Tu padre, siempre cariñoso y solvente, te dio la

solución. «No te preocupes», te dijo, él tenía un departamento para ti a pocos metros de su casa. Allí podrías vivir con toda la libertad que deseabas. La ciudad parecía ofrecer un panorama poco alentador para la época y el entorno que te tocaron. Tus amigas del colegio ya eran madres, todas casadas, y apenas tres se hicieron profesionales. Pero, a contracorriente de lo esperado, fueron años ricos y entretenidos. Tu departamento era la sede de las fiestas, de las reuniones para ver los partidos del Mundial de Fútbol de México 70, y de las fechas y ocasiones que tú inventabas a menudo para pasarla bien. Hasta el día en que conociste a mi papá en el hospital donde empezaste a trabajar como parte del cuerpo administrativo.

Edson nos llevó al hotel en su camioneta gigante y estoy seguro de que ese trayecto fue uno de los instantes más hermosos de esos años. Cruzábamos las autopistas de São Paulo en un coche que parecía flotar, con un editor que en los siguientes días nos llevaría a ti, a Mari y a mí a visitar una lista de lugares que habían sido claves en el tiempo que viviste aquí. Él nos hablaba de su familia o de su editorial en portugués, y nosotros le respondíamos en español. Era un momento para congelar en una fotografía cuyo lente estaba dentro de mí. La vida no suele dar estos regalos de despedida, pero a nosotros sí nos los estaba dando.

Después vinieron el hotel, la editorial y el centro cultural que Edson dirigía. La noche de la presentación, tú y Mari en la primera fila; detrás, un puñado de curiosos o incautos que la editorial había convocado. Luego una cena en un restaurante libanés porque la esposa de Edson es de ese país. Por último, un par de días de museos y tiendas. ¿Volveríamos a vivir algo así? Seguramente no. Ni siquiera yo, cuando ya no estuvieras. Pero lo habíamos vivido, lo estábamos viviendo.

¿Para qué había escrito ese libro? ¿Para qué hacía lo que hacía en la vida? La pregunta no la respondería allí, y la respuesta sería larga y compleja. Pero recorriendo contigo y con Mari esa ciudad que resultaba tan ajena para mí y tan cercana para ti, sentí que la vida estaba justificada, que nos estaba permitiendo despedirnos como tú lo habías querido, y eso debía ser lo importante.

8

A los cuatro meses de volver de Brasil tuvimos que ir a la emergencia por un cuadro de ascitis. Tu vientre se llenaba de un líquido y había que drenarlo con un procedimiento llamado «paracentesis». Lo vaciaban y tardaba un mes en volver a acumularse. Aquello impedía que el diafragma bajara, lo que dificultaba la respiración.

Había que pasar horas en la clínica mientras te sometían a una ecografía que indicara la posición exacta del líquido, mientras esperábamos a que llegara el cirujano abdominal, luego el corte, el drenaje, más espera. Dos litros, tres, a veces más. Otros días, los análisis mostraban la hemoglobina en extremo baja, otro flanco del ataque. Había que transfundirte sangre: una unidad, dos unidades; me era difícil encontrar donantes, así que prefería donarla yo. Dicen que hace bien.

Gálvez me llamó por aquellos días. Quería hablar a solas conmigo. Eran los inicios de la pandemia y todo comenzaba a cerrarse. Las personas ya se aferraban a las mascarillas. «La situación se ha complicado», me dijo; «el cáncer golpea de un momento a otro». Esperaba, quizá, que yo replicara que dos meses atrás todo parecía en calma. «Uno está bien y, de pronto, viene el golpe».

¿Había nuevas señales en los análisis? ¿Indicadores tumorales desbordados? No. La tríada informativa de los oncólogos es siempre la misma: imágenes, sangre, clínica. Las imágenes y los análisis de sangre pueden engañar, pero la clínica no. Cómo se ve el paciente es infalible. La apariencia, el cuerpo, el rostro, el cansancio que se dibuja en los ojos. Dijo que te había visto mal, y con esa impresión, más la ascitis, quizá lo mejor era no tratarte más.

La coincidencia entre el avance de la enfermedad y la inminencia de la pandemia era una crueldad. Empezabas a morir y yo no podría acercarme a ti, porque —salvo que nos confináramos juntos— fácilmente me convertiría en tu verdugo. Un contagio te haría morir

asfixiada. El camino era uno solo y lo tomé sin dudar: me mudé a tu casa.

Había que ir al supermercado con el blindaje de un apicultor, protegernos del virus con cuidado extremo, sabiendo que un posible contagio en tus condiciones significaría el fin. Vivimos dos meses encerrados. Para nuestra suerte, Gálvez accedió a probar un nuevo tratamiento y empezaste con una quimioterapia oral. Yo trabajaba por las mañanas en la computadora portátil y al mediodía cocinábamos, aunque más exacto sería decir que tú me acompañabas en la cocina sentada en un banco, dirigiendo todo. Por las noches jugábamos algo o veíamos una película. El nuevo tratamiento era una última esperanza, pero el vientre volvía a llenarse poquito a poquito. Cuando regresaban las dificultades respiratorias debíamos correr a la clínica. Un día te echaste sobre la cama y te desvaneciste. Sentí que venía lo peor y me acerqué asustado, como un niño sin recursos: «¿Qué te pasa, mamita? ¿Te estás muriendo...?». Tardaste unos segundos antes de responder: «No, no me estoy muriendo. Cuando me esté muriendo, te vas a dar cuenta. Solo llévame a que me quiten este líquido».

Cada ingreso a la clínica en plena pandemia era una ventana de exposición que debíamos aceptar con estoicismo. Era sabido que en esos espacios bullía el virus y que las probabilidades de contagiarse eran altas, pero no había alternativa. Como no podías resistir la mascarilla, había que ensayar alguna técnica para superar los controles del ingreso a la clínica. «Está saturando muy poco», alegaban; «es sospechosa de covid». «Así satura, señorita, es parte de su enfermedad; no es covid, de verdad que no». Pero de poco servía. Los protocolos son los protocolos y todo se complicaba.

Los días siguieron hasta que empezaste a perder la paciencia y la fuerza. Me pedías que hiciera algo para ponerle fin a ese sufrimiento. ¿Cómo podía ayudarte si no era yendo contigo a aquellos descensos hacia el infierno? A veces me preguntaba si habría otra forma de expresar amor y recordaba una película francesa en la que un hombre, al ver la decadencia y el sufrimiento de su esposa, decide asfixiarla con una almohada, adelantando su

partida. O, sin eufemismos, asesinándola. *Amor*, era el nombre de la película.

Y de pronto, como un nuevo milagro, el vientre dejó de llenarse y te sentiste mejor. Que volviera a mi casa, me pediste; tú te las ingeniarías sola. Accedí. Tuvimos unos meses de calma. Celebramos nuestros cumpleaños, cercanos en el calendario, evadiendo al monstruo detrás del muro: decirnos cuánto nos queremos, hacer un día original, comer con un vino, y saber que sería el último, que nos estábamos despidiendo, que no debíamos decirlo, aunque a veces lo decíamos.

Hasta que llegó esa llamada brutal que uno solo conoce en pesadillas. Era la una de la mañana del 28 de julio, fiesta nacional, y tu voz me llegaba del otro lado del auricular: «Tengo dificultades para respirar. Esta vez no es el líquido ascítico; esta vez es algo peor».

9

Nunca había visto la ciudad tan vacía. Camino a la clínica nos detuvieron militares. Revisión regular en una noche con toque de queda. El cuadro era evidente: una emergencia. «Sigan».

Manejé en silencio. Me dijiste que el ahogo era distinto, que ahora sí respirar se hacía imposible. Y añadiste que ya estaba bueno, ¿no?, que ya era hora de partir. Que habías tenido una vida bonita. «Bonita», dijiste, «satisfactoria, con muchos afectos intensos y verdaderos». La única razón para no irte de una vez, precisaste, era no verme más adelante. No ver lo que vendría en mi vida. «No te vas a perder gran cosa», te dije, pero ni siquiera sonreíste.

Un tiempo atrás me habías pedido que reconsiderara la idea de tener un hijo. Hablamos tanto sobre ese tema. Te dije muchas veces que yo ya había tomado la decisión de no ser padre, y en un punto habíamos dejado de hablar sobre eso. Pero días antes habías vuelto a mencionarlo, esta vez de un modo distinto, quizás apenas dejándolo de soslayo, deslizándolo. «Llega un día en que lo único que quieres son los tuyos», dijiste. «Tu familia, tus hijos». Que no

querías dejarme solo. *Solo*, para ti, significaba dejarme sin un hijo, sin una esposa, sin nadie hacia arriba ni hacia abajo. Pero tengo hermanas de padre y sobrinos. No es poco; mucha gente tiene menos que eso y no se siente sola. Y amigos y amigas, no lo olvides. Los más íntimos son mi día a día; son la vida para mí. En verdad, me sentía lejos de esa soledad que tanto te asustaba. Pero, quién sabe, la vida cambia y quizá tengas algo de razón.

La placa torácica mostraba un pulmón y medio. El otro medio estaba del mismo color que el fondo: blanco. Derrame pleural. Había que drenar el líquido, pero ese procedimiento no es tópico; hay que internarse. Ni modo. Estuvimos una semana en la clínica porque el derrame podía repetirse. Al principio intentábamos ponernos el cubrebocas cada vez que ingresaba una enfermera al cuarto, pero luego se volvió absurdo. Entraban a cada rato. Empecé a trabajar, retomé mis clases virtuales y lo hacía desde la habitación. No les dije nada a mis alumnos, pero debían sospechar algo porque la pared a mi espalda se había vuelto celeste. Cuando entraban las enfermeras, enmudecía el micro. Si me era necesario hablar, entraba con la portátil al baño y cerraba el ángulo de la cámara para que solo mostrara mi cara. Me sentía un malabarista con la situación y agradecía que, en medio del infierno del covid, al menos podía estar contigo.

Desde el día en que cruzamos la ciudad en plena noche de pandemia hasta el día en que te apagaste, pasaron siete meses. Ingresaste a la clínica tres veces más. La última duró un mes. Nadie podía visitarte y, si yo salía, debía hacerme la prueba de descarte del virus al reingresar. Los negociantes de la clínica del seguro oncológico integral exigían que la prueba fuera hecha por ellos y cobraban diez veces el precio de esa prueba de covid si se realizaba en cualquier otro lugar. Salir a tomar un café me costaba el equivalente a una noche de clínica. No quería darles gusto a esos delincuentes. Tampoco quería dejarte sola. Me las agencié para que cada cuatro días me trajeran un maletín con ropa limpia y se llevaran la sucia. Me convertí en el personaje de Tom Hanks en la película *La terminal*, solo que, en vez de un aeropuerto, yo vivía atrapado en una clínica. La comida de la cafetería era de supervivencia, pero no

necesitaba más. Mi único alivio, por las noches, era el azúcar en forma de galletas que conseguía en una máquina dispensadora colocada en el estacionamiento. Para eso debía acumular monedas, lo que no era tarea simple. Tenía identificados los lugares de la clínica donde podía conseguirlas, pero cuando me fallaban, buscaba a algunos trabajadores administrativos de los que me iba haciendo amigo. Una vez llegué a pedirle que me cambiara un billete en monedas a un paciente del área de emergencia que esperaba ser atendido.

Recuerdo que, en alguna de mis caminatas nocturnas hacia el estacionamiento de la clínica, me pregunté si podría haber algo bello en esos días de horror. La interrogante surgió cuando pensé que la única razón para estar alegre en una clínica suele ser el momento en que una madre da a luz. En el resto de situaciones, visitar un centro de salud está asociado con un pesar. Eso me llevó a preguntarme por qué se celebra el nacimiento y no la muerte, si al final son dos eventos equivalentes en su esencia, y hasta simétricos. Recordé que una vez estuve en un velorio donde uno de los asistentes tomaba fotos como si fuera un cumpleaños. Yo era chico y me amargué: «Esto es una falta de respeto», recuerdo que le dije a alguien que estaba conmigo. «No», me respondió; «en el país de ese señor, la muerte es una celebración. El muerto se está yendo a un lugar mejor, y eso hay que celebrarlo». Creí que me tomaba el pelo, pero con los años la idea ha ido cobrando sentido. Escuché una vez a un escritor piurano decir que el día más importante en la vida de una persona es el día de su muerte. La explicación que daba era que recién ese día se sabe quién fuiste, y dejas de ser todo lo que podrías haber sido, incluso hasta el día previo a tu partida. Pensé que debía haber algo de belleza en todo eso y que quizá lo viviría diferente si lo pensaba así, si me convencía de ello. La muerte debía ser un suceso como el viento o la lluvia, las montañas o el calor, fenómenos que no cuestionamos, pero, en vez de aceptarla con sosiego, estamos adiestrados para sufrirla y condenarla y temerla.

Bajaba una hora al día a ese estacionamiento para estirar las piernas y hacer una llamada, hablar con Mari o con algún amigo por teléfono y volver a la habitación como si todo estuviera bien. Con

frecuencia había que tomar decisiones cruciales. Hasta ese momento, el mundo de los paliativos había estado conformado por la doctora Bermejo y su fábrica de opioides que complementaban el tratamiento de Gálvez, pero a esas alturas supe que existe un universo mayor llamado «*Mortal Care*». Se trata de un servicio ofrecido por una unidad especializada del seguro oncológico integral y que consiste en el suministro de drogas paliativas de alto vuelo. Se accede con solo pedirlo y descubrí que algunas personas solicitan su ingreso apenas les diagnostican la enfermedad. No les interesa tratarse y pasar por ese enorme desgaste físico que tú venías atravesando. Simplemente no quieren vivir más si van a vivir en esas condiciones, y piden que solo se les controle el dolor para irse en el tiempo que la naturaleza decida. El punto clave es que, cuando se ingresa en ese servicio, la unidad que lo proporciona toma al paciente bajo su control, y los médicos oncólogos deben retirarse. Nunca trabajan juntos.

Meses antes, cuando no sabíamos que eran servicios excluyentes, le preguntamos a Gálvez por la pertinencia de solicitar tu ingreso a *Mortal Care* y este levantó las cejas e hizo una mueca fugaz: «Ahí los hunden, ah», dijo. ¿Qué quería decir con «los hunden»? Fui a averiguar a la oficina de *Mortal Care*, que felizmente estaba dentro de la clínica —mi hábitat—, y me dijeron que ellos podrían hacerse cargo del paciente, pero si querías paliar el dolor con la medicación más potente, debías darte por vencida con el tratamiento clínico.

Gálvez sabía que empezabas a irte, pero no lo decía. Los oncólogos clínicos son como francotiradores que solo ven su rifle y su objetivo. Solo saben disparar y disparar, aun cuando se les queme la mano. A su manera, son un poco como la orquesta del *Titanic*.

Los paliativistas, en cambio, sugieren anestesiar, dormir, retirarse del campo de batalla con dignidad. Desprecian a los clínicos o los ven con indulgencia; aceptan su existencia, pero preferirían su inexistencia. Los clínicos, por su parte, ven a los paliativistas como cobardes que se rinden antes de tiempo. Son dos predadores que comparten ecosistema y que se alimentan de la misma víctima.

Dormía mal, pero sentía que eso correspondía al hecho de que tú también durmieras mal. Hablábamos sobre la muerte todos los días. Tú sabías que llegaría el momento en que estarías mejor fuera de este mundo y que incluso me lo pedirías. Tu movilidad se reducía. Pasabas el día en el sofá; no soportabas la cama. Cada mañana entraba una enfermera para actualizar la pizarrita de acrílico. Había un espacio para marcar los días de hospitalización, y vi cómo se incrementaron a diario hasta llegar a treinta.

Ambos entendíamos que eran días horribles, que no había marcha atrás, que ese era el final, y a pesar de eso nos hablábamos con la tranquilidad de cualquier otro momento. Como si no quisiéramos desperdiciar un solo minuto llorando. Me contaste historias de la familia, de mi padre, de tu juventud, de tu primer matrimonio y de tu posterior divorcio. En esos días, chocando mi cabeza con la tuya al despedirme antes de dormir, o tomándote la mano, viví mis mejores momentos contigo. Si tuviera que escoger, no cambiaría esos días por ninguno de nuestros viajes. En el papel, aquellos son añorados y estos parecen deplorables. Pero en la realidad, cuando llegan esos días, ocurre lo que ni planificas ni esperas con expectativas. Entonces simplemente somos lo que somos y quienes somos. Somos quienes podemos ser, lo que nos queda ser, y entonces nos mostramos con la mayor transparencia y tranquilidad. Te conocí hasta los huesos carcomidos por la enfermedad, con tu miedo a morir y tu firmeza frente a lo inevitable. Esos días de encierro y agonía y despedida los llevo conmigo como una vivencia afortunada.

Cumplido el mes, se disparaba un trombo, se volvía a llenar de líquido el pulmón, lo mismo el abdomen. El hígado fallaba. Comenzaste a irte a pedacitos, en un derrumbe que no tiene sentido describir más. La palabra *metástasis* debe provenir del mismo lugar de donde proviene *Mefistófeles*. Gálvez sugirió que salieras y estuvimos de acuerdo. Estarías mejor en casa, con Mari, que tanto quería verte y no podía porque yo ocupaba el único espacio de acompañante que nos permitían.

Ya en casa, aunque no mejorarías, la sensación fue otra. Un día te leí unas líneas que había escrito en algún momento de silencio,

durante algún desvelo. Era la historia de un niño al que su madre lleva de la mano el primer día de clases. Describe con detalle el camino, desde la puerta del colegio hasta la del aula. Al segundo día bajan del carro y la madre se despide en la puerta del colegio y, ante la perplejidad y el reclamo del niño, ella le dice «Ya conoces el camino».

Me escuchaste en silencio y sonreíste. Estoy seguro de que recordaste con nitidez aquella mañana de abril de 1980, a pesar de tu naufragio interior. Te quedaste con la mirada perdida en lontananza. Era una de tus últimas sonrisas. «Ya conoces el camino», dijiste, parafraseando mi texto, y parafraseándote a ti, cuatro décadas atrás.

Esos últimos días pedimos finalmente tu ingreso a *Mortal Care*, para que no se agudizaran tus dolores, y, tal como lo anunció Gálvez, te hundieron en horas.

Yo dormía poco, y cuando despertaba, ingresaba al baño. Allí, el pequeño espejo me devolvía los residuos de mi rostro, de una cara que cada día era menos mi cara, menos mi mirada, menos la persona que había sido. Conforme te ibas, me iba yo también, sin saberlo, sin notarlo, sin caer en cuenta de que desaparecía del espejo hasta que este solo reflejara una habitación vacía, un espacio sin espacio en un mundo donde hasta entonces vivíamos los dos. La vida antes y después de ti. Ya no estás, mamita querida. Ya no hay nadie en el espejo.

Los gatos mueren con los ojos abiertos

A Lorenzo

«Yo quisiera ser civilizado
como los animales».
ROBERTO CARLOS, «EL PROGRESO»

1

Si lo mejor de mi vida reciente pudiera capturarse en una imagen, en ella se vería una pista vacía en el ingreso de Punta Hermosa, flanqueada por palmeras encorvadas y el mar de fondo.

Es invierno y yo manejo; tú vas a mi lado, pero volteas con frecuencia hacia el asiento de atrás, donde está Lolita en su canil. Suele maullar sin tregua porque no le gusta el viaje en carro, pero estamos a pocos minutos de llegar. Los rompemuelles amarillos me obligan a bajar la marcha, aunque la ansiedad del momento me empuja a no hacerlo. Suele ser viernes por la tarde o por la noche, y tenemos todo el fin de semana por delante, días en que los tres dormiremos en la misma cama y viviremos en un solo ambiente, compartiéndolo todo. Comeremos pescado y pulpo fresco en el almuerzo, iremos al mercado por frutas, untaremos mantequilla artesanal en los panes que hace Doris en su horno de barro, y por la noche cenaremos una entraña con papas nativas en un restaurante que es la joya oculta de este pueblo. Caminaremos por todo el malecón una o dos veces al día y recuperaremos todo el amor que nos arrebata la vida en la ciudad. Yo leeré y tú verás series, porque hace un tiempo te ganó la imagen, y dormiremos siestas largas y deliciosas por la tarde.

Así pasarán este fin de semana y el próximo, tan rápido como se irán los meses y los años, y los tres nos haremos más viejos mientras todo a nuestro alrededor —el mar, la playa, el acantilado— permanecerá inalterable a nuestra eventual dicha o desdicha.

En estos ocho años en que hemos venido a este lugar, a menudo me he preguntado cómo será esta rutina el día en que Lolita ya no esté con nosotros. Siendo la vida un azar, también podría ser ella la que nos sobreviva, ya sea como personas o como pareja.

Un día hablamos de eso con Frank y Sara, precisamente la vez que vinieron y se quedaron en el hotelito de la esquina. Uno de ellos te preguntó cómo sería cuando Lolita ya no esté, y tú respondiste que eso no podías saberlo. De lo que sí estabas segura, añadiste, es que ese día yo estaría a tu lado.

2

La familia de mi padre tenía fobia a los gatos. De los cinco hermanos, todos los aborrecían, pero las dos mujeres habían desarrollado una repulsión patológica. Mi tía Laura, al ver uno a lo lejos, llegó a subirse a una mesa en plena recepción de un matrimonio, en la Arequipa de los años cuarenta. Mi tía Dora, por su parte, preguntaba siempre si había gatos antes de aceptar una invitación. En casa de su hija había un sofá cuyo tapiz tenía motivos felinos, y eso bastaba para que siempre se ubicara en el lado opuesto de la sala.

Mi padre no les temía, pero los rechazaba. En broma decía que, si de noche se le cruzaba un animal mientras manejaba, preguntaba al copiloto si era perro o gato para saber si frenaba o seguía. Aunque nunca lo llevó a cabo, de niño me encantaba la broma y la repetía cada vez que podía.

En casa de los Zollinger, unos amigos de mis padres, había una pareja de siamesas. Mi mamá contaba que siempre que los visitaban, alguna de las gatas le derramaba la copa a mi papá. Ella pedía que las encerraran, pero los Zollinger, como la mayoría de «gatohabientes», ejercían su autoridad con laxitud frente a sus gatas, y mi padre regresaba siempre incómodo de aquellas tertulias.

Así crecí, lejos de los gatos. De niño tuve un perro, un *cocker spaniel* al que vi morir atropellado por un Ícaro de la Enatru, una tarde en que se escapó. Lloré varios días sin consuelo. Recuerdo que me llevé su alfombrita a mi habitación para aferrarme a su olor, y cuando mi padre se enteró, me la quitó y prohibió que volviéramos a tener un animal en casa. De adulto, al compartir departamento con mi amigo Luis, conviví también con su perro, el Oso. Ninguno le

llevaba el apunte al otro, y su mayor gesto de cariño era acompañarme los domingos, cuando Luis salía todo el día y él se echaba bajo mi escritorio. Entonces me parecía poco, pero ahora pienso lo contrario. Era un tipazo el Oso.

En ese momento, y mientras tú no aparecías en mi horizonte, lo último que hubiera imaginado era que algún día adoptaría a un gato.

3

Creo que fue al poco tiempo de conocerte que me comentaste, de manera casual, que el mayor sufrimiento que habías experimentado hasta entonces se dio cuando Xica se escapó de la casa de la amiga a quien se la dejaste cuando partiste a vivir a Madrid. Te confieso que escucharte decir eso me impactó. No sabía si reírme o mantenerme serio. *Qué vida tan sencilla y pacífica ha tenido esta chica*, pensé. *Qué falta de calle, de millaje vivencial*. Felizmente ni siquiera sonreí; por el contrario, me mantuve serio.

El tiempo me enseñaría que el falto de calle era yo.

La pequeña y huraña gatita gris oscuro que te había acompañado en tus primeros años de vida independiente —desde que pudiste emanciparte de tus padres hasta que decidiste partir a España— no soportó que su persona en el mundo la dejara en una casa ajena para irse a estudiar y a divertir al otro lado del Atlántico. Uno tendería a culpar a la amiga por descuidada, por desatenta, pero la verdad fue que Xica había planeado su fuga cual prisionera de Alcatraz, convencida de que la obediencia en esas circunstancias solo dejaría una señal equívoca de su sentimiento de abandono: «Que quede claro, que TE quede claro, muchachita, que así no son las cosas», quiso decirte; «si tú te vas, yo también me voy».

Debió de ser duro para ti recibir la noticia viviendo sola en Europa: tú, tan segura de todo, limeña «pijipi» emancipada, y de pronto tu amiga te anuncia lo sucedido. No entendía cómo, te dijo, no sabía qué había pasado. De inmediato le pediste a tu madre que organizara la búsqueda, que pusiera avisos por el barrio, que ofreciera recompensa. Tras días desaparecida, la minina de pasos

señoriales y de pelaje gris metálico —casi azul, casi turquesa— apareció en una quinta de Miraflores la mañana de un lunes, y una mujer, enterada de las pesquisas de tu madre, llamó al teléfono de los avisos y cobró la recompensa.

Lo inexplicable, hasta hoy, es que aquella señora era vecina de mi madre en una quinta que quedaba a varias cuadras de la casa de tu amiga. Esto significa que la hacendosa Xica, buscándote, caminó unas veinte cuadras por los techos y las calles del Miraflores antiguo para asentarse justo allí: a centímetros de la casa donde yo había crecido. Meses más tarde, tú y yo nos conoceríamos a miles de kilómetros y un océano de por medio del nuevo paradero de Xica, quien, a partir de aquel suceso, pasó a vivir bajo los cuidados de tu madre.

4

Poco después de adoptar a Loli me regalaste un libro bellísimo: *Artists and Their Cats*, de Alison Nastasi. Fotos e historias breves de pintores, escritores, fotógrafos, músicos, ilustradores. El común denominador es que todos, en algún momento, se cruzaron con un gato y quedaron atrapados en ese otro mundo.

La introducción sugiere una similitud entre el temperamento de los artistas y el de los felinos: independencia, gusto por la soledad, propensión a imponer las propias reglas. A menudo se los contrasta con su némesis histórica, el perro, agradecido y dependiente. Pero el paralelismo engaña: independencia no es aislamiento. Los gatos nos necesitan, aunque no muevan la cola al vernos ni se inquieten de inmediato cuando nos vamos. Pueden someterse al alimentador automático durante varios días, pero eso no significa que no sufran nuestra ausencia.

Para mostrar su afecto y gratitud, en cambio, son gigantes; pero siempre con gestos sutiles y esporádicos que suelen llegar en los extremos del día. Ahí está su arte: en la finura de su complejidad. Una vez escuché a un amigo decir que lo que más le impactaba de estos animales era su ingeniería. Me pareció un comentario

inteligente, aunque en esos atributos suelen enfocarse quienes no los conocen de cerca.

Nastasi repara en su aura mitológica y religiosa: del culto en el antiguo Egipto a su demonización medieval, cuando los creían símbolos de brujería y paganismo. De allí, a ser compañeros domésticos en nuestro tiempo. Cita, además, alguno de esos estudios académicos en que a los dueños de gatos se nos pinta como más neuróticos, menos agradables, más introvertidos y... —vaya premio consuelo— más abiertos.

Al final del libro pegaste una foto mía con Lolita posada sobre mi rodilla. La tomaste un día cualquiera en que volví de la universidad con traje y corbata por alguna reunión. Estábamos los tres en la sala. He abierto el libro y lo estoy releyendo ahora con una sensibilidad renovada.

5

A los pocos meses de terminar de armar nuestro departamento en Lima, me dijiste que ahora sí querías un gato. No sé si lo soltaste una noche en la sala o durante un almuerzo de sábado. En ese tiempo descorchábamos vinos con frecuencia. Lo cierto es que dijiste «Ahora sí» como si fuera un «Ya no aguanto más».

¿En serio? ¿Un gato? A Xica tuviste que dejarla cuando partiste a Europa, y ahora, de regreso seis años después, no se la ibas a quitar a tu madre. Si habías vivido todo ese tiempo sin compañía felina, cualquiera diría que ya te habías habituado. ¿Por qué volver a eso ahora? ¿O es que, desde que dejaste a Xica, la extrañaste cada día y solo esperabas el momento de retomar ese vínculo?

Nuestro regreso a Lima había tenido baches: pasamos meses separados y discutíamos hasta por los detalles para amoblar el departamento. Pero ahora, cuando por fin estábamos listos para disfrutarnos, cuando estrenábamos la primera vivienda de los dos —porque en Madrid yo siempre anduve de paso—, ahora que empezábamos una nueva vida en la que compartiríamos una cama

de manera regular, sin obstáculos ni distancias... ¿querías un gato? ¿En serio?

No quiero inventar excusas que me rediman porque no merezco ninguna redención. Simplemente no la vi, no intuí que estaba cometiendo un error mayúsculo, de los mayores de mi vida, o de mi vida contigo, que es aún más importante. Te imaginé organizando las tareas de cuidado y asignándome la comida, la arena, el veterinario... Y no pude.

El camino recorrido hasta ese momento me había convencido de que la única forma de alcanzar la tranquilidad y el tiempo libre que tanto ansiaba consistía en no asumir ninguna responsabilidad nueva. De ningún tipo. De hijos ni siquiera hablar, o hablar para reafirmar nuestro deseo de no buscarlos, pero tampoco de una afiliación, de una membresía, de un voluntariado, de una mascota... ni de una planta, vaya.

Por eso te dije que yo no quería un gato, pero que respetaba tu voluntad. Que yo te acompañaba y te ayudaba, pero que tuvieras en cuenta que el plan era volver a Madrid dentro de tres años y que no sería fácil hacerlo con un gato. Mucho menos dejárselo a tu madre. Que yo sería, en definitiva, el padrastro. Sí, usé una de las palabras más feas del diccionario y la usé como escudo: *padrastro*. «El marido de la madre» en la primera acepción, pero también «Mal padre» en la segunda, para no hablar del «Obstáculo que estorba una materia», en la tercera. Ingenuo, pensé que actuaría con el cariño de un padre, pero con el deber de un tío, de un abuelo, o de lo que en realidad sería frente a esa vida: la pareja de su madre.

Fue así como decidimos buscar al gato. Que fuera macho, dijiste, porque la esterilización es menos traumática. Pasaron unas semanas y un día llegaste a casa con el dato de un albergue. Allí podríamos adoptar uno. Lo haríamos el siguiente sábado.

6

El albergue para gatos quedó marcado en mi memoria. Fuimos un sábado por la mañana. Dejé el auto mal estacionado y por eso

quería que eligieras cuanto antes. Mientras, mi mente me urgía a pensar que, a partir de ese momento, debían pasar a gustarme esos animalitos porque pronto viviría con uno de ellos. Había gatos apiñados por todas partes. Tras recorrer el primer y el segundo piso, la encargada nos llevó al principal lugar de la casa: la azotea. Ahí el hacinamiento de cachorros por metro cuadrado hacía difícil la elección. Olvidé el auto y me enfoqué en ese espectáculo.

Quien no conoce el mundo animal podría creer que todos los ejemplares de una especie se parecen, y con ello pasar por alto sus grandes diferencias. Esa mañana vimos gatos con personalidades disímiles. Recuerdo a una que llamaba la atención por ser huraña y esquiva. Permanecía separada del resto y, cuando se le acercaba otro gatito, reaccionaba con fiereza. Era la solitaria del grupo, la amargada, la que debía saber más que ninguno lo difícil que era la vida. La encargada nos contó su historia de sucesivos abandonos. La descartamos, o es mejor decir que nunca la consideramos, seguro por difícil y por antisocial, o porque no era una bebé. Hoy pienso que debimos adoptarla. Habría sido un verdadero acto de amor demostrarle que el mundo puede ser un lugar amable. Me pregunto si quienes deciden adoptar niños no suelen poner de lado al que menos sonríe, al menos lindo, al antipático. Somos egocéntricos y priorizamos lo bello y lo fácil, y quizá por eso se nos escapen muchas experiencias valiosas. También buscamos la atención del otro y valoramos la sociabilidad y la correspondencia afectiva. ¿De cuánto nos estaremos perdiendo al desatender a quienes nos ignoran en primera instancia como aquella gata?

Lorenzo, que aún no era Lorenzo, se trepó sobre mi hombro y tú y la dependienta rieron. Me hizo gracia, pero lo bajé con cuidado, temeroso de que tuviera las uñas largas o algo peor. Al rato, sin embargo, se me volvió a subir, y entonces toda la disquisición sobre cuál sería el gato idóneo quedó resuelta.

—Ya está —dijiste—; ya sabemos quién se va con nosotros.

Clorinda tiene el blanco de un rayo de sol rebotando en la nieve. Su cuerpo a veces parece pequeño y otras, grande. Cuando se ovilla a mi lado, en la cama, la veo diminuta, como la bebé de seis meses que es. Pero cuando camina por el departamento y se estira extendiendo sus patitas delanteras sobre el vidrio de la ventana o sobre el televisor, se la ve enorme. Su cabeza es pequeñita y su cuerpo, alargado, pero lo más vistoso en ella, su inconfundible sello de agua, es su esplendorosa cola modelo Pepe Le Pew. Relajada, es un abanico abierto; erguida, es el periscopio de un submarino, la bandera de su desfile, el emblema que a menudo la delata cuando intenta esconderse.

Pensé varias veces en qué dirías cuando te contara que había adoptado una gata. Yo, el hombre incapaz de convivir con seres vivos —incluidas las plantas, según tu presagio previo a nuestra separación—, ¿ahora podía velar por uno? Bueno, tengo que contarte la historia. Tú sabes que soy consciente de mis limitaciones y estaba seguro de que nunca adoptaría a un ser vivo, pero en los meses que estuve en México pensé que, si algún día me jubilaba y me asentaba, adoptaría un labrador y me mudaría a la playa para correr con él por las madrugadas.

La historia de Clorinda empieza una mañana en que oigo un maullido en el departamento del vecino. Al parecer, se hizo de un gato. Ese sonido, filtrado por el ducto del baño, me recordó lo bello que fue vivir con Loli. Te escribí para coordinar un asunto referido al departamento de la playa, y terminé el mensaje diciendo «A Lolita también la extraño». El «también» lo sembré con la esperanza de que dudaras si me refería a ti. Ese fin de semana no irías a la playa por un viaje de trabajo y me ofreciste que me llevara a Lolita. ¡Genial!

Llamé a Isabel y le propuse irnos juntos a la playa. Con lo gatuna que es, le iba a encantar irnos con Lolita. Pasé por ella la noche del viernes y luego recogimos a la gata. La última vez que me la prestaste, te habías ido de viaje y Loli llevaba tres días comiendo del automático. Al verme me maulló molesta, alterada, inquieta. «¿Qué es esto de que me dejen sola así? ¿Quién carajo les ha dicho

que los gatos somos máquinas de comer y cagar? Ser independientes no significa ser anacoretas».

Esta vez, en cambio, estaba inmutable en el sofá; me miró de reojo y con displicencia me pidió que no la incomodara, pero tuve que meterla en su canil y subirla al carro. En la playa estuvo huraña, no le debió hacer gracia la presencia de Isabel.

El día siguiente lo pasamos leyendo y por la noche fuimos a cenar en Don Niko. Le conté que solía ir contigo los sábados durante años. Al salir, cerca de la medianoche, le propuse caminar hacia El Silencio, pero ella insistió en que mejor fuéramos hacia el otro lado, hacia el centro mismo de Punta Hermosa. La noche estaba fría y el cielo claro, no había un alma aparte de nosotros en las calles, cuando oímos un maullido desolador. ¿Sería una gata en celo? Pues no, era apenas una gatita caminando por la mitad de la pista, maullando desesperada. Nos acercamos. Isabel la cargó, la acariñó. Yo andaba temeroso de las pulgas y las garrapatas, pero al final la toqué, y creo que el contacto de mi mano con su torso, tan frágil y huesudo, marcó un vínculo inconsciente, el inicio de una historia. «Se llama Clorinda», le dije a Isabel en modo de juego, pensando que la perderíamos en unos minutos. Me alegró escogerle el nombre de una escritora que a ambos nos gusta, y le sonreí. Acababa de bautizarla sin saberlo.

8

Salimos del albergue y al llegar a casa soltamos al gatito. Aún no teníamos nombre para él. Comenzó a correr por todo el departamento. Se subía a las cortinas, o lo intentaba hasta cierta altura, olía cada cosa, se colaba en cualquier resquicio. No se detenía nunca. Cerramos las ventanas para evitar fugas. Los domingos saltaba a la cama y, aunque nos ocultáramos bajo las sábanas, siempre encontraba un hueco para meterse entre nosotros.

«¿Así será siempre?», te pregunté, «¿no parará nunca de moverse?». «No», me aclaraste, «al principio es así; luego se

calman. Igual que las personas: se apaciguan con el tiempo, y algunas se vuelven más aburridas».

Fueron pocos días los que estuvo bien y sano, antes de que empezara a arrastrar la mitad posterior del cuerpo: perdía estabilidad, derrapaba. Algo extraño sucedía. El veterinario ordenó exámenes, pero no salió nada raro. Visitamos hasta cuatro diferentes especialistas y ninguno coincidía, aunque dos de ellos nos enviaron a un neurólogo. El paparulo de Panchito Florero —con su imperio de complementos caninos— dijo que no era nada epidemiológico, sino motriz. «Mecánico», afirmó, «es algo mecánico». Le estiró las patitas traseras como si fueran el elástico de un calzoncillo y, al ver que no regresaban a su posición original, aseguró que se trataba de un problema de rodillas: «Meniscos; hay que operar los meniscos». Y encima cobró por su brutalidad. Yo ya lo miraba con escepticismo; bastaba observar el predominio de los perros en su emporio comercial veterinario para darse cuenta que de gatos no sabía un carajo.

El neurólogo al que todos nos derivaban pudo atendernos, y fue necesario cruzar la ciudad para llegar a él. Era un caso extraño, dijo. Requería hacer nuevos análisis, explorar, llevarlo a la universidad para discutir el caso con alguna epidemióloga. En un caso extremo, había que considerar la posibilidad de que se tratara de un tipo de zoonosis, es decir, de una enfermedad transmisible al ser humano. ¿Era posible que nos estuviera pasando eso? ¿Padres primerizos convertidos en caso de estudio clínico?

Cuando uno se embarca en la aventura del cuidado de un ser vivo, se enfrenta también a los vaivenes y sorpresas que nos tiene reservada la suerte. Parecía que el pequeño no viviría mucho, pero no sabíamos cuánto, y además estaba en el aire la posibilidad de que se rompiera esa cápsula imaginaria que envuelve el universo de los animales y termináramos contagiados —¡nosotros!— de alguna rareza. Ni siquiera le habíamos puesto nombre y ya se iba a morir. Resultaba extraño decidir cómo llamarlo en esa situación; la palabra escogida quedaría asociada con una criatura que partiría pronto y, por tanto, estaríamos nombrando a un futuro recuerdo antes que a

una historia por descubrir. Y, al mismo tiempo, ¿cómo no ponerle un nombre?

Decidiste llamarlo Lorenzo. Días antes, cuando el gato parecía estar bien, me lo habías mencionado como posibilidad, y yo había tenido reparos con ponerle un nombre tan humano, sobre todo cuando nuestro amigo el poeta Lorenzo Guerrero venía con cierta frecuencia a casa. Pero entonces no dije nada, y el nombre quedó.

9

Clorinda nos acompañó hasta Kontiki. Ahí dimos la vuelta y regresamos por el malecón. En todo momento yo esperaba que se metiera en una casa o que huyera por una bocacalle, pero eso no ocurrió. Se mantuvo andando en paralelo a nosotros, acelerando el paso para no rezagarse y gritando por hambre o por miedo. Le dije a Isabel que yo no podía adoptar una gata porque a fin de año pensaba irme del país, que podría darle refugio seis meses y luego se la dejaba; pero ella apenas se concentraba en el momento, y cuando la pequeña se rezagaba, se detenía, la cargaba y seguía andando. Lo sorprendente era que la gatita se dejaba tomar en brazos, y solo al cabo de un rato reclamaba. Entonces saltaba al suelo y volvía a seguirnos con su paso apurado.

Cuando cruzamos la gruta de Playa Norte y, sobre todo, cuando subimos las escalerillas que la unen con Caballeros, empecé a pensar que el animal nos seguiría hasta la casa. Dos veces nos pasó algo similar a ti y a mí, pero con perros. Nos siguieron hasta la puerta, permanecieron un rato allá afuera y pronto desaparecieron. A ninguno se le hubiera ocurrido que, si un perro grande y fuerte nos seguía, debíamos transformar nuestras vidas adoptándolo. Pero esta pequeña estaba totalmente indefensa, seguramente hambrienta y sabe Dios qué más. Yo podía acceder a darle comida y quizá llevarla a un veterinario al día siguiente. Hasta a buscarle un hogar o a indagar por sus dueños originales podía llegar. Lo que no quería era que entrara en la casa, donde nos esperaba Loli.

Recordé la última vez que hablamos en ese restaurante del malecón, apenas volví de México. Fue el día en que oficialmente dimos por terminada nuestra vida como pareja. Me contaste que, durante mi ausencia, Lolita había sido atacada por un contingente de pulgas que no cedió con facilidad. Tú, que no la desatiendes nunca ni dejas resquicio para un posible escape, que la llevas del departamento a la playa y viceversa —y de ese circuito no sale—, de pronto fuiste sorprendida por una amenaza que la hizo sufrir a ella y, por ende, a ti. Debió cogerlas en el departamento de la playa, acaso por culpa del vecino, y luego llegaron al departamento de Miraflores. Tuviste que fumigarlo y mudarte a casa de tu madre con Loli. El problema se hizo cada vez más grande. Y todo durante mi ausencia, pensé, durante el vacío dejado por el prófugo que abandonó a su pareja y a su hijastra para irse a meditar a los desiertos zapotecos.

Por todo lo anterior no quería correr el riesgo de que esa inesperada compañía, que de seguro tendría pulgas y cosas peores, terminara contagiándoselas a Lolita, y le advertí a Isabel que la gata no podría entrar a la casa.

—Entonces dame la llave de tu carro —me dijo, con voz de pocos amigos— que dormiré con ella allí.

10

Por esa época llegó una nueva profesora a trabajar en la universidad y nos hicimos buenos amigos. Ella tenía un hijo y esperaba el segundo cuando empezó a dictar en la facultad. Dada nuestra cercanía cotidiana, compartí con ella lo que nos ocurría con Lorenzo, y me contó que antes de casarse había tenido tres gatos. Como su esposo no quería a «esos» animales, tuvo que dejárselos a su mamá, a quien aseguraba pasarle una pensión de alimentos todos los meses. Hablamos de los hijos y los gatos, y me dijo algo que no he olvidado: «No es lo mismo; obviamente, nunca va a ser lo mismo un hijo que un gato. Pero es un sentimiento que va en la misma dirección». Me fue difícil trazar un paralelo, cuando la dirección de la que hablaba debía de ser distinta en cada persona. Solemos creer

que solo quienes son padres o madres tienen autoridad para hablar de ese vínculo, pero olvidamos que cada persona es un mundo, que cada paternidad o maternidad es diferente, y que, así como hay inmensos amores filiales, otros se desentienden de su descendencia.

Lorenzo siguió decayendo ante nuestra perplejidad y silencio, hasta que el neurólogo nos dio el informe de la epidemióloga, que resultó ser la decana de una facultad de veterinaria. El correo decía que la sospecha de una peritonitis infecciosa felina, la famosa PIF, no podía descartarse del todo. Es decir, una infección causada por una mutación en extremo inusual de un coronavirus que abunda en el medio felino. La mitad de los gatos la sufren, pero en pocos —sea por motivos genéticos agravados por el estrés de la vacunación o por un realojo, o por lo que fuera— el virus muta y se vuelve un peligro mortal. Decía, además, que la zoonosis era poco probable, que lo había consultado con una colega en Buenos Aires y que ni allá ni acá se había registrado casos, pero no debía descartarse por completo.

En la Universidad Austral de Chile habían desarrollado una PCR con suero, pero era imposible enviarla a otros países. Así, la única forma de saber el diagnóstico definitivo era mediante una necropsia, es decir, después de muerto. Por el momento, se podía tratar con un antiparasitario inyectable llamado «ivermectina», pero los resultados conocidos eran contradictorios. Por último, terminaba diciendo que, si el gato no respondía a dosis altas de cortisona, era poco probable que fuera PIF, a menos que se tratara de una demasiado agresiva, en cuyo caso no habría cura alguna.

Eso fue exactamente lo que sucedió, y lo supimos al recibir el informe de la necropsia, algo que tú pediste y pagaste como contribución a la epidemiología felina. Lorenzo había ido decayendo día a día y, para cuando vino a casa el neurólogo que lo monitoreaba, el pequeño ya casi ni se movía de su camita. Nos explicó que no había nada que hacer más que inyectarle un eutanásico que le hiciera el final menos doloroso.

Así, con Lorenzo en tus brazos y el hombre dosificando un refinado veneno, vimos a nuestro primer compañero de vida apagarse en un tiempo aún más breve del que había pasado en el

mundo de los humanos. Sus ojos, sin embargo, en contradicción con todo su cuerpo, se fueron abriendo más y más hasta llegar al límite de sus párpados, con unas pupilas dilatadas y una mirada hacia la nada que lo volvían todo más duro de lo que ya era. En el álbum de mis más tristes imágenes están esas circunferencias perfectas, verdes e inmóviles, en un cuerpo que había dejado de palpitar. Ese día aprendí, mientras mezclábamos nuestras lágrimas, que los gatos mueren con los ojos abiertos.

11

No tuve la fuerza ni la determinación para darle a Isabel las llaves del carro. Subimos juntos hasta el cuarto piso y en la puerta del departamento hice mi último intento por establecer que la gatita debía quedarse afuera, ya que a partir de esa línea era territorio de Lolita. Pero en el momento en que se lo decía, con la esperanza de que Isabel aceptara dejarla en una cajita fuera de la puerta, Clorinda se libró de sus brazos y estuvo a punto de saltar desde el cuarto piso. «Se va a matar la pobre si la dejamos aquí», reclamó, así que accedí sin acceder, y le dije que me esperara allí. Tomé la arena y el plato de Loli de la cocina y se los llevé al cuarto, donde dormía. Busqué una caja de cartón y le improvisé una cama con trapos y el chal de Isabel. Luego hicimos entrar a la gatita y en un plato descartable le serví las grajeas de Loli, que devoró con la ansiedad de una prisionera política. Eran casi las dos de la mañana y lo mejor sería dormir. ¿En qué me estaba metiendo?

Despertamos los tres en el cuarto. Isabel en el sofá y Loli y yo, en la cama. La puerta cerrada nos separaba de Clorinda. Le dije que quería salir de allí, que tener a las dos gatas en el departamento me tensaba. ¿Y si Clorinda era portadora de alguna enfermedad que pudiera contagiarle a Loli? ¿Y si tenía pulgas? ¿Sabía del episodio que habías pasado tú con el problema de las pulgas? Tuve que contárselo y exagerar un poco.

Isabel se rio. Desde que no estoy contigo nos hemos vuelto muy amigos. Cuando viajamos a la selva por trabajo y tuvimos que

compartir habitación en el hotel de San Ramón, adquirimos un extraño y a la vez propicio nivel de intimidad. Podemos compartir habitación y pasar todo un día juntos, cada uno leyendo lo suyo. En broma decimos que somos un matrimonio viejo.

—Ahora ya no solo somos un matrimonio viejo —respondió a mis temores—, sino que tenemos una hija en común.

Lo que pensé. En la que me había metido.

Como esos hombres que desperdigan su semilla por doquier y luego tienen un laberinto de hijos que se mezclan, ahora yo tenía una hijastra con mi expareja y una reciente bebita con mi editora, que ya empezaba a exigir similares derechos para la nueva integrante.

Tuve que aclararle a Isabel que me había sometido a un chantaje emocional, que de haberle dado las llaves del carro para que ella y la gata durmieran allí —donde igual podían quedar pulgas que luego saltarían sobre Lolita en el regreso a Lima— hubiera sido el fin de nuestra amistad y de nuestro vínculo, y que solo por eso había accedido a que Clorinda pasara la noche en la cocina. Sin embargo, continuaba angustiado con la posibilidad de que le contagiara algo a Lolita, no solo por ella, sino por ti.

Sabía que tú te molestarías cuando supieras que Loli había estado cerca de otra gata porque yo no iba a ocultártelo. Entonces tú me preguntarías qué tenía en la cabeza para exponerla así, y ya no compartiríamos más la casa de playa y, sobre todo, ya no volverías a prestarme a Lolita cuando viajaras, y eso terminaba entristeciéndome y enojándome. Y así, furioso, le pedí a Isabel que nos fuéramos ya de allí con esa endemoniada gata que comenzaba a arruinarme la vida.

Como medida de precaución llamé a una veterinaria amiga, que aseguró que mientras las mantuviéramos separadas, no habría problema. Puse cajas en ambos lados de la puerta para ampliar la distancia entre ellas antes de irnos. Lolita no se inmutaba, no daba señales de notar otra presencia felina. Estábamos en la terraza cuando le dije a Isabel que yo no quería una gata, que nunca había querido una y menos ahora. A ella se le despertó una transferencia psicoanalítica y me contó que cuando quedó embarazada —muchos

años atrás— tuvo todo el apoyo de su pareja. ¿Qué habría pasado si actuaba como yo ahora, es decir, si hubiera quitado el cuerpo al saber que sería padre? Para ella, haber bautizado a la gata en medio de la noche y haber dicho que podría tenerla durante unos meses conmigo equivalía a haber tenido sexo sin protección, y ahora, reafirmar que yo no me quedaría con la gata era una forma de esquivar mi paternidad. Vaya locura.

Mientras hablábamos, Clorinda salió a la terraza, desde donde es posible que viera a Lolita. Esta última nunca volteó, siquiera, y si la miró, fue de reojo. Partimos hacia Lima solo con Clorinda, no sin antes eliminar todo rastro de su presencia con diversos productos de limpieza. Igual dejé la puerta cerrada para que Loli no entrara a la cocina hasta que yo volviera.

Antes de salir de Punta Hermosa, nos dirigimos a Playa Negra, cerca de donde habíamos encontrado a la gatita la noche anterior. Por la suavidad de sus pezuñas, Isabel sospechaba que quizá no era una gata callejera. Llevándola con nosotros, preguntamos a unos y a otros si alguien conocía a sus dueños. Le explicamos el caso a la propietaria de una tienda de comida orgánica, pero apenas nos hizo caso. La joven de la caja dijo que ella feliz se la quedaba: «¿Es una gatita de Angora, no?», comentó. «No, no es de Angora», le respondí, pero esa indagación me hizo sospechar que podía haber un interés más comercial que emocional en ella.

«Vamos por partes», le dije a Isabel; «que la vea la veterinaria y la próxima semana se la traemos, si aún la quiere. Pidámosle su número».

Ese domingo las dejé a ambas en casa de Isabel y volví a la playa por la noche. Tenía a Loli por tres días más y quería disfrutarla. Todo el fin de semana, con Isabel presente, no se me había acercado. Quizá después de ocho meses de no vivir juntos empezaba a olvidarme; su padrastro, que durmió con ella siete años, pasaría pronto a ser un extraño. Pero no: esa noche se me acercó y se posó sobre mi pecho, chocamos las caras, me hizo un masaje con sus patitas y se quedó allí largo rato, algo inusual en ella. Durmió a mis pies y en los siguientes días estuvo cariñosísima.

«Tú eres y serás siempre mi Loli querida; no hay nadie que ocupe ni reemplace tu lugar. Pero ahora ya no vivimos juntos; ya no te tengo ni te tendré, y solo te veré en algunas de las vacaciones de tu madre. Esta vida es una vida nueva, y algún día yo tendré, quizás, una nueva hija que viva conmigo, que se lleve mi atención, mi cariño cotidiano, pero ese será un nuevo espacio de mi corazón, nunca el tuyo; el tuyo es único y siempre lo será. El tuyo es el nuestro y el de la familia de tres que fuimos durante tanto tiempo. El tuyo es lo que fuimos, el tuyo es lo más bonito que fui».

12

Clorinda estuvo tres días en casa de Isabel mientras yo iba y volvía a la playa para estar con Loli.

Clea y Trilce, las gatas de Isabel, la habían recibido con los bufidos esperables para defender su territorio, de modo que ella tuvo que mantenerla en una habitación, aislada. La bañó y la preparó para llevarla al veterinario. Salió indemne de los exámenes, y hubo un único hallazgo: una bola de heces endurecidas contra la que había que batallar a punta de laxante.

Cuando la trajeron de vuelta de la veterinaria hice mi último intento por sugerirle a Isabel que se quedara con ella, pero insistió en que no podía. Alegó que, tras la muerte de Niebla, el mayor de sus gatos, se había impuesto una consigna de proporcionalidad que no estaba dispuesta a romper: no más de un gato por cada humano en la casa. Vivía con su hijo y, al tener tres gatos, había descubierto que cada felino escoge a su persona y que cuando hay más animales que personas se ven impulsados a competir más que a compartir. Desde la muerte de Niebla, se había quedado con las dos gatas, y ahora esa proporción ideal solo podría alterarse si alguna de las gatas moría o si su hijo, que estaba por acabar la universidad, se iba de la casa.

Yo nunca había pensado en esa teoría de las proporciones. Creí siempre que, si adoptábamos un segundo gato, un asunto que siempre estuvo sobre la mesa, se acercaría a ti tanto como Lolita, y

yo mantendría mi modesta segunda línea. Nunca imaginé que podría elegirme como su persona. No sé si era algo que deseara, pero me gustó pensarlo.

La muerte de Lorenzo fue en octubre de 2013 —entonces por primera vez oímos las palabras *coronavirus*, *ivermectina* y *PCR*— y solo en julio de 2014 adoptamos a Lolita.

Durante los primeros meses tras la muerte de Lorenzo, nos había quedado un sabor amargo, un vacío que resultaba difícil llenar de inmediato. Algunas veces, mientras viajábamos fuera de Lima o cuando estábamos con la mente y la mirada perdidas, de pronto se te caía una lágrima y yo me angustiaba pensando que algo serio te pasaba o que algún mal recuerdo te acechaba. «Estoy pensando en Lorenzo», me decías, y yo me quedaba sin palabras. Aunque nunca olvidaría ese capítulo de nuestras vidas, pronto perdió protagonismo en mi memoria y se fue desvaneciendo. Nunca fui capaz de darle a esa pérdida el lugar que se merecía, ni de anticipar el efecto que esta tendría en nuestra vida futura. A ti, en cambio, te quedó doliendo más tiempo y más fuerte, y debió seguir, imagino, incluso hasta después del día en que te avisaron de una joven que buscaba dar una gatita en adopción.

Esta vez, nada de albergues donde abundan los contagios. Fue así como llegó Lolita a nuestras vidas, y quizá, producto de nuestro antecedente, la sobreprotegimos desde el primer día. Creció sana y siempre inquieta, y yo a menudo me preguntaba qué pasaría si se repitiera con ella el mal de Lorenzo, si tuviéramos la mala suerte de volver a vivir una pérdida similar. ¿Nos creeríamos destinados a eso? ¿Nos sentiríamos como si fuéramos capaces de generar algún tipo de ondas magnéticas que causaran la muerte de los animales que se nos acercan?

Algo triste de transitar una experiencia difícil, además de la experiencia en sí, es que te vuelves incapaz de pasar por algo igual. Las estadísticas están de tu lado y sabes que no es probable que se repita, pero, al mismo tiempo, el miedo te juega en contra. Intuyes que, de tener la mala suerte de sacarte el boleto premiado por segunda vez, sentirás que algo está mal contigo, conmigo, con nosotros y con nuestra manera de cuidar.

13

Pumaquiro es un gato enorme y ahora, además, viejito. Hicimos bien en llamarlo Hanuman aunque Frank nunca entendiera a fondo esa broma que a ti y a mí nos hacía reír. Si hubiera estado en la India con nosotros aquel día en que fuimos atacados por esos monos blancos que tenían el porte de un humano, y de un humano robusto, entendería mejor nuestro código.

El otro día fui a visitar a Frank en su nueva casa y allí estaba «El Puma» —tal como lo llama él—, recibiéndome con los pies firmes, el cuello erguido y los ojos atentos como los de un búho. Nos miramos de frente, cara a cara. Siempre me ha parecido gigante al lado de Loli, como si fuera de una especie distinta, un oso frente a un pajarito, y vinieron a mi memoria las veces en que comentábamos que Loli se aterraría de verlo. Me senté en el sofá de la sala para tratar un tema puntual con Frank. Le había dicho algo incómodo aquella mañana en el trabajo y venía a disculparme con él, cuando, de pronto, el Puma saltó y se posó sobre mis piernas. Frank se sorprendió, levantó la ceja y dijo «Él nunca hace eso». Luego hablamos mientras yo acariciaba al animal. En ese instante pensé que se había acercado a mí porque, al verlo, sentí una genuina atracción hacia él y hacia su belleza tosca, pero ahora creo que fue para ayudarme a decirle a Frank que mi disculpa era genuina, que no había querido decir lo que dije esa mañana, que me sentía mal por ello. Pumaquiro, posado sobre mis piernas, fue el notario de mis disculpas.

Hace un tiempo, creo que fue poco después de que termináramos, me fui a tomar unas copas con Frank y me anunció que me haría una revelación, que me diría una verdad, un detalle oculto durante tantos años de amistad: me dijo que tú eras «bravaaaaaaaaaza», así, extendiendo mucho la *a* de en medio. Y bueno, por supuesto, quién iba a dudar de esa verdad, de tu carácter firme, de tu tesón. Pero luego siguió, y pasó a una segunda parte de esa revelación: me dijo que yo era «bravaaaaaaaaazo» y que ambos, juntos, éramos a veces una bomba nuclear casera. ¿Lo

diría por las ocasiones en que no nos poníamos de acuerdo en algo y empezábamos un despliegue de argumentos que iban tomando diferentes niveles? Me parece un poco exagerado, ¿no crees? Yo diría que tú y yo éramos en extremo divertidos, solo que no todos compartían nuestro registro, o quizás éramos divertidos solo para nosotros. Qué más da.

El punto es que ese día le conté de Clorinda. Le dije cuánto me costaba tener a una gata bebé que no paraba de saltar por toda la casa, incluso más que Loli cuando era chiquita. Me contestó que agradeciera, que el Puma tiene más de veinte años y que se despierta por las noches para pedir comida y, como ya no soporta las grajeas, tiene que abrirle una lata de alimento húmedo. Ahora que lo pienso, conozco a Frank desde hace más de dos décadas, aunque al principio no éramos tan amigos. Debo haber conocido al Puma desde sus dos o tres años y siempre lo he visto igual. Quizá los animales nos ayudan a sentir el tiempo diferente, en cierta medida nos lo congelan, a diferencia de los niños, que cada año dan testimonio del paso del tiempo. Quizás algo de eso haya, pero también lo contrario: en ocasiones, son los animales y sus limitaciones, y sus cambios de conducta y sus achaques lo que nos recuerda el paso del tiempo. Yo no concibo la posibilidad de que Clorinda viva veinte años, y le aseguré a Frank que solo la estaba cuidando mientras le buscaba un hogar.

14

Clorinda ha entrado en celo y maúlla toda la noche. Llevaba apenas diez días en casa y yo, más preocupado por sus vacunas, su laxante y su alimentación, no consideré la urgencia de esterilizarla. Ahora hay que esperar a que se le pase, pero cuando eso se dé, yo ya estaré en un manicomio. Grita, se frota, exige que la escobille por todo el cuerpo, que la acaricie con mis manos. La veterinaria dice que, en los gatos, el celo no es un fenómeno regular como en los perros, sino que es autoinducido. Quizás ha comenzado porque hay

un gato cerca, y si yo sigo frotándola y acariciándola, bajo la creencia de que con eso la aliviaré, el celo solo seguirá.

Alguna vez escuché a alguien decir que, en una situación similar, se vio obligado a masturbar a la gata con un hisopo para calmarla. Encontré algunas crónicas en internet que más parecían bromas que testimonios. Pensé en intentarlo, pero la idea retaba mis escrúpulos. Se supone que, desde mi rol de padre, no debía hacer algo así, y al mismo tiempo, o le traía un gato bajo riesgo de que quedara preñada, o hacía algo que le calmara lo que parecía un dolor físico, un flagelo demoledor que la hacía contorsionarse y bramar.

En esos días pensé que no me gustaba la idea de esterilizar a un animal. Era una forma de intrusión en el cuerpo de otro ser, era un acto innatural y agresivo, sin posibilidad de consentimiento alguno, y por otra parte está todo el discurso de las mascotas abandonadas a su suerte y la necesidad de no traer más animalitos al mundo sin un cuidado asegurado. Tanto era así que el asunto se ha convertido en una política pública y hay campañas de esterilización auspiciadas por las municipalidades. Aun así, el argumento no me convence. ¿No hay un mecanismo de regulación natural entre los animales a cambio de la intervención arbitraria de los humanos sobre sus cuerpos? El otro punto es que si no se la operaba, el celo volvería, y los dolores y los gritos serían el pan de cada día otra vez.

Resistí estoico un fenómeno que duró más de quince días, con algunos periodos de calma y remisión. Cuando empezaban los gritos por las noches, caminaba a tientas y la cargaba, le rascaba el cuerpo y la traía conmigo. Pronto se dormía a mi lado y yo podía retomar el sueño hasta el próximo episodio.

Apenas tuvimos unos días de tranquilidad, le pedí a Isabel que me ayudara coordinando la operación. Era un miércoles y ya llevaba dos días tranquila. «El sábado iremos a mi veterinario», me dijo; «si hasta ese día el celo no ha vuelto, él nos espera a las diez de la mañana».

Durante el celo hubo un periodo de pausa. Pensé que ya se le había ido y coincidió con que vinieran Sara y Frank, y también Marisol, a tomar algo en mi casa por el final del semestre. Sara llegó primero y se quedó impactada por la belleza de Clorinda. Ella tuvo

varias gatas de niña y siente una cercanía especial con estos animales. Lolita moría por ella cuando iba a la casa, y ahora Clorinda también se le acerca. Ella, en vez de abordarlas, se les aproxima con suave cortesía, como pidiéndoles permiso; estira su mano para dejarse tocar, no las toca. Siempre reparé en cómo respeta al extremo la decisión del otro de acercarse. Frank, en cambio, llegó y exclamó sin filtro «¡Qué lindura de animal has conseguido!», y la cargó como si fuera una muñequita. La sentó sobre sus piernas y empezó a acariñarle las almohadillas. Ambos me aseguran que he hecho bien en adoptarla y yo les aclaro que soy solo un tutor provisional que le está buscando una casa y les pregunto si están interesados.

Ambos me dicen que me la quede, que es joven y hermosa. Sara me advierte que esta experiencia será distinta a la de Lolita: ahora seré el único responsable de su supervivencia, y eso cambia las cosas. Me sorprendo, dudo de ser capaz de querer a otra gata como a Lolita, y creo que Clorinda estará mejor en otro hogar, más grande, más bullicioso, quizá con otros gatos. Tanto su caja de arena como su canasta transportadora y sus platos me los ha prestado Isabel. No le quiero comprar nada porque pronto nos despediremos.

Sara y Frank se fueron y me quedé un rato más con Marisol. Ella tiene dos gatas y me preguntó por qué no dejo que Clorinda salga a mi jardinera. Le contesté que lo había considerado, pero que esperaba poner unas mallas de protección porque temía que se escapara. Ella me aseguró que no era necesario, que había mucha distancia hasta el primer piso y que la gata no saltaría. Dudé, pero por fin la dejamos salir.

Estuvo feliz por unos minutos frotándose contra las ramitas de los crotos y, como era previsible, de un momento a otro desapareció. No estaba ni en el departamento, ni en los vértices de la jardinera, ni en el primer piso hacia donde daba mi ventana. La buscamos por donde pudimos, hasta que decidimos sacar el carro y recorrer el vecindario.

Me sorprendió mi tranquilidad. Un lado de mí sospechaba que pronto habría de aparecer, que no debía preocuparme en vano. Otro lado quería pensar que se había ido como había venido, que era una

gata escapista, libre, trashumante. Que ahora podría dormir tranquilo ya que todo no habría sido más que un fugaz sueño de verano, o en este caso, de invierno.

Pero es fácil pensar en la ausencia en abstracto, cuando la amenaza de la pérdida no es inminente, cuando tu cuerpo no siente esa pérdida.

Al volver a casa, Clorinda se paseaba entre los carros de la cochera. Debió haber estado allí todo el tiempo, pero nosotros no la vimos.

Me acuclillé y empecé a llamarla y vino hacia mí con paso firme, oronda, con la cola erguida.

15

Lolita gozó siempre de buena salud, con excepción del episodio de los cristales en la orina. Ocurrió hacia sus tres años. Tú estabas de viaje y el diagnóstico de la gata coincidió con el de mi madre, a quien le detectaron un cáncer. La noticia la había golpeado más de lo esperado porque había tenido varios antecedentes de esa enfermedad en su familia.

Al mismo tiempo que la acompañaba a sus consultas, debía llevar a Lolita a la veterinaria y reportarte los hallazgos cada noche. En más de una ocasión le pedí a mi madre que buscara a alguien que me sustituyera para poder ocuparme de Lolita, pero, claro, las visitas a los médicos eran como una serie de la que no debes perderte ningún capítulo. Y si bien quedaba la posibilidad de pedirle a alguien que me ayudara con la gata, sentía tu angustia por el teléfono y el miedo tácito de pasar por otra pérdida. Más aún si se trataba de un mal que pudiera evitarse o resolverse con acciones rápidas y eficientes de mi parte. Un lado de mí quería estar con mi madre, apoyándola y buscando alguna esperanza tras cada prueba; pero el otro lado quería asegurarse de que la situación de Lolita no fuera seria, y también que mi madre sintiera que uno no puede paralizar su vida aún con noticias como la de ella.

Los cristales se fueron poco a poco con el tratamiento, y el único cambio que quedó fue que, desde entonces, la gata requirió una alimentación especial para evitar la formación de nuevos cristales a futuro. A mi madre la operaron, pero eso no impidió que su salud se complicara.

La casita de la playa, que en realidad era una habitación grande que algunas inmobiliarias entusiastas llamarían «*loft*», fue un refugio durante todos esos años de su enfermedad. No fue adrede, pero el hecho de que tuviéramos un solo ambiente hacía que nunca pudiéramos invitar a nadie, y que fuera un espacio para que estuviéramos solo Lolita, tú y yo. A veces pensaba que aquello lo habías planeado estratégicamente para que nadie nos acompañara y, aunque lamentaba que no pudiéramos tener invitados alguna vez, al mismo tiempo resultaba salvador contar con el fin de semana entero solo para nosotros.

El primer medio año de pandemia no fuimos a la playa, pero durante la segunda mitad a mí me fue muy útil ir solo y marcar esa distancia necesaria, cuando el encierro nos había arrebatado nuestra habitual cercanía. Para poder trabajar a través de una pantalla era necesario que estuviéramos separados, al menos por un ambiente, así que no podíamos convivir en ese espacio. Tú preferías quedarte en Lima con Loli, pero durante las vacaciones yo me la llevaba a la playa. Eran los momentos en que se ponía más cariñosa conmigo, porque no estabas tú, y su compañía resultaba formidable. Los balnearios en invierno son los pueblos fantasmas con los que sueña todo escritor; un espacio similar a la cabaña en la mitad de la nada donde se refugiaba Philip Roth para escribir. Justamente Roth decía que una vez aceptó cuidar al gato de un amigo y que le fue imposible concentrarse ese fin de semana. A algunos la palpitación de otro corazón les estorba el pensamiento.

Mi madre murió en el segundo año de la pandemia y, tras pasar un mes en el hospital, estuve seguro de que no podría volver a casa. No tendría la fuerza para enfrentar las miserias de la cotidianidad. Entonces me propusiste buscar un departamento más grande en la playa. Es decir, otra cajita de fósforos, pero esta vez una que estuviera dividida en dos. Con un par de ambientes, podríamos

mudarnos y ambos trabajar desde allí. Por suerte lo conseguiste y tratamos de hacer lo que hasta entonces siempre quisimos y no pudimos: movernos los tres a la playa por todo un año.

16

Isabel pasó por mí temprano y fuimos en su carro hasta Pueblo Libre. Al llegar al lugar y dejar la canasta sobre la mesa de aluminio, Clorinda opuso resistencia y el veterinario me pidió que la sacara. La gata, ahora tranquila, se dejó cargar por mí. Aquel pequeño acto de fidelidad dice y te deja mucho. El asistente, que al igual que el veterinario era otro hombre de avanzada edad, fue a pesarla y regresó con la cifra de tres kilos y medio. «Se ha equivocado», le advertí, «la gata pesa dos setecientos». Entonces volvió a llevársela y se corrigió. Cuando salimos a la calle le pregunté a Isabel si ese señor que no sabía usar una balanza sería quien le administraría la anestesia. Ella insistió en que estuviera tranquilo, que confiara, pero antes de subir al carro para irnos a hacer tiempo al Queirolo, no pude más y empecé a llorar.

En sus últimos años, mi madre debió ingresar al quirófano unas cinco o seis veces. Y mi padre, mucho tiempo antes, lo hizo en un número similar de ocasiones. Sumadas, debieron ser muchas las veces en que me despedí de ellos viéndolos con esas batitas azules, indefensos, asustados y vulnerables. Siempre me venía a la mente la posibilidad de un error, el riesgo inminente de la anestesia, la probabilidad —remota pero presente— de la muerte. Y entonces sufría, angustiado, solitario y silencioso, hasta que la operación terminaba y me avisaban que todo había salido bien.

Eso sentí esa mañana, y mientras me secaba las lágrimas, decidí asumir lo inminente. Clorinda era mi hija, ya no se la daría a nadie; solo nos separaríamos cuando el primero de los dos muriera. Ahora solo quería que saliera de la operación sana y salva para comenzar nuestra nueva vida juntos.

17

Cuando volví de México decidimos separarnos de forma definitiva. Ya lo habíamos hecho *de facto* y ahora solo faltaba la confirmación en persona, el cierre oficial. Ambos sabíamos que se trataba de un paso inminente, pero yo, a diferencia de ti, tenía aún la fantasía nostálgica de tratar de comenzar de nuevo. Separarnos con toda la formalidad del caso, eliminando los lazos, y después de un tiempo, invitarte de nuevo a tomar algo por primera vez. Pero, en fin, eso era un punto con el que no tenías que estar de acuerdo. Ya vendría el día en que te invitara a salir por segunda primera vez, y tú aceptarías o declinarías.

Por fortuna no tuvimos que pasar por el penoso trance de repartirnos las cosas; los objetos fueron encontrando sus nuevos lugares y lo único que sí extrañaba era el departamento de la playa. ¿Te lo quedarías tú? ¿Nos lo jugaríamos a la suerte? ¿Me lo dejarías? ¿Qué le diríamos al arrendador?

Mientras no hablábamos del tema, lo tuviste tú; luego decidí ponerle el cascabel al gato y te pregunté. Me dijiste que fuera todo el mes próximo, que tú no irías, y así comenzamos a compartirlo. Se convirtió en el último bastión de nuestra vida conjunta. Al turnarnos el inmueble, la playa pasó a ser nuestro punto de encuentro y también de desencuentro, porque la alternancia nos impedía coincidir. Así, cada vez que partía y terminaba la limpieza, dejaba un chocolate de naranja o algún alimento que hubiera descubierto en el mercado esa mañana. Lo mismo hacías tú, solo que con más gusto y sutileza. Nuestro refugio de años se convertía en el telégrafo de nuestra lenta despedida, en el hilo que une los vasos de plástico que dos niños han atado en sus extremos.

18

Hoy en clases hablé con mis alumnos sobre el colonialismo y sobre cómo los discursos dominantes necesitaban deshumanizar al

poblador local para poder hacer de las suyas. Primero se inventaban las razas, luego las jerarquizaban y, a partir de allí, eran capaces de cometer y justificar sus abusos. A menudo pienso que algo similar sucede hoy con los animales. Se crean discursos de superioridad de la especie para poder someterlos. ¿Qué nos da derecho a acabar con la vida de un animal?

Ai Weiwei es uno de esos artistas multifacéticos y multigenéricos que no ha temido enfrentarse a la poderosa autocracia china y ser un defensor de los derechos humanos. En general, todos sus trabajos, que incluyen instalaciones, esculturas, proyectos arquitectónicos, fotografías y videos, tienen un evidente carácter contestatario y político.

En 2005 llevó cien millones de semillas de girasol de porcelana al Tate Modern de Londres, todas pintadas por mil seiscientos artistas chinos. Las ubicó en el piso, sobre un área extensa, de modo que los visitantes pudieran caminar sobre ellas y sentirlas. En 2016 recogió cerca de dieciséis mil chalecos salvavidas en las orillas de la isla de Lesbos y los usó para cubrir las enormes columnas frontales del Konzerthaus de Berlín.

Nastasi cuenta que Ai Weiwei vive con más de cuarenta gatos y que, cuando uno de ellos logró abrir una puerta, simbolizó lo que son o hacen estos animales en la vida de las personas. La puerta de mi habitación tiene una manija plana que Clorinda ha aprendido a abrir colgándose de ella con las patitas delanteras. Lo hace por las mañanas, cuando la dejo durmiendo afuera, y a veces por las noches, cuando no quiere dormir sola. Pienso que el activismo de Ai Weiwei y su amor por los gatos tienen algún vínculo.

Un día, caminando por el parque central de Miraflores vi a un gato, a uno de los tantos que hay ahí, y pensé de inmediato en Lolita. La teníamos desde hacía apenas un par de años. Puedo decirte que vi su cara en la de ese otro gato, y eso mismo me sucede a partir de entonces con otros animales, a veces incluso con los pájaros. En ese tiempo había empezado a dictar en la universidad un módulo sobre derechos humanos y pensaba en todo momento en cómo transmitir la idea de tener un derecho por el simple hecho de ser humano. A menudo pensaba que guardaba

relación con la capacidad de reconocer un aspecto rescatable y común a todos los seres humanos. Pero eso podría volverse demasiado abstracto. Aquella tarde, viendo a Loli a través de ese otro gato, pensé que algo así debía ser la experiencia que estuviera en la base del discurso de los derechos humanos: el ser capaces de ver en otros de nuestra especie, el fondo del rostro de quienes más queremos. Pero antes de tener a Loli yo no veía nada en el rostro de un gato, y quizás en el de ningún otro animal: ninguna referencia, ninguna remisión, ninguna aproximación. Entonces me pregunté si los grandes violadores de derechos humanos son indolentes ante su misma especie justamente porque no tuvieron unos ojos que los miraran, o a quienes ellos pudieran mirar, con un mínimo resquicio de amor. Resulta paradójico que ese pensamiento tan propio de la coexistencia humana viniera a mi mente observando a un animal.

19

Isabel ha abierto una editorial y ha decidido llamarla Clorinda. Estoy seguro de que le irá bien con ese nombre, pero le he dicho que tendrá que pagarme regalías. Al final, hemos acordado que, si bien no es la madre oficial de Clorinda, ya que no vive con ella ni se encarga de su cuidado, tendrá la condición de madrina. No sé si es por el cariño sincero que le tiene o porque en el fondo reconoce el tema de los derechos, pero cada vez que viene a verla le trae un juguete o alguna otra excentricidad. Ella cree que el logo de su editorial es una pluma, pero es evidente que se trata de la cola de (mi) Clorinda.

Hace un tiempo les conté a Sara y a Frank que, luego de un mes sin coordinar nada sobre la playa, te había escrito para contarte de la existencia de Clorinda. Que te dije la verdad: que es una gatita de seis meses que estaba cuidando hasta que le consiguiera una casa, y que me gustaría llevarla conmigo al departamento de la playa. Retiraría las cosas de Loli y las pondría sobre el armario, al igual que sus platos y su gimnasio, y luego limpiaría los pisos con desinfectante. Que a Clorinda le habían hecho pruebas de todo y

además le habían puesto antipulgas y antiparásitos. Tu respuesta demoró en llegar y cuando llegó me dijiste que lo habías consultado con la veterinaria, la que desahució a Lorenzo, y ella te dijo que, además de los contagios, están los olores y que, al ser Lolita demasiado territorial, preferirías que no llevara a Clorinda.

Sara ha suspirado. Ha dicho que no le encuentra sentido. Mira que ella te quiere y es tu hincha, pero ha añadido que a veces uno obtiene las respuestas que quiere de acuerdo a cómo formula la pregunta. Frank se ha reído y ha dicho que tú cuidas a Lolita como si fuera una monarca europea. Yo no sé qué pensar, quizá tienes miedo a las pulgas o a los parásitos, y creí entenderte. Sin embargo, no tiene mucho sentido para mí ir a la playa sin Clorinda.

Pasado el episodio de la esterilización, he vuelto a escribirte para contarte que ya no es solo una gatita a la que le busco familia, sino que he decidido quedármela, y que a partir de ahora yo seré su nueva familia y ella, la mía. Entonces te he dicho que reconsideres mi pedido de llevarla conmigo al departamento de la playa, que lo limpiaría a fondo para minimizar los olores, que me esmeraría en todo y que, bueno, si igual no quieres, que me prestes el departamento por los últimos dos meses y que luego nos despediríamos completamente. Te he preguntado, por último, si puedo ir por el fin de semana largo que se viene, a manera de despedida.

Han pasado dos días y no me has respondido. Imagino que te cuesta hacerlo, que dentro de ti se desarrolla un conflicto, y que el ganador será el «No», y que pronto me dirás que lo has pensado y que te reafirmas en que, si quiero seguir compartiendo el departamento de la playa, no lleve a Clorinda. Que vaya solo nomás, y la deje al cuidado de alguien en Lima. Eso a mí no me interesa; lo único que me provoca hacer en un día de descanso es estar con mi gata, que ahora conforma toda mi familia nuclear. Además, me parece algo feo decir «A mi casa no entras con tu gata». Como no conoces a Clorinda, no puedes sentir nada. Es la nueva hija de tu expareja, una idea abstracta, una amenaza para Loli. Yo, en cambio, estoy en el punto medio. Clorinda es mi hija natural, pero solo llevo con ella dos meses. Loli es mi hija adoptiva con quien viví y dormí

por siete años. No quisiera que ninguna fuera una amenaza para la otra, y me gustaría que se conozcan o que, de alguna forma, estén cerca. He pensado que cuando me escribas reafirmándote en la negativa, algo se nos habrá roto por dentro. Me molestaré y te desconoceré; tú, que me enseñaste a querer a estos animales, a volverlos parte de nuestra vida y a hacernos parte de la de ellos, ¿ahora sellarías nuestra separación al no querer que un minúsculo remanente de la estela de un olor que podría quedar en los pisos después del desinfectante le llegue a Lolita y así altere su tranquilidad escandinava?

Esa no eras tú, sino los miedos que ambos arrastrábamos y aún nos estrangulaban a cada minuto; esa no era tu parte que sabía entender que la hija del padrastro de Lolita conforma su nueva genealogía, sino la ciudadana pragmática que sigue las indicaciones de una epidemióloga lógico-positivista que vive con un desinfectante en la mochila. Esa no eras tú y te lo haría saber y llevaría a Clorinda esa misma tarde a la playa y la soltaría en nuestra casa, que ahora también es su casa, y le daría los juguetes de Loli, y le pondría *catnip* en su pedestal para que se revuelque allí, y compartiría su plato y sus sillones y su cama, y luego me iría de allí con todas mis cosas, me iría para siempre de esa casa y de nuestra historia y te diría que ni el yoga ni la meditación ni el péndulo ni el huevo ni el café orgánico te han sensibilizado un milímetro, y que seguías siendo la persona que me cerraba las puertas de nuestra casa cuando volvía de dormir o de no dormir un mes entero en un hospital, viendo y viviendo la agonía de un ser querido solo porque te daba miedo que tuviera covid y pudieras contagiarte. No, esa era la neurosis del primer impacto, nuestro miedo visceral a una nueva muerte; no, tú eras más que eso; tú eras la que recapacitaba y abría la puerta y me abrazaba y se exponía al contagio porque entendía que en la vida hay acciones necesarias que están por encima de nuestro pellejo, porque de poco sirve ser el único sobreviviente en un mundo que se queda desolado. Esa no podías ser tú, pero quizá ya eras alguien que yo iría desconociendo.

Minutos antes de llegar a la playa, con Clorinda en el carro, me alcanzó tu respuesta por el teléfono. Me decías que lo habías

reconsiderado y, aunque te daba miedo que Lolita se estresara al volver a esa casa, que estaba bien que siguiéramos compartiendo el departamento, que confiabas en que yo también buscaría el mayor bienestar para ambas por igual.

Clorinda era mi nueva hija y quizá con el tiempo, algún día, podríamos presentarla con Lolita y hacer que se conozcan, que se huelan, que intercambien gestos y nos expliquen, ellas a nosotros, qué es todo esto que nos ha pasado.

Apagué la pantalla del teléfono y continué manejando. Me sentí un idiota por haber pensado todo lo que pensé; te reconocí y nos reconocí en lo más hondo, y te extrañé como no lo había hecho antes con nadie.

Esa tarde, al abrir la puerta del departamento y soltar a Clorinda, la gata dio un traspié que hizo derrapar sus patitas traseras. Recordé a Lorenzo en sus últimos días, y pensé que, al igual que los gatos, las parejas que se quieren, que nunca dejarán de quererse, también mueren con los ojos abiertos.

Nada que perder

«La carne convertida en paisaje,
en tierra en tregua en acontecimiento
en pan inesperado y en miel».
BLANCA VARELA, «LECCIÓN DE ANATOMÍA»

1

Era una mañana soleada y el vestíbulo del hotel bullía atiborrado de músicos y público que llegaba al festival de *jazz* de La Ribera. Ella era de allí; yo estaba de vacaciones.

Había un ambiente festivo, distendido. Nos presentaron durante el día y por la noche nos encontramos en una fiesta.

Congeniamos rápido. Empezamos a bromearnos y pronto me capturó su sentido del humor. Con el tiempo he pensado que ese fue el vehículo por el que viajó todo cuanto llegué a sentir por ella. Hacía precisiones chiquitas, extensiones ágiles, ingeniosas, a veces tontísimas, que insertaba en la conversación como un banderillero que sorprende por la espalda.

En ese tiempo había dejado Solavia y me había mudado a Santa María. Desde allí viajé a La Ribera solo por los días del festival de *jazz*. En algún momento de esa primera conversación me deslizó que estaba casada. Fue tan intempestivo el comentario que lo leí como una bandera roja. Pero me había caído bien y no me iba a marchar corriendo. Nos perdimos y reencontramos varias veces, como sucede en toda fiesta.

En una de esas, apareció con un vaporizador y una copa de vino, y la noche se puso aún mejor.

Los días siguientes estuvieron animados. Le propuse almorzar. Andaba ocupada por su trabajo, pero encontró el tiempo. Fuimos a un restaurante en las afueras del casco histórico, con patio ancho y portales, con esqueletos de árboles y unos pompones gigantes y coloridos que colgaban del techo. Luego caminamos antes de tomar el taxi de regreso, y yo tropecé, pero no llegué a caer porque ella me sostuvo del brazo. Sentir su mano ahí, sosteniéndome, fue un gesto que he recordado tiempo después.

Una noche fuimos a un bar con música en vivo. Hablamos sobre las relaciones largas y la vida en pareja. Fue una conversación íntima, considerando que casi no nos conocíamos. La vi como una mujer asentada en su matrimonio, inmersa en una constelación doméstica agotadora, y la imaginé lejos de cualquier aventura. Pero al mismo tiempo me gustaba mucho, y no podía evitar fantasear con alguna fórmula que nos acercara. Hay atracciones que son fuerzas de la naturaleza, como las tempestades o las mareas. La siguiente vez que le propuse salir, no pudo.

Cuando terminó mi estadía en La Ribera pensé que todo debía acabar allí. El viaje de regreso en bus fue silencioso. Me tocó un asiento incómodo, pero estaba contento por haberla conocido, y eso bastaba para tolerar cualquier contratiempo.

Durante el trayecto pensé que no la llamaría ni le escribiría. Que ambos habíamos percibido el peligro. Recuerdo que llegué a casa la víspera de un feriado, y al día siguiente lo pasé leyendo un libro de Olga Merino que me remitía a las historias de perros de Jack London. Por la tarde salí a caminar y la imaginé conmigo. Me fui a dormir temprano pensando que ella estaría en su casa, con su esposo y sus hijos. Antes de cerrar los ojos pensé que conforme pasara el tiempo, el recuerdo se iría diluyendo.

Tras un día de silencio llegó un mensaje a mi móvil: «Hola». Esperé unos minutos, queriendo creer que reaccionaría distinto a lo que sabía que haría: «Hola», respondí. Desde ese momento desaparecieron mis consideraciones. Conforme nos escribíamos, me inventaba excusas para seguir adelante, para convencerme de que no había nada de malo en que fuéramos amigos y habláramos. Aquel día tuvimos una conversación escrita que se prolongó por horas. Empezó temprano por la mañana y acabó minutos antes de acostarnos. Combinaba temas serios con ocurrencias triviales. Fue como pasar el día juntos.

Desde entonces, durante semanas establecimos una comunicación incesante que fluía por aire, mar y tierra, y exprimía los alcances de la tecnología de nuestro tiempo: mensajes, fotografías, llamadas hasta altas horas de la noche. Ella evitaba hablar del esposo. Yo sabía que existía, pues ciertos temas sugerían

su vigencia en la escena, pero a menudo me preguntaba si continuaban juntos o vivían una separación silenciosa.

Algo, no sé qué, me hacía presagiar que no habría nada carnal entre nosotros. Imaginé que estábamos desarrollando un nuevo tipo de vínculo, aunque la idea suene ingenua. El mundo ha ideado las categorías afectivas como si fueran los colores primarios, pues de su mezcla salen infinitas combinaciones. Éramos amigos en la superficie, pero teníamos la dinámica de una pareja recién enamorada. La distancia no lo impedía; diría, incluso, que lo agravaba. Me sorprendían el tiempo que ella tenía disponible y la ausencia de su esposo en esas largas noches de conversación.

Había también, entre nosotros, un poco de juego adolescente: la frecuencia de los mensajes, los emoticones, la complicidad lúdica. En ese contexto le dije un día que lo nuestro sería una tercera vía entre el amor y la amistad. Esa expresión usé, porque así lo creía. Ella me respondió que solo podía darme corazones blancos, y yo lo acepté.

Me parecía que nunca antes dos personas de nuestra generación habían podido intercambiar tanta intimidad en tiempo real, escogiendo a voluntad entre la distancia de la escritura, la inmediatez de la voz, la revelación de una foto, o el estelar de la noche: las videollamadas. Las pantallas eran también un aparente escudo que facilitaba la exposición. Frente a ellas cada cual decidía cuánto y cuándo descubrirse, y al mismo tiempo, nos sentíamos despreocupados y con la libertad de contarnos nuestras vidas con detalle. Los corazones blancos se convirtieron en el símbolo pueril del rojo que en el fondo ambos deseábamos. En las letras, en cambio, todo era posible. Ahí lográbamos escribirnos líneas que se internaban en lo más íntimo del otro.

Llegaron las fiestas de fin de año. Viajé a Puerto Varado, donde me alojé en casa de un amigo. Era la primera Navidad que no pasaría en Solavia, y que estaría sin familia. Durante la cena navideña, nos despedimos temprano y pensé que no sabría de ella hasta el día siguiente. Pero minutos después de la medianoche, el móvil vibró. Era ella, alegre, proponiéndome hablar unos minutos. Me pregunté por qué no estaba con su familia a esa hora, pero preferí no indagar. Era mejor disfrutar de lo que tenía.

Días después, antes del Año Nuevo, llevó a sus hijos a una playa cercana a La Ribera. El esposo no estaba incluido en el plan, por supuesto. Nos mensajeamos todo el día, como ya era habitual. Por la noche, me avisó que estaba por partir de regreso desde la playa. Me mantuve pendiente durante su trayecto, como si pudiera hacer algo en caso de que se le averiara el auto o se le bajara una llanta. ¿Qué hubiera podido hacer yo desde donde estaba si algo le sucedía? Era consciente de lo absurdo de mi papel, pero en el fondo quizá lo disfrutaba.

De vuelta en Santa María, sabía que debía quedarme allí y concentrarme en mis pendientes, empezando por acabar un libro que llevaba retrasado. Pero no, ya estaba claro lo que pasaba y lo que terminaría por hacer. Ni toda la tecnología del mundo sería capaz de reemplazar la proximidad de su cuerpo, de su voz, de su olor. Así resolví volver a La Ribera y alquilar un estudio cerca de su casa. Allá compartiríamos cafés de verdad, cenaríamos alguna vez juntos. Al menos podría verla y descubrir qué nos tenía guardado el destino.

2

A ella le agradó la decisión; apenas se la conté, insistió en que me mudara de inmediato.

Mi vida en Santa María era metódica, y la disfrutaba. Hice bien en trasladarme allí después del accidente que acabó con la vida de mis padres, y de mi posterior divorcio. No solo huía de la espantosa niebla de Solavia, quería también un lugar sin historia previa, uno sobre el cual no existiera referente alguno en mi memoria. Siempre había querido vivir en Santa María y escogí un barrio lleno de parques. Por las mañanas leía, luego dictaba mis clases virtuales. Al terminar, salía a correr, almorzaba, y por las tardes trabajaba en un café. Al llegar a La Ribera mantendría esa rutina.

Encontré un estudio a diez cuadras de su departamento. Nuestro encuentro fue emotivo. Fuimos a cenar a una pizzería. Nada supera el cuerpo a cuerpo, a la realidad con todas sus dimensiones. Esa

noche le pregunté si le había contado a alguien sobre nosotros. «¿Contar qué?», respondió, convencida de que no había nada extraño en nuestro vínculo. Me dijo que la noche anterior, entre amigas, habían discutido si era posible la amistad verdadera entre hombres y mujeres. Me llamó la atención que a esas alturas de la vida todavía dudaran de esa posibilidad. Ella había argumentado que sí y les habló de mí. Yo no dudaba de que pudiera existir, pero nosotros no éramos precisamente el mejor ejemplo.

Le agradaba que yo estuviera allí, aunque también debía inquietarla. Le recordé lo excepcional de nuestro vínculo, de nuestro nexo de alto voltaje que excluía el roce de los cuerpos. Ella lo creyó, o quiso creerlo. Imaginó que podría mantenerme cerca —en un teléfono, en sus noches largas, incluso en su cama mientras el esposo dormía—, y aun así, permanecer inmune.

Una noche salimos a cenar y conversamos sobre ese amplio despliegue metafísico que habíamos inventado juntos para estimular nuestras mentes, mientras, con la otra mano, enjaulábamos nuestro deseo. Ese día le dije que, tarde o temprano, nuestros cuerpos empezarían a debilitarse, a marchitarse y a deteriorarse hasta la extinción. Que la mente, de una forma u otra, podía salvarnos por un tiempo de este mundo ingrato, pero que, al final, sus únicos embajadores en el universo que habitamos son nuestros cuerpos. Cuerpos que, para fortuna de ambos, estaban aún enteros, vibrando, deseando, esperando.

Y el día llegó. Fue un domingo por la noche, en mi estudio. Bebimos vino, fumamos, y mientras preparaba unos piqueos, ella se acercó a la barra y me besó. En segundos, la muralla de fantasías que revestía y disfrazaba nuestro deseo se derrumbó como un castillo de naipes. Habíamos tenido que mentirnos sostenidamente para que aflorara la verdad, para mirar de frente al monstruo de la transgresión.

Todos los cuerpos necesitan tiempo para conocerse, pero lo que habíamos construido en cuatro meses de comunicación a distancia nos sirvió como combustible. Esa noche por primera vez nos desnudábamos, pero ya lo habíamos hecho de muchas otras formas en ese extenso tiempo previo, y eso hacía que el encuentro fuera

más urgente. El mundo se acabaría en las próximas horas y había que aprovecharlo.

Esa noche, al irse, olvidó sus lentes. Volvió a recogerlos a la mañana siguiente, y a aplacar las ganas que habían quedado insatisfechas en la víspera. Fue al tercer día cuando, mientras nos vestíamos, preguntó qué íbamos a hacer. Yo, por lo pronto, estaba convencido de que haría lo que ella me pidiera: mantenerme en esa condición clandestina o pasar a una nueva etapa. Era prematuro pensar así, lo sabía, pero hay decisiones que no se dudan. Nadie me esperaba en Solavia, y menos en Santa María, y podía hacer con mi vida lo que quisiera.

Me confesó que se sentía mal. Con su esposo, con sus hijos, conmigo. Le dije que no debía sentirse mal, que estas cosas sucedían, pero la culpa la corroía de todos modos. Al mismo tiempo, nuestros encuentros le significaban un enorme respiro. Su vida era una secuencia incesante de demandas que le llegaban por todas partes. El trabajo, el marido, los hijos, la familia extendida, una lista interminable. En mi pequeño estudio, en cambio, podía llegar a cualquier hora y siempre sería el centro de la atención. A menudo le cocinaba, preparaba el almuerzo para ella o, si había más tiempo, una cena con vino. Aquí no tenía que mover un dedo. Podía cerrar los ojos y encomendarse. Un día me dijo «Si me tratas así, nunca voy a dejar de venir», y eso era exactamente lo que yo deseaba: que no dejara de venir nunca.

Ese primer mes no pensé en otra cosa. Estuve pendiente del teléfono, de planear dónde y cómo nos veríamos la próxima vez, de anticipar cómo actuar con acierto para que no se retractara o decidiera, de un momento a otro, ponerle fin a lo que vivíamos. En un momento en que la sentí angustiada, le propuse que lo tratáramos como un desafío compartido, como algo a lo que debíamos buscarle una solución juntos. Estuvo de acuerdo y empezamos a vernos en un café del centro con el propósito de que se enfriaran los cuerpos y volviéramos al vínculo inclasificable de los primeros tiempos. Lo lográbamos unos días, unas semanas, pero luego volvíamos, y aún con más fuerza, con más culpa, con más urgencia.

Una de esas noches, en la barra de mi estudio, me dijo que lo más importante para ella eran sus hijos. Tenía tres y eran pequeños. Desde el principio tuve claro que, si algún día estaba con ella, también estaría con sus hijos. No sería fácil cargar con la etiqueta del foráneo que rompió un matrimonio, del que vino a causar daño y traer todo lo malo. Solo después de muchos años, quizá tendría la aceptación de alguno de ellos. Sería una empresa difícil, pero estaba dispuesto a que no lo fuera, a emprenderla, a encararla de la forma correcta. En mi vida había gozado de la fortuna de ser prioridad en la vida de otros, de modo que ahora estaba seguro de que no me vendría mal ocupar un lugar secundario en una nueva etapa y concentrarme en el cuidado de otros que pronto pasarían a ser parte de mi mundo. Yo, que en mi vida anterior era incapaz de cuidar una planta. Algún día hablaríamos de nosotros, de un posible futuro juntos, y ahí tocaríamos el tema de sus hijos.

Aunque nos cuidábamos, una preocupación que siempre surgía en ella era la posibilidad de quedar embarazada. Yo estaba seguro de que eso no sucedería, pero es verdad que la probabilidad matemática siempre está presente. De haber sido el caso, nos habríamos metido en un gigantesco problema. Afortunada, o desafortunadamente, eso nunca ocurrió.

3

Habían pasado cerca de tres meses desde que me mudé a La Ribera. Ella no me pedía nada y parecía no esperar que yo abordara nuestra situación. Por otra parte, si lo hacía, temía asustarla, presionarla, evidenciar que quizá yo estaba viendo otra película. Una grieta en una conversación me dio pie a mirarla de frente y decirle que estaba dispuesto a hacer lo que ella quisiera. Podía permanecer en esa condición clandestina si así lo deseaba o podíamos comenzar algo nuevo si optaba por separarse.

En esos días me pregunté muchas veces si no estaba cometiendo una locura. En sus redes casi no había fotos familiares, pero un día encontré una. Por primera vez vi los rostros del esposo y

de los niños, y me sentí un intruso en su vida. Mi presencia podría causar demasiado daño. O me iba o me quedaba para asumirlo con toda la seriedad del caso.

Durante un feriado largo, me fui a un hotelito en la costa. Siempre he disfrutado de mi tiempo a solas y he luchado por defenderlo hasta donde he sido capaz. Pero ahora era diferente: vivir en una condición de permanente clandestinidad era una experiencia nueva. A primera vista parece más atractivo ser el amante y no el esposo engañado por su pareja, pero, con el paso del tiempo, en el goteo de los días, que puede perforar a una piedra, me descubrí deseando ser el esposo traicionado. Ya no me importaba si mi pareja poseía uno o cien amantes con tal de tener una familia en los días de feriados como ese, en las horas diurnas y lícitas de la vida.

Era evidente que ella quería al esposo y no pensaba dejarlo. Que bajo varias capas de afectos disecados, debía haber un importante amor hacia el padre de sus hijos y hacia su compañero de tantos años. Con el tiempo habló más de él: que se había casado muy joven, que su matrimonio se había convertido en una alianza entregada a la crianza de los hijos, en una asociación silenciosa de acciones rápidas, intuitivas, casi telepáticas, para el bienestar de otros. Llevaba veinte años casada con un hombre que, al parecer, era un buen padre y un buen tipo, pero con quien, desde hacía mucho, guardaban una enorme distancia física y emocional que los tenía a ambos desatendidos del otro. Quise preguntarle por qué no se separaba, pero preferí quedarme callado. Pensaba que debía llegar sola a esa conclusión.

La sociedad riberana es conservadora y a una mujer como ella se le exigía un libreto mínimo. Buscar y atesorar una familia como le inculcaron desde niña; sacrificar, al menos en parte, su vida profesional y laboral para ejercer la maternidad; mantener cerca a la familia extendida: suegros, cuñados, hermanos, primos, abuelos, todos en un radio pequeño; sucumbir a las fuerzas centrípetas de la alianza conyugal y la codependencia patrimonial. Peor aún, en una sociedad machista como esa, la infidelidad no era equivalente en ambos lados del espectro. A un hombre se la pasarían por agua tibia, pero una mujer sí se jugaba la vida con ello, y eso era en

términos literales. Bajo ese panorama, ¿qué tan fácil era dejarlo todo para irse con un amante improvisado que a sus casi cincuenta años parecía no haber construido nada?

A veces, cuando la veía bromear con tanto brillo, me preguntaba si ese desparpajo y esa facilidad con que reía no eran la expresión visible de una alegría más profunda, de una felicidad arraigada que encontraba en la risa su manera de exteriorizarse. Y en contradicción perfecta, había momentos en que su rostro se iba enseriando y marchitando en gestos que revelaban una honda tristeza. Entonces me decía que quizás esta última también era real y que ambas podían convivir en ella.

Una noche, mientras se vestía, apurada porque el teléfono le sonaba, le dije que lo tomara con calma, que hiciera todo con cuidado, que condujera despacio, y en su angustia me soltó una verdad que me dejó en silencio: «Qué fácil es para ti, que no tienes nada que perder». Eso dijo: «Nada que perder». Pensé, segundos después, que si alguien no tiene nada que perder es porque no tiene nada a secas, y quizás ella estaba en lo cierto.

Días después pensé que lo único que posee cada uno en esta vida es su tiempo. Que dar ese tiempo —mis horas del día y de la noche, mis fines de semana, es decir, mi vida en buena cuenta— es todo y lo más grande que alguien puede dar. Y si bien hay mucho que perder con una mala decisión, uno no hace las cosas pensando en lo que habrá de perder, sino en lo que cree que ganará. Por todo lo vivido en esos meses, antes y después de venir a La Ribera, creía que podríamos comenzar algo juntos; para ella, en cambio, estar conmigo equivalía a arriesgar a su familia, a ser juzgada por sus hijos en un futuro.

Quizá si el marido hubiera sido un maltratador o un abusivo, las cosas habrían sido diferentes, comenzando porque ella habría querido salir de allí. El problema era el gris inmóvil, el híbrido sin sabor. Cuántas veces quise decirle que era mejor arriesgarse por una vida que se desea antes que hundirse en la monotonía de otra que se espera; que los hijos crecen mejor viendo a sus padres plenos, siendo capaces de enfrentar sus insatisfacciones, de buscarse una vida mejor, más feliz, más plena, más rica; que echarle gasolina a lo

desahuciado solo prolonga la agonía y les enseña que la vida desamorada vale más que una separación honesta. Cancelar la propia felicidad por ellos no es un favor ni un sacrificio, sino que acaba siendo una carga que, de adultos, los hará odiar esa modalidad de contrato punitivo que es la vida en pareja, tal como la han conocido.

Pensaba hasta en el mismo esposo. Seguro que, tras la tormenta de la separación, encontraría un camino nuevo, una ilusión; a él también terminaría haciéndole un favor al separarse. ¿Qué sentido tenía seguir con una esposa insatisfecha que, además, se había conseguido un amante?

Era ella quien debía decidir el camino a seguir, pero le era imposible hacerlo. Me pedía que fuéramos amigos, que estuviéramos cerca. Me hacía prometer siempre, tras vestirnos, que esa sería la última vez, que debíamos volver al inicio de nuestro vínculo. Y a mí se me rompía el corazón en pedacitos porque entendía su dilema, pero quería tenerla cerca, y decidía aceptar la vuelta atrás y la anulación del contacto físico. Después, inevitablemente, volvían la clandestinidad y el lugar del suplente que asciende desde los sótanos cuando es llamado a cubrir al ausente. Y yo accedía porque sabía que en los momentos en que ella lo soltaba todo y doblegaba sus barreras, estaba teniendo el único espacio pleno de encuentro consigo misma, con su cuerpo, con su vida postergada, con su deseo vivo, ardiente. «Nunca he sido más yo que en esta cama», me dijo una vez, y eso para mí lo justificaba todo. Yo también era más yo sabiéndome su tabla de salvación en su permanente naufragio, y sabiendo que ella lo era en el mío.

Tras un tiempo más en que nada cambió, llegó por fin el día de enfrentar nuestro gran pendiente. Tenía que hacerlo en algún momento y lo hice fuera de casa. Lo hice un día que quedamos en vernos en un museo a media mañana. Había una muestra itinerante de Los Jinetes Azules. Una muestra excepcional, una explosión de belleza, de azules intensos. «Vámonos», le dije. «Vámonos de aquí. Vivamos juntos. Vamos a Solavia, a Santa María, a Madrid, a donde quieras. Rentaremos una casa con varias habitaciones; no tendrás que separarte de tus hijos, tráelos contigo. Si tu esposo no quiere

que te los lleves, nos quedamos en La Ribera y buscamos una casa aquí, pero pongámosle fin a esta vida».

Habían pasado ocho meses desde que nos conocimos y ya se me hacía imposible seguir así.

Lloró en silencio. Lloramos juntos. No había nadie en esa sala del museo a esa hora de la mañana. Me dijo que no podía; que haría mucho daño si se separaba; que había tomado una elección en su vida y la mantendría, aunque lo que viniera después le demostrara que había sido la decisión equivocada. Que la perdonara; que no quería que me fuera de su vida, pero si decidía irme, lo entendería.

Pasé los siguientes días más solo que nunca, con un nudo en la garganta. Evitaba ir a la tienda para no verme en la obligación de hablar con el vendedor. Era consciente de que quizá mi apasionamiento y el despoblamiento reciente de mi mundo sesgaban mi mirada de las cosas. Ella me había deslizado esa perspectiva y no le faltaba razón. Pero yo también sabía que, si ella estaba dispuesta a tomar una decisión tan grande, mi compromiso tenía que estar a la altura. Siempre podría escaparme y volver a ser un hombre solitario, pero de lo que justamente se trataba todo era de atreverse a dar ese paso con la determinación de no retroceder ante la primera dificultad. La cabeza caliente debía servirme, por el contrario, para tener las agallas de comprometerme, pero eso solo yo lo sabía.

Pensé en la situación una y otra vez. Con lo que había visto sobre su vida cotidiana, por la historia que fui tejiendo con sus palabras, yo en su lugar habría querido salir de allí, cambiarla, rehacerla. Pero qué lejos estaba yo desde mi cómodo lugar de desposeído. ¿Qué podía decir sobre su felicidad o sobre qué era lo mejor para ella? En el fondo, no tener nada que perder me había permitido proponerle esa nueva vida, saltar con zapatos hacia la búsqueda de un amor con todas sus circunstancias y consecuencias. Quizá si hubiera contado con otros lazos, si me hubiera sucedido cuando estaba casado, nunca habría tenido la convicción de quererlo ni la determinación de proponérselo.

Acordamos despedirnos en la noche de un sábado en que el esposo viajaría. Preparé la cena más cuidada que pude, compré un vino que le gustaba y decoré la casa con plantas nuevas. Conseguí

un vaporizador muy bien provisto, y vivimos nuestra noche de despedida. Cuando por fin nuestros cuerpos habían aprendido a leerse, tocaba dejarnos. Durante meses construimos una lista de canciones que aquella noche dejamos correr entera. Nos despedimos de madrugada. Ninguno lloró, aunque sabíamos que era el final. Que yo no volvería a La Ribera ni ella saldría de allí.

Los días siguientes tuve que morderme la lengua, atarme las manos y no volver la vista atrás. Cuánto me costó. Cuántas veces quise deshacerlo todo y regresar a ella, y llamarla, y preguntarle si no había cambiado de opinión.

4

Anoche leí una novelita de Annie Ernaux. El libro está escrito en primera persona. Trata sobre una mujer que vive una pasión con un hombre casado. Se enfoca solo en lo que ella piensa y siente; de él apenas sabemos que era de un país de Europa del Este y que viajaba a Francia por trabajo.

Me reconocí en esa turbación previa a los encuentros: esperar las llamadas, ansiar los mensajes por teléfono. Recibirlos, interpretarlos, malinterpretarlos, reinterpretarlos, confirmarlos, cuestionarlos. Me identifiqué con el disfrute de sus horas juntos, con la suspensión del juicio y la pérdida del equilibro, con la disposición a soportar lo que sea con tal de no cortar esos encuentros. Pensé que yo también había vivido un amor apasionado, y que eso no es poco en la vida de cualquiera.

Me gustó también que Ernaux escribiera sobre la fidelidad al propio deseo. El cuerpo y su placer son lo único enteramente nuestro. Llega a decir, en algún momento, que pueden estar por encima de todo, incluso de cualquiera de los vínculos y responsabilidades que se llevan los demás minutos de nuestra vida.

Han pasado los años y a veces me despierto pensando en ella. Recuerdo los días de La Ribera y me pregunto si esa historia terminó de verdad. Si cada año sin vernos no es más que una pausa un poco más larga hasta volver a cruzarnos. Quiero pensar que ciertas

historias solo se acaban el día en que uno de los dos muere. En este caso, no había nada que yo pudiera hacer: si algún día algo cambiaba, sería por manos del azar, de la providencia. Luego me doy cuenta del absurdo de todo y comienzo el día.

He pensado que los amantes cumplen una función, que es la de servir como puentes en el tránsito de la vida. El problema es que se engaña a alguien en ese camino. Durante el tiempo que estuve con ella pensaba que el problema era suyo y no mío, que la casada era ella, aunque a menudo me perseguía la idea de estar siendo el cómplice de un asalto o de un delito equivalente. Con el tiempo he sentido que yo también fui parte de esa estafa, que la complicidad me alcanza desde el momento en que estuvo en mis manos evitar toda la situación posterior. Que pensara que podríamos comenzar una nueva vida juntos, y que a veces esos tránsitos no pueden dejar de ser simultáneos, no me exculpa. Haber deseado no ser su amante no me redime, pero haberlo sido sí me condena. Por eso a veces extraño no haber podido mantenerme en esa «tercera vía», como si le hubiera fallado y me hubiera fallado al no anticipar que un amor intenso y fugaz puede costar una vida entera de amistad y cercanía.

Ernaux dice que ese hombre con quien vivió lo que vivió debe seguir hoy casado, que debe tener una vida y una familia y un mundo propio que no han desaparecido por lo compartido con ella, y por ende no quiere dar ninguna pista sobre él, nada que pueda permitir que lo identifiquen. Que quizá lo que ella sintió no fue lo mismo que lo que él experimentó, y para este último fue mucho más pasajero e insignificante que para ella. Leyéndola, me he preguntado cómo verá ella lo que vivimos. Quizá fue un asunto mucho más ligero de lo que fue para mí. Quizá fue mucho más hondo en otros aspectos. Pero eso no debería importarme. Poco importa esa simetría ya, a estas alturas. Lo esencial es saber, más bien, si, por ejemplo, fue la pieza necesaria para salvar su relación. Si al menos cumplió esa función, habrá valido la pena. Abrir una puerta y descubrir que hay una vida diferente esperándote es solo el primer paso. Mirar ese otro camino de frente, contemplarlo y renunciar a él por tu vida en curso es decirte a ti misma que permaneces en la

elección hecha años atrás. Saber que pudiste y no lo tomaste es diferente a nunca haber tenido la opción. Es optar por una forma de vida, por mantener una elección antes que por una persona incluso. Reafirmándose en su matrimonio, su vida puede ser diferente. Ahora tiene un aire nuevo para resistir otros veintitantos años, o vaya uno a saber cuántos más. Si es sí, todo habría encontrado su lugar.

Alguno de los días en que estuvimos juntos le propuse ver, cada uno por su lado, *Los puentes de Madison*, esa antigua película de Clint Eastwood y Meryl Streep en la que él es un fotógrafo de la National Geographic que viaja para captar unos puentes en un condado del interior del país, y ella es un ama de casa que ha quedado sola el fin de semana porque su esposo y sus hijos han salido de viaje. Cuando la vi de joven, solo me enfoqué en la historia superficial. Nunca hice la conexión metafórica con la naturaleza de los puentes. Quizás entonces no sabía que uno necesita puentes para que nuestro camino sea continuo, para sacar la cara, tomar una bocanada de aire, y evitar morir asfixiado. Ambos viven un romance que dura un fin de semana, pero que les marcará el resto de la vida. Cuando él muere pide que arrojen sus cenizas desde aquel puente en el que compartieron horas juntos. Él, al fin y al cabo, era un solitario errante y resultaba creíble que eligiera ese lugar para sus cenizas. Lo impactante es cuando ella hace ese mismo pedido en una carta que descubren sus hijos después de su muerte: que lancen sus cenizas desde ese mismo puente. Aseguraba haberle dado su vida entera a su esposo y a sus hijos, y solo quería el simbólico gesto de que sus cenizas estuvieran junto a las de aquel fotógrafo y junto a lo que simbolizó aquel puente en su vida.

Cuando me di cuenta de que no había nada que pudiera hacer para mantenerla cerca, que las mareas y el destino se encaminan, pero no se tuercen, pensé que lo único que desearía respecto de ella, en caso de encontrarnos en una segunda vida, sería que ocurriera en circunstancias diferentes, unas en que tuviéramos cualquier vínculo excepto el de amantes. Lo duro de esa experiencia es que te conviertes en algún momento en una amenaza para el otro. Hubo un tiempo en que sentía que, cuando me acercaba, aún antes de decir una palabra, se ponía tensa. Por un lado, deseaba

estar conmigo y, por otro, yo significaba una amenaza contra aquello que había construido en su vida, contra todo lo que atesoraba de la piel para afuera. Me hacía recordar a los tiempos del covid, cuando el beso o el abrazo de un ser querido podía significar una daga mortal.

Por otro lado, debía sentirme privilegiado de haber sido el depositario de esa confianza, de esa entrega. «Haré algo que considero indebido y de lo cual me avergonzaré, pero lo haré contigo y solo tú lo sabrás y solo tú tendrás en tus manos la capacidad de revelarlo. Pero sé que no lo harás, porque confío en ti, y juntos nos llevaremos esta historia a la tumba».

Un día, cuando aún estaba en Santa María, mientras hablábamos y reíamos, me dijo de buenas a primeras que la persona que envejeciera conmigo sería afortunada. Me desarmó. Quise responderle que me gustaría que esa persona fuera ella, pero solo pude recibir sus palabras y guardarlas. Aunque no sea ella con quien envejezca, espero hacerlo llevando esa frase conmigo, recordando que quizás hasta entonces no era un asunto que había tenido tan presente, que no me había esforzado por que así fuera, y que quizás eso me había llevado por ciertos caminos rugosos. Desde el día en que me lo dijo, lo pienso con recurrencia y me pregunto si quien hoy envejece conmigo se estará sintiendo afortunada. Creo que hacerse esta pregunta uno mismo es el primer paso para lograrlo.

Me llevo conmigo el espacio que me dio en su vida, su pasión y su miedo, y la responsabilidad de haber tendido ese puente, aunque se desvaneciera tras su paso. Me llevo la conversación de esa mañana en el museo de Los Jinetes Azules, y que al menos por un segundo nuestra imaginación conjunta contemplara otra vida para nosotros. Me llevo la tranquilidad de saber que con mi distancia ha quedado libre de ese peligro, y que ella también, lejos de mí, ya no tiene nada que perder.

Las pasiones son amores en miniatura, vidas enteras comprimidas en pocos días, que a menudo lo incendian todo a su paso, pero que al menos nos dejan sus cenizas. Cenizas para lanzar desde los puentes o para soltarlas en el aire que respiramos a diario.